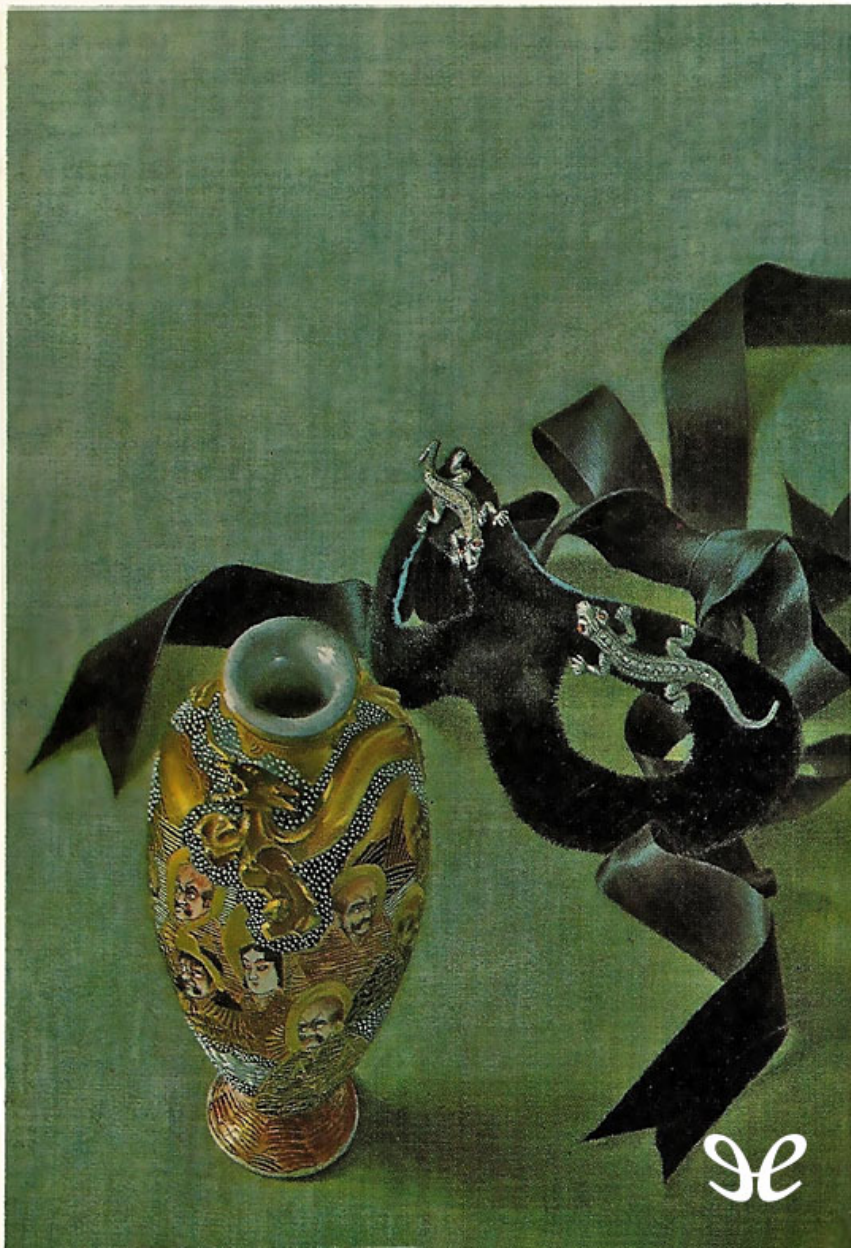
AGATHA CHRISTIE

EL MISTERIO DE LA GUIA DE FERROCARRILES

Selecciones de Biblioteca Oro



Poirot recibe una carta en la que se le anuncia un asesinato que será cometido en Andover. A pie de firma: ABC. En el día señalado, la estanquera de Andover, Mrs Ascher, es asesinada. Nuevas cartas y asesinatos se suceden con un riguroso orden alfabético. Poirot está dispuesto a evitar que el misterioso asesino complete el abecedario.

Agatha Christie

El misterio de la guía de ferrocarriles

Hércules Poirot 13

ePub r1.0
liete 15.12.13

Título original: *The A. B. C. Murders*
Agatha Christie, 1936
Traducción: José Mallorquí Figuerola

Editor digital: liete
ePub base r1.0

GUÍA DEL LECTOR

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra

ANDERSON: Coronel, jefe de policía de Scotland Yard.

ASCHER (Alice): Vieja dueña de un estanco en Andover.

ASCHER (Franz): Esposo de la anterior, asesinada.

BALL: Propietario del hotel «Cisne Negro».

BARNARD (Elizabeth): Linda camarera del café Ginger, de Bexhill-on-Sea, asesinada.

BARNARD (Megan): Hermosa muchacha, mecanógrafa, hermana de la anterior.

BRIGGS: Policía de Andover.

CARTER: Jefe de policía de Bexhill-on-Sea.

CLARKE (Sir Carmichael): Médico coleccionista de porcelanas chinas, millonario, asesinado.

CLARKE (Charlotte): Esposa del anterior, enferma.

CROME: Inspector de policía de Scotland Yard.

CUST (Alexander Bonaparte): Hombre epiléptico y representante de medias.

DEVERIL: Mayordomo de sir Clarke.

DOVER: Agente de policía de Andover.

DROWER (Mary): Sobrina del matrimonio Ascher.

FOWLER: Una vecina de la estanquera asesinada en Andover.

FRASER (Donald): Novio de Elizabeth Barnard, agente de fincas.

GLEN: Inspector de policía de Andover.

GREY (Thora): Secretaria de sir Carmichael Clarke.

HARTIGAN (Tom): Novio de Lily Marbury.

HASTINGS: Capitán retirado e íntimo amigo de Poirot.

HIGLEY (Milly): Camarera del café Ginger y compañera y amiga de Elizabeth Barnard.

JACOBS: Sargento de policía.

JAPP: Inspector de Scotland Yard.

JEROME: Coronel, veterano en Bexhill-on-Sea.

KELSEY: inspector de policía.

KERR: Médico forense.

MARBURY: Dueña de una modesta casa de huéspedes.

MARBURY (Lily): Agraciada hija de la anterior.

MERRION: Encargada del café Ginger de Bexhill-on-Sea.

PARTRIDGE (James:) Cliente de la estanquera asesinada en Andover.

POIROT (Hércules): Célebre detective, protagonista de esta novela.

RIDELL (Albert): Hombre de carácter irascible, también cliente de la citada estanquera.

SROUD (Mary): Camarera del «Cisne Negro».

STRANGE: Ingeniero de minas.

THOMPSON: Médico psiquiatra.

WILLOWS (Dick): Amigo del matrimonio Ascher.

CAPÍTULO PRIMERO

LA CARTA

En junio de 1935 regresé de mi rancho de América del Sur para pasar seis meses en Inglaterra, pues como en el Nuevo Mundo sufrimos, igual que todos, las consecuencias de la depresión, tenía yo diversos asuntos que resolver personalmente en Londres. Mi mujer permaneció al cuidado del rancho.

No necesito decir que una de las primeras cosas que hice al llegar fue ir a ver a mi viejo amigo Hércules Poirot. Le encontré instalado en uno de los más modernos pisos de Londres. Le acusé (y él me dio la razón) de haber tomado aquella vivienda debido a sus geométricas proporciones.

—Desde luego, amigo —dijo—, es de una simetría encantadora, ¿verdad?

—Sí —le contesté—. Con tanta exactitud de proporciones, lo más probable era que si alguna vez estaba allí una gallina pusiese huevos cuadrados.

Poirot se echó a reír.

—Desgraciadamente la ciencia no ha conseguido convencer a esos animales de la necesidad de amoldarse a las costumbres modernas y siguen poniendo huevos ovalados.

Contemplé a mi amigo afectuosamente. Era un hombre admirable. Apenas se notaba en él la menor diferencia de la última vez que le había visto.

—Tienes un aspecto magnífico, Poirot —le dije—. No has envejecido. Casi estoy por decir que tienes el cabello menos gris que la última vez que te vi.

El rostro de mi amigo se iluminó.

—Pues dirás la verdad.

—¿Quieres hacerme creer que el cabello se te vuelve negro en lugar de blanco?

—Sí.

—¡Pero eso es científicamente imposible!

—¡De ninguna manera!

—Me parece extraordinario e inverosímil.

—Como de costumbre, Hastings, eres de una inocencia que encanta. ¡Los años no te cambian! Encuentras la solución de las cosas sin darte cuenta.

Le miré extrañado.

Sin añadir palabra, se dirigió a su cuarto y, volviendo con una botella en la mano, me la tendió.

La contemplé unos momentos sin llegar a comprender lo que leía.

La etiqueta del frasco rezaba así:

REVIVIT

Para volver a su antiguo color el cabello

REVIVIT NO ES UN TINTE

En cinco tonos:

Ceniciento, Caoba, Rubio, Castaño y Negro

—¡Poirot! —exclamé—. ¡Te has teñido el pelo!

—¡Por fin ha descendido sobre ti la comprensión!

—¡Por eso lo tienes más negro que antes!

—Por eso mismo.

—¡Dios mío! —murmuré, recobrándome—. Supongo que la próxima vez que regrese de América llevarás bigote postizo… eso si no lo llevas ya.

Poirot engalló la cabeza.

El bigote era su mayor orgullo y mis palabras hirieron su amor propio.

—No, no, *mon ami*. Ruego a Dios que ese día esté bien lejano.

¡Bigote postizo! *Quelle herreur!*

Y para demostrar que no mentía, se dio unos repetidos y fuertes tirones a aquel por mí desprestigiado adorno de su persona.

—Ya veo que sigue tan florido como antes —dije.

—*N'est ce pas?* En todo Londres no encontrarías otro bigote como éste.

Yo hubiera contestado algo; pero no queriendo herir sus sentimientos preferí preguntarle si seguía practicando su profesión.

—Ya sé que te has retirado hace años del detectivismo —le aseguré.

—*C'est vrai*. Ahora me dedico a cultivar verduras. Pero así que ocurre un crimen las mando a paseo. Soy como una *prima donna* que cada año celebra su definitiva retirada del teatro.

Me eché a reír.

—Cree que hago todo lo posible por abandonar esta profesión —continuó—. Cada vez me digo: «Ésta es la última.» Pero no hay manera, siempre me veo obligado, por un motivo u otro, a continuar. Y debo decir que me alegro de ello. Si las células grises no se ejercitan acaban por oxidarse.

—Comprendo, amigo Poirot; lo que haces es mantenerlas en un uso moderado.

—Eso mismo. Cuando algún caso me interesa, lo acepto. Pero a Hércules Poirot sólo hay que darle la flor y nata de los crímenes.

—¿Han ocurrido muchos de esos últimamente?

—*Pas mal*. Hace poco estuve a punto de terminar con todo.

—¿Algún fracaso?

—No, no. Lo que ocurrió es que por poco se acaba mi carrera.

Emití un silbido.

—¿Algún audaz asesino?

—No tan audaz como descuidado. Sobre todo descuidado. Pero no hablemos de ello. Ya sabes, Hastings, que en muchos sentidos te considero mi talismán.

—¿De veras? ¿En cuáles?

Poirot no contestó directamente a mi pregunta. Siguió hablando:

—En cuanto me enteré de que venías hacia aquí me dije: «Algo se presentará; como en otros tiempos. Trabajaremos juntos. Pero tendrá que ser algo extraordinario… algo… *recherché*… delicado…»

—A fe, Poirot, cualquiera diría que estás encargando una cena en el Ritz.

—¿Y por qué no ha de poderse encargar un crimen lo mismo que una cena? —lanzó un suspiro—. Pero confío en la Suerte y en el Destino. El tuyo es estar junto a mí y librarme de cometer errores imperdonables.

—¿A qué llamas errores imperdonables?

—A pasar por alto lo que es evidente.

Durante unos segundos traté en vano de comprender el significado de aquellas palabras.

—Bien —dije al fin—. ¿Ha tenido ya lugar ese supercrimen?

—*Pas encore*. Por lo menos… no sé…

Interrumpióse, frunciendo el ceño. Automáticamente recogió unos objetos que yo, sin darme cuenta, había desarreglado.

—No estoy seguro —dijo.

Había algo tan extraño en su voz, que le miré sorprendido.

De pronto, tras un rápido y decidido movimiento de cabeza, cruzó la habitación hasta una estantería próxima a la ventana. El contenido del mueble estaba tan cuidadosamente ordenado, que mi amigo no tuvo la menor dificultad para encontrar lo que buscaba.

En seguida regresó a mi lado con una carta abierta en la mano. Leyóla para sí y luego me la entregó.

—Dime, *mon ami* —murmuró—, ¿qué te parece esto?

Con gran curiosidad cogí la nota.

Estaba escrita a máquina en una hojita de bloc.

Señor Hércules Poirot:

Usted se precia de resolver todos los misterios que no pueden resolver nuestros idiotas policías, ¿verdad? Pues veamos, inteligente señor Poirot, lo listo que es usted. Quizás esta nuez que voy a ofrecerle le resulte demasiado difícil de cascar. El 21 de este mes en Andover.
Suyo afectísimo,

A. B. C.

Miré el sobre. También estaba escrito a máquina.

—El matasellos es de W. C. 1 —me dijo Poirot al verme dirigir la atención al sello.

Encogiéndome de hombros, devolví la carta a mi amigo.

—Algún loco, supongo.

—¿Eso es lo que tienes que decir?

—Hombre… ¿Es que a ti no te parece loco el que ha escrito esto?

—Desde luego.

La gravedad de su voz me hizo mirarle.

—Un loco, *mon ami*, es un ser al que hay que tomar muy en serio. Es algo muy peligroso.

—Sí, claro… No había pensado en eso… Pero lo que yo he querido decir es que, más que obra de un loco, parece obra de un idiota.

—*Merci*, Hastings, es verdad. Debe de ser exactamente como dices…

—Pero tú, en el fondo, no lo crees —le interrumpí, convencido.

Poirot movió dubitativamente la cabeza y no contestó.

—¿Qué medidas has tomado?

—¿Qué podría hacer? Se la enseñé a Japp. Es de la misma opinión que tú. Dice que se trata de una broma estúpida. En Scotland Yard reciben cada día infinidad de cartas por el estilo. Por lo visto también debo tener mi parte…

—Pero lo tomas en serio.

Con voz pausada, Poirot contestó:

—Hay algo en esta nota que no me gusta, Hastings. A mi pesar, el tono de su voz me impresionó.

—¿Qué te figuras?

Movió la cabeza, y cogiendo el papel lo guardó otra vez en la estantería.

—¿Podrás hacer algo, ya que lo tomas tan en serio? —le pregunté.

—¡Siempre el hombre de acción! Pero ¿qué he de hacer? He enseñado la carta a otros policías, pero no hay huellas dactilares. No existe la menor pista que pueda conducirnos a descubrir al que la ha escrito.

—O sea que sólo cuentas con tu instinto.

—Nada de instinto, ésa es una mala definición. Son mi conocimiento y mi experiencia lo que me dicen que en esa carta hay

algo…

Agitó la carta y al fin, cuando le fallaron las palabras, movió la cabeza.

Quizás esté haciendo una montaña de un grano de arena, pero sea como fuere, no me queda otro remedio que esperar.

—Bien, el viernes es veintiuno. Si ocurre un robo cerca de Andover entonces…

—¡Qué alivio sería!

—¿Un alivio? —exclamé—. La palabra me parece simplemente inadecuada. No veo que un robo pueda aliviar a nadie.

Poirot movió negativamente la cabeza.

—Estás en un error, amigo mío. No comprendes lo que quiero decir. Un robo sería un alivio porque libraría mi cerebro de un temor.

—¿Un temor de qué?

—De asesinato.

CAPÍTULO II

(APARTE DEL RELATO PARTICULAR DEL CAPITÁN HASTINGS)

El señor Alexander Bonaparte Cust se puso en pie y dirigió una mirada al desaseado aposento. Le dolía la espalda a causa de la violenta posición en que durante mucho rato había permanecido. Al desperezarse quedó de manifiesto su elevada estatura.

Acercándose a un magnífico abrigo colgado en el respaldo de un sillón, sacó de un bolsillo un paquete de cigarrillos baratos y una caja de cerillas. Tras encender uno de los pitillos, regresó a la mesa ante la cual había estado sentado antes. Cogió una guía de ferrocarriles, que consultó, Luego, tomando una lista de nombres escrita a máquina, hizo con tinta una señal en uno de los primeros nombres.

Era el jueves. 20 de junio.

CAPÍTULO III

ANDOVER

De momento, las palabras de Poirot acerca del misterioso anónimo me impresionaron bastante, pero debo reconocer que casi me había olvidado de ellas cuando llegó el día 21, y el primer recuerdo que tuve de las mismas fue debido a la vista que el inspector Japp hizo a mi amigo. El inspector era un viejo amigo nuestro y al verme me saludó calurosamente.

—Pero ¡si es el capitán Hastings! ¿Cómo van los asuntos por las pampas? ¡Esto me recuerda aquellos tiempos en que trabajábamos juntos los tres! Está usted muy bien conservado. Si no fuera por esos pelos que le faltan en la cabeza parecería usted el mismo. En fin, dentro de cien años tendremos todos muchos menos. Yo sigo siendo el mismo.

Fruncí ligeramente el ceño. Estaba convencido de que gracias a la manera de peinarme, la calvicie a que se refería Japp no se notaba en absoluto. Pero como el buen inspector jamás se había hecho notar por su tacto, sonreí ligeramente y dije que ninguno de nosotros era ya joven.

—No diga eso —replicó Japp—. Aquí, el amigo Poirot, está más joven que nunca. ¡Qué cabellera!; no encontrará usted en ella ni una sola cana. ¡Y qué resistencia para el trabajo! Es el detective a quien he visto retirarse definitivamente más veces. A cada trabajo que termina dice lo mismo: «Éste es el último.» Sin embargo, no se comete crimen o robo de interés en que no intervenga para esclarecerlo. Asesinatos en trenes, en aviones, en fiestas de sociedad. No se deja perder ni uno. Jamás ha trabajado tanto ni ha

sido tan famoso como desde que se retiró.

—Ya le he dicho a Hastings que soy como las sopranos que se retiran cada temporada de la escena —dijo Poirot.

—No me extrañaría que esclareciese usted su propio asesinato —rió Japp—. No está mal la idea, ¿verdad? Podría escribirse un libro con ella.

—Hastings se encargará de eso —dijo Poirot, dirigiéndome un guiño.

—¡Ja, ja! Sería un éxito de librería —exclamó Japp.

No pude ver la gracia que el inspector encontraba en sus palabras y decidí que se trataba de una broma muy tonta.

Quizá mi rostro expresó mis sentimientos, pues Japp se apresuró a cambiar el tema de conversación.

—¿Se ha enterado del anónimo que ha recibido el amigo Poirot? —preguntó.

—Se lo enseñé el otro día —explicó Poirot.

—¡Ya lo creo! —exclamé—. Casi me había olvidado de la carta. ¿Qué fecha mencionaba?

—El veintiuno —contestó el inspector—. Por eso he venido hoy. Ayer era el día que tenía que ocurrir algo en Andover. Me pasé la noche comunicando con esa población. No ocurrió nada interesante Una luna de escaparate rota (cosas de niños) y un par de borrachos a quienes hubo que trasladar a la Comisaría. Por una vez, nuestro amigo se ha equivocado.

—Es un gran alivio para mí que haya ocurrido así, lo confieso —dijo Poirot.

—Nosotros recibimos diariamente centenares de cartas por el estilo —rió Japp—. Abundan mucho las personas que no tienen más trabajo que enviar anónimos a la policía. No hacen ningún daño y se distraen un poco figurándose que son terribles malhechores o sagacísimos detectives.

—He sido muy tonto al tomar en serio esa carta —dijo Poirot.

—Todos lo somos alguna vez. Ha sido una lástima que esas células grises de usted hayan trabajado ahora inútilmente.

Y coreando las palabras con una ruidosa carcajada, el inspector Japp salió de la habitación.

—Ese Japp es siempre el mismo —contestó Poirot con

indiferencia.

—Le encuentro muy envejecido —repliqué, deseando vengarme de las palabras del policía.

Poirot carraspeó.

—Mi peluquero, amigo Hastings —empezó—, me dijo el otro día que hay que peinarse de atrás adelante, y así se tapa la parte superior de la cabeza. Es una manera menos conocida de…

—¡Poirot! —rugí—. ¡No quiero saber nada de las ideas de tu peluquero! ¿Qué le pasa a la parte superior de mi cabeza?

—Nada, nada.

—¿Insinúas que me estoy quedando calvo?

—¡De ninguna manera!

—Si me ha caído algo el cabello ha sido debido al calor que hace en América del Sur. Si estuviera aquí unos meses me volvería a crecer.

—*Precisement*.

—Ese Japp es un idiota que se ríe de todo. Es de los que cuando ven que a uno le retiran la silla al ir a sentarse y cae al suelo, sueltan la carcajada.

—Hay mucha gente que se ríe de eso.

—Es que hay mucha gente imbécil.

—Vamos, calma, Hastings.

—Bueno —refunfuñé, haciendo esfuerzos por contener mi injustificada indignación—; lamento mucho que eso de la carta anónima haya resultado una tomadura de pelo.

—Yo también lo lamento. Esa carta me hizo entrever un sinfín de emociones. A medida que envejezco me voy volviendo demasiado suspicaz.

—Bien, amigo Poirot, si he de «cooperar contigo», tendremos que buscar otro crimen más interesante —dije riendo divertido.

—¿Te acuerdas de tus palabras del otro día? Si pudieras encargar un crimen, de la misma manera que se encarga una comida. ¿Qué escogerías?

—Déjame reflexionar —repliqué, siguiéndole el humor—. ¿Robo? ¿Falsificación? No, nada de eso. Demasiado vegetariano. Tiene que ser un asesinato; con mucha sangre y dificultades. La víctima debería ser algún millonario norteamericano. O un

presidente del Consejo de Ministros. También me satisfaría algún propietario de periódicos. La escena del crimen podría ser… la biblioteca. En cuanto al arma, podría ser una vieja daga española de anchos gavilanes… o algún objeto contundente. Un viejo ídolo chino, de buen bronce…

Poirot lanzó un suspiro.

—También serviría algún veneno —continué—; pero eso es demasiado técnico. Un disparo de revólver despertando agoreros ecos en el silencio de la noche es una cosa muy emocionante. Y además con una muchacha hermosa y rubia, rubia sobre todo pues las morenas no sirven y aunque sirviesen sería necesario importarlas de España, pues aquí ya hace tiempo que han desaparecido en los salones de belleza. Si en lugar de una joven fueran dos…

—El misterio sería más intrigante —continuó mi amigo.

—Sí, pues entonces una de ellas, la de aspecto más inocente, estaría injustamente abrumada con pruebas de culpabilidad. Un joven moreno (los rubios no sirven para el caso, y lo más que se tolera es que sean pelirrojos e irlandeses, con muchas pecas) estará enamorado de la joven sospechosa y se unirá a los detectives para descubrir el misterio y si no lo consigue, se declarará autor del crimen. Alguna vieja con cara de bruja también podría acaparar algo de las sospechas, y el resto de los personajes podrían ser un hombre alto, con bigote rizado y ojos de azabache, un secretario rastrero y de mirada huidiza.

—¿Ésa es la idea que tú tienes de un crimen ideal? —preguntó Poirot.

—¿No te parece bien? Pues es el modelo que presentan el noventa por ciento de las novelas policíacas. ¿Qué pedirías tú?

Poirot entornó los ojos y se recostó en el sillón. Con voz pausada empezó:

—Encargaría un crimen bien sencillo. Un crimen sin complicaciones; lo que se podría llamar un crimen íntimo.

—¿Y qué entiendes tú por íntimo?

—Supongamos que cuatro personas están jugando al bridge Una quinta persona, que no conoce las reglas del juego, se habrá arrellenado en un sillón junto al fuego. Uno de los cuatro jugadores

le habrá asesinado aprovechando el momento en que no le tocaba jugar. ¡He aquí el crimen perfecto! ¿Cuál de los cuatro jugadores es el asesino?

—La verdad —refunfuñé—, no veo la menor emoción en ese crimen.

Poirot me dirigió una mirada de reproche.

—No ves ninguna emoción porque no intervienen viejas dagas, ni chantaje, ni esmeraldas robadas a algún ídolo chino, ni misteriosos venenos. Amigo Hastings, eres un ser melodramático. Lo que a ti te gusta no es un crimen, sino una serie de crímenes.

—Reconozco que tienes algo de razón en eso —contesté—. El segundo asesinato es siempre el más emocionante del libro. Si el crimen se comete en el primer capítulo y durante el resto de la novela no hay nada más que el trabajo de seguir la pista, es una cosa muy aburrida por su monotonía.

El timbre del teléfono resonó insistente y Poirot levantó el receptor.

—Dígame… Sí, soy yo, Hércules Poirot.

Escuchó durante unos minutos y poco a poco su expresión fue cambiando.

—*Mais oui*.

…

—Sí, sí, iremos en seguida.

…

—Naturalmente.

…

—Haremos lo que usted dice…

…

—Sí, la traeré. *A tout á l'heure*, entonces.

Poirot colgó el receptor y se acercó adonde yo me encontraba.

—Era Japp, Hastings.

—¿Qué quería?

—Acaba de llegar a Scotland Yard. Ha encontrado un mensaje de Andover.

—¿Andover? —exclamó asombrado. Lentamente Poirot explicó:

—Una vieja llamada Ascher, propietaria de un estanco, ha sido asesinada.

La explicación de Poirot me defraudó. Al oír el nombre de Andover esperaba algo más fantástico que el asesinato de una estanquera.

Poirot continuó con la misma lentitud:

—La policía local cree haber cogido ya al asesino.

Mi desilusión aumentó.

—Parece que la mujer se llevaba mal con su marido. Éste era un borracho impenitente y la había amenazado más de una vez con matarla.

»Sin embargo —continuó Poirot—, en vista de lo que ha ocurrido, la policía desea echar otro vistazo al anónimo que recibí. He prometido que tú y yo saldremos en seguida hacia Andover.

Las palabras de Poirot me animaron un poco. Al fin y al cabo, por muy sórdido que el tal crimen pareciese, siempre era un crimen, y hacía mucho tiempo que yo no tenía contacto con crímenes ni criminales.

Entretenido con los preparativos de la marcha, apenas me fijé en lo que siguió diciendo mí amigo, y que más tarde debía tener plena confirmación.

—Ése no es más que el principio.

CAPÍTULO IV

LA SEÑORA ASCHER

En Andover nos recibió el inspector Glen, hombre alto, delgado, de cabello abundante y sedoso y agradable sonrisa.

Para mejor comprensión de todo, creo que es preferible que haga un breve resumen del suceso.

El crimen fue descubierto por el agente Dover, a la una de la mañana del 22 de junio. Cuando durante su ronda empujó la puerta del estanco, para comprobar si estaba cerrada, con profunda sorpresa la halló abierta. Entró en la tienda y su primer pensamiento fue que la casa se hallaba vacía. Sin embargo, al dirigir al mostrador el haz luminoso de su linterna, descubrió el cuerpo de la vieja. Cuando llegó el forense, dictaminó que la mujer había muerto de un fuerte golpe en la nuca, sin duda en el momento en que estaba inclinada buscando un paquete de cigarrillos en el estante de debajo del mostrador. La muerte debió de ocurrir ocho o nueve horas antes del descubrimiento del crimen.

—Las investigaciones subsiguientes —exclamó el inspector— nos han permitido establecer con bastante seguridad la hora del asesinato. Se ha presentado a declarar un hombre que a las cinco y media entró en el estanco a comprar tabaco. Otro que entró con el mismo objeto a las seis y cinco ha declarado que no vio a nadie en la tienda y supuso que la propietaria había salido. Esto hace suponer que el asesinato ocurrió entre las cinco y media y seis y cinco. Hasta ahora no he podido encontrar a nadie que haya visto a Ascher cerca del estanco, pero, desde luego, todavía es pronto. A las nueve estaba en la taberna «Las Tres Coronas», completamente

borracho. Le buscamos como sospechoso.

—¿Vivía con su mujer? —preguntó Poirot.

—No, se separaron hace algunos años. Ascher es alemán. Hubo un tiempo en que fue camarero, pero se echó a la bebida y fue perdiendo todos los empleos que conseguía. Su mujer se puso a servir Su último empleo fue como cocinera y ama de llaves en casa de la anciana señora Rose. Parte de lo que ganaba lo entregaba a su marido para verse libre de él, pero nunca lo consiguió, pues siempre estaba importunándola con peticiones de dinero y dando escenas en las casas donde trabajaba su mujer. Éste fue el motivo de que ella aceptase el empleo en casa de la señora Rose, situada en pleno campo, a unos seis kilómetros de Andover. Así, el marido no la podía molestar tan a menudo. Cuando la señora Rose murió dejó un pequeño legado a su cocinera, cosa que permitió a ésta abrir el estanco. No se trataba de un establecimiento importante: sólo vendía tabaco barato y periódicos. Con lo que sacaba la buena mujer iba viviendo. Ascher la estaba importunando constantemente, y de cuando en cuando, para librarse de él, le daba algún dinero, unos quince chelines semanales.

—¿Tenían hijos? —preguntó Poirot.

—No. Sólo una sobrina. Trabajaba como doncella en Overton. Es una joven muy inteligente.

—¿Y dice usted que ese hombre amenazaba a su mujer?

—Sí. Cuando estaba borracho era algo terrible.

¿Qué edad tenía la mujer?

—Unos sesenta años. Era muy respetable y trabajadora.

—¿Cree usted que ese Ascher es el asesino, señor inspector? —preguntó gravemente Poirot.

El inspector, algo intrigado por la pregunta, carraspeó.

—Es aún demasiado pronto para decirlo, señor Poirot. Antes quiero que Franz Ascher me dé cuenta de cómo pasó la tarde de ayer. Si logra explicarse satisfactoriamente le dejaremos en libertad. De lo contrario…

Y el inspector hizo una interrogadora pausa.

—¿Falta algo en la tienda? —preguntó Poirot.

—Nada. Ni siquiera el dinero de la caja. No se encontró la menor señal de robo.

—¿Cree usted que Ascher entró en el estanco, exigió dinero a su mujer y cuando ésta se negó la mató a golpes? —siguió pensando Poirot.

—Parece lo más probable. Pero debo confesarle que me gustaría echarle otro vistazo a esa extraña carta que recibió usted. He estado pensando que tal vez la escribiera el misma Ascher.

Poirot hizo lo que le pedía el inspector y éste leyó atentamente el anónimo.

—No, parece que Ascher —murmuró frunciendo el ceño—. No creo que él hubiese escrito «nuestros policías», pues es alemán. Podría ser un alarde de agudeza del que no le creo capaz. Además, ese hombre es un puro temblor. Le hubiera sido totalmente imposible escribir una carta así, sin ninguna falta. No deja de ser extraño el hecho de que se mencione la fecha veintiuno del corriente, por eso podría ser una simple coincidencia.

—Sí, desde luego.

—Pero a mí esas coincidencias no me gustan, señor Poirot. Es demasiado…

El inspector permaneció callado durante unos instantes, frunciendo el ceño.

—A. B. C. ¿Quién puede ser es A. B. C.? Veremos si Mary Drower (es la sobrina) puede ayudarnos. Antes de leerla pensé que esa carta que recibió usted, señor Poirot sería de Ascher.

—¿Sabe usted algo del pasado de la señora Ascher?

—Era de Hamsphire Sirvió en Londres, donde conoció a Ascher y se casó con él. Durante la guerra debieron de pasarlo bastante mal a causa de la nacionalidad del marido. En el año mil novecientos veintidós se separó de él y se vino aquí. Ascher logró enterarse y la siguió, abrumándola con peticiones de dinero —un policía entró en la habitación—. ¿Qué ocurre, Briggs?

—Afuera está Ascher.

—Está bien; hazle pasar. ¿Dónde le habéis encontrado?

—Escondido en un vagón de la estación.

—Bien, bien. Que entre.

Franz Ascher era un hombre de aspecto lamentable. Un convulsivo temblor agitaba su cuerpo y sus ojos se movían inquietos en las órbitas.

—¿Qué quieren de mí? —preguntó—. No he hecho nada. ¡Es una vergüenza y un escándalo eso que hacen conmigo! ¿Cómo se atreven a traerme aquí? —sus modales cambiaron bruscamente—. No, no he querido decir eso. Ustedes no serán malos conmigo. Todo el mundo se porta mal con el pobre Franz Ascher. Soy un viejo.

Y el hombre rompió en sollozos.

—Vamos, Ascher, calla ya —dijo el inspector—. Aún no te he acusado de nada. Eres libre de declarar o callarte. Además, sí no tienes nada que ver con el asesinato de tu mujer…

—¡Yo no la he matado! —chilló el alemán—. ¡No la he matado! ¡Todo eso no son más que mentiras! ¡Loe ingleses son todos unos cerdos que se han puesto de acuerdo contra mí…! ¡Jamás se me ocurrió matarla!

—Sin embargo, muchas veces la amenazaste.

—No, no. Usted no lo comprende. Era sólo una broma… una broma entre Alice y yo. Ella ya lo comprendía.

—¡Pues era una broma un poco rara! ¿Tienes inconveniente en decirnos dónde estabas ayer tarde?

—Se lo diré todo. No me acerqué a Alice. Estuve con unos amigos en la taberna «Las Siete Estrellas». Luego fuimos a la del «Perro Rojo»…

El afán de explicarse le hacía tartamudear.

—Dick Willows estaba conmigo, y también nos acompañó el viejo Curdie, George y Platt y no sé cuántos más, Les aseguro que yo no me acerqué a Alice. ¡Dios mío, les estoy contando la pura verdad!

—Briggs, llévese a este hombre —ordenó el inspector—. Queda detenido como sospechoso.

Cuando el viejo salió del despacho y sus gritos se hubieron apagado, el policía murmuró:

—No sé qué pensar. De no ser por la carta, creería que era el asesino.

—¿Qué hay de los hombres que ha citado como testigos?

—Lo peor del pueblo. Ninguno de ellos vacilaría en jurar en falso No dudo que pasara con ellos la mayor parte de la tarde. Todo depende de que alguien le haya vista cerca del estanco entre las cinco y media y las seis.

Poirot movió pensativo la cabeza.

—¿Está usted seguro de que no desapareció nada de la tienda?

El inspector se encogió de hombros.

—Es posible que hayan desaparecido algunos paquetes de cigarrillos, pero por eso no se comete un asesinato de esta índole.

—¿Y no había algo… cómo podríamos llamarlo? ¿Algo incongruente, impropio del lugar?

—Una guía de ferrocarril fue lo que se encontró.

—¿Una guía de ferrocarril?

—Sí. Estaba abierta y colocada boca abajo en el mostrador. Parecía como si alguien hubiera estado consultando los trenes que salen de Andover. Quizá la vieja o algún cliente.

—¿Vendían guías en el estanco?

El inspector movió la cabeza negativamente.

—Vendía guías pequeñas, parciales, pero la que encontramos era de las completas. Aquí en el pueblo sólo las venden en el W. H. Smith y en la estación.

Los ojos de Poirot se iluminaron. Inclinándose hacia delante preguntó:

—¿Era una «Bradshaw» o una «A. B. C.»?

Los ojillos del inspector se iluminaron también.

—¡Por Dios misericordioso! —exclamó Japp—. Era una «A. B. C.».

CAPÍTULO V

MARY DROWER

El sórdido crimen adquiría un nuevo aspecto.

¿Quién era el misterioso individuo que asesinó a la señora Ascher y dejó una guía de ferrocarriles «A. B. C.»?

Nuestra primera visita al salir del cuartelillo fue al depósito de cadáveres para ver el cuerpo de la muerta. Sentí una extraña sensación al contemplar el arrugado rostro y el cano cabello de la desgraciada. Su aspecto era tan apacible que costaba trabajo creer que había sido asesinada.

—La muerte le llegó por sorpresa —observó el sargento—. Por lo menos, eso es lo que ha dicho el forense. Me alegro de que ocurriese así. La pobre era un pedazo de pan. La mujer más decente del pueblo.

—De joven debió ser muy guapa —dijo Poirot.

—¿De veras? —preguntó incrédulo.

—¡Ya lo creo! Fíjate en la línea de las mejillas, la forma de la cabeza…

Lanzó un suspiro, y después de colocar la sábana sobre el rostro de la muerta, salimos del depósito.

Nuestra inmediata visita fue al médico del depósito.

El doctor Kerr era un hombre de mediana edad y de aspecto inteligente. Hablaba con bastante sequedad y firmeza.

—El arma no fue encontrada —dijo—. Es imposible decir cuál pudo ser. Un bastón, una cachiporra, un saquillo de arena… Cualquier cosa por el estilo.

—¿Se necesitaría mucha fuerza para pegar un golpe como el que

causó la muerte a esa desgraciada?

El médico dirigió una aguda mirada a Poirot.

—Lo que usted quiere saber es si un hombre corroído por el alcohol podría ser el asesino, ¿verdad? Pues sí; cualquier persona, por débil que fuese, podría haber pegado ese golpe.

—Entonces, el criminal puede haber sido tanto una mujer como el hombre, ¿verdad?

La insinuación pareció desconcertar al forense.

—¿Una mujer? Hombre… debo confesarle que no se me ocurrió semejante posibilidad. Ese crimen no parece propio de una mujer; pero… desde luego, materialmente tanto podría haberlo cometido una mujer como un hombre. Moralmente, repito que no me parece un asesinato femenino.

Poirot se apresuró a mover afirmativamente la cabeza.

—Tiene usted mucha, muchísima razón. No parece probable que el asesino sea una mujer. Pero en nuestra profesión hay que aceptar todas las posibilidades. ¿Cómo encontraron el cadáver?

El forense hizo una detallada exposición de la posición en que encontraron el cadáver y del lugar donde estaba tendido. Su opinión era que al recibir el golpe mortal estaba de espaldas al mostrador y, por lo tanto, también de espaldas a su matador. Al caer fue a parar debajo del tablero, quedando invisible para todo aquel que entrase en la tienda.

Cuando nos separamos del doctor Kerr, Poirot aclaró:

—Ya te habrás dado cuenta. Hastings, de que tenemos un punto en favor de la inocencia de Ascher. Si hubiese estado discutiendo con ella, amenazándola de muerte si no le daba dinero, la mujer habría estado de cara a él. En lugar de eso se hallaba de espaldas a su atacante. Indudablemente estaba buscando tabaco o cerillas para un cliente.

—Me parece muy probable —dije estremeciéndome.

Poirot movió gravemente la cabeza.

—*Pauvre femme!* —murmuró.

Luego consultó su reloj.

—Overton está a poca distancia de aquí. ¿Qué te parecería si fuésemos a hacer algunas preguntas a la sobrina de la muerta?

—Supongo que antes querrás ir a la tienda donde se cometió el

asesinato…

—Prefiero dejarlo para luego. Tengo un motivo.

No dijo más y poco después nos dirigíamos hacia Overton, siguiendo la carretera de Londres.

La dirección que el inspector nos había dado era la de una hermosa casa situada a dos kilómetros del pueblo.

A nuestra llamada acudió una hermosa joven de negros cabellos, cuyos bellos ojos presentaban claras señales de llanto.

—Supongo que usted debe ser la señorita Mary Drower, ¿verdad? —preguntó amablemente Hércules Poirot.

—Sí, señor —contestó la joven.

—¿Me permitirá que hable con usted unos minutos? Desde luego siempre que su señora no se oponga. Se trata de algo referente solamente a su señora tía, que en paz descanse.

—La señora está fuera. No creo que ponga ningún reparo a que hable con ustedes.

Con paso algo vacilante nos guió hasta un pequeño salón. Entramos allí y Poirot se acomodó en un sillón, junto a la ventana. Su aguda mirada se clavó en el rostro de la joven.

—Ya sé que está usted enterada de la muerte de su tía. Le doy mi más sentido pésame y quisiera preguntarle si la policía no le indicó la conveniencia de que se trasladara usted a Andover.

—Me dijeron que debía asistir a la investigación judicial, que tendrá lugar el lunes. Como allí no tengo ningún sitio adónde ir y además la otra criada está fuera, he preferido quedarme aquí hasta que deba ir a declarar.

—¿Quería mucho a su tía?

—¡Ya lo creo, señor! Conmigo se portó siempre muy bien A los once años, al morir mi madre, fui a Londres a vivir con ella. A los dieciséis, entré a servir en una casa, pero siempre que tenía fiesta iba a pasarla con mi tía. Su marido la hizo muy desgraciada. Cuando se refería a él le llamaba: «Mi viejo diablo». Nunca la dejó en paz en ningún sitio. Era un hombre muy malo.

La joven hablaba con gran vehemencia.

—¿No pensó su tía en librarse de la persecución de su marido por los medios que la ley ponía a su disposición?

—Era su marido y ella lo había querido en un tiempo.

—Dígame, Mary, ¿es verdad que Ascher amenazaba muy a menudo a su tía?

—¡Ya lo creo! Y le decía unas cosas horribles. La amenazaba con cortarle la cabeza y cosas por el estilo. También juraba mucho, en alemán y en inglés. Sin embargo, mi tía aseguraba que cuando se casó con él era un hombre muy simpático y amable. ¡Es terrible pensar cómo cambia la gente!

—Sí, sí, claro. Bien, supongo, Mary, que después de oír todas esas amenazas no le extrañaría enterarse de la muerte, de su tía.

—Mucho me extrañó, señor. Yo nunca creí que mi tío sintiese lo que decía. Suponía que era una forma de amenazar y nada más. Además mi tía no le tenía el menor miedo. Infinidad de veces le había visto escapar, como perro con el rabo entre piernas, cuando ella se revolvía. Él le tenía mucho miedo.

—Sin embargo, su tía le daba dinero.

—Al fin y al cabo era su marido.

—Ya lo ha dicho usted antes —Poirot permaneció callado unos instantes y al fin continuó—: Supongamos que su tío no es el asesino.

—¿Que él no es el asesino? —exclamó asombrada la joven.

—Sí, eso mismo. Supongamos que fue otra persona la que mató a su tía… ¿Tiene usted alguna idea de quién puede ser esa persona?

Mary miró cada vez más asombrada a mi amigo.

—No tengo la menor sospecha de quién pueda ser el asesino —contestó al fin.

—¿No tenía miedo a alguien?

—No, señor. Mi tía no tenía miedo a nadie ni a nada.

—¿La oyó usted, por casualidad, mencionar alguna vez a alguien que la odiase por cualquier motivo?

—No, señor.

—¿Recibía cartas anónimas?

—Cartas. ¿Cómo?

—Cartas sin firma… o que al pie llevasen sólo algunas iniciales como, por ejemplo. A. B. C.

Mientras pronunciaba las últimas palabras, Poirot no perdía detalle del rostro de Mary, pero era indudable que la joven no sabía nada de lo que le preguntaba.

—Aparte de usted, ¿tenía su tía algún pariente?

—Ahora no, señor. Antes tuvo diez hermanos, pero sólo cuatro llegaron a mayores. Mi tío Tom murió en la guerra, mi tío Harry marchó a América del Sur y no hemos vuelto a saber nada de él y al morir mi padre quedé yo como única pariente suya.

—¿Tenía su tía algunos ahorros?

—Sí, lo suficiente para permitir un entierro decente, como decía. No podía guardar mucho dinero, pues casi todo se lo llevaba su «viejo diablo».

Poirot movió pensativo la cabeza. En voz baja, dijo, más para sí que para la joven:

—De momento estamos en tinieblas… Hasta que esto se aclare un poco no podremos hacer nada… —se levantó—. Si necesito algo más de usted, Mary, ya la avisaré.

—Oiga, señor —dijo la muchacha—. La región no me gusta nada. Si estaba en ella era por mi tía. Pero ahora… —gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas—, ahora no hay motivo para qué no vuelva a Londres. La ciudad es más alegre para una muchacha como yo.

—Entonces le agradeceré que cuando se marche me dé su dirección. Aquí tiene usted mi tarjeta.

Se la entregó y Mary leyó extrañada el nombre que aparecía en ella. Al fin murmuró interesada:

—¿No tiene usted nada que ver con la policía, señor?

—Soy un detective privado.

Durante unos minutos la joven contempló en silencio a mi amigo. Al fin dijo:

—¿Hay algo raro en… en ese crimen?

—Sí, hija mía. Hay… algo muy raro. Más adelante seguramente podrá ayudarme.

—Lo haré con mucho gusto, señor, No estuvo nada bien que mataran a mi pobre tía.

Era una manera un poco impropia de exponer lo ocurrido, pero no dejaba de ser emocionante.

Poco después emprendíamos el regreso a Andover.

CAPÍTULO VI

EL LUGAR DEL CRIMEN

La calle donde había ocurrido la tragedia era una de las que iban a dar a la calle Mayor del pueblo. El estanco de la señora Ascher estaba situado hacia la mitad, a la derecha.

Al entrar en la calle, Poirot dirigió una mirada a su reloj y entonces comprendí el motivo de haber retrasado hasta entonces la visita. Eran las cinco y media menos minutos Quería reproducir lo más posible la atmósfera del día anterior.

Si éste fue su propósito, fracasó por completo. Para empezar, la calle, que de ordinario debía estar muy poco concurrida a semejante hora, se hallaba repleta de gente cuya atención estaba fija en el estanco.

Cuando al fin conseguimos, tras muchos esfuerzos, llegar al estanco, nos hallamos frente a un joven policía que impedía que los curiosos entrasen en la tienda, al mismo tiempo que repetía como una cantinela «Circulen, señores, circulen, hagan el favor, circulen». Al ver el pase que el inspector entregó a mi amigo, abrió la puerta y nos dejó pasar entre las protestas del público que también quería oler un poquito de sangre.

En el estanco reinaba la más completa oscuridad. El policía, relevado por un compañero que acababa de llegar en su ayuda, encendió la luz. Ésta era bastante débil de manera que el estanco quedó sumido en algo más que una tiniebla.

Dirigí una curiosa mirada a mi alrededor.

La tienda era muy pequeña. Colgadas de cordeles se veían algunas revistas y periódicos del día anterior. Detrás del mostrador,

una serie de estantes se levantaban hasta el techo y mostraban alineados infinidad de paquetes de tabaco para pipa y cigarrillos. También se veían unos botes de caramelos y regaliz. En resumen, era uno de tantos estancos.

El policía empezó a explicar lentamente cómo encontraron la muerta.

—Estaba ahí detrás, señor. El forense dijo que la pobre no se dio cuenta de nada, ni sufrió lo más mínimo. Debía estar buscando algo en los estantes.

—¿Tenía algo en las manos?

—No, señor; pero junto a ella encontramos un paquete de cigarrillos «Player's».

Poirot movió lentamente la cabeza y dirigió una vaga mirada a su alrededor.

—Y la guía de ferrocarriles, ¿dónde estaba?

—Aquí, señor. —El policía señaló un lugar sobre el mostrador—. Estaba abierta por la parte correspondiente a Andover. Sin duda el asesino, si era un hombre, estaba consultando los trenes que salen de Andover. También podría ser que la guía pertenezca a alguien no relacionado con el crimen. Tal vez se la olvidaron en el mostrador.

—¿Y las huellas dactilares? —pregunté.

El policía movió la cabeza.

—Hemos examinado toda la tienda sin encontrar nada.

—¿Ni en el mostrador? —preguntó mi amigo.

—En el mostrador encontramos demasiadas y todas confusas y mezcladas.

—¿Encontraron alguna de Ascher?

—Es demasiado pronto para decirlo, señor.

Poirot asintió con la cabeza y luego preguntó si la mujer vivía en la misma tienda.

—Sí, señor; aquella puerta al final comunica con sus habitaciones. Ya me perdonarán que no les acompañe, pero debo permanecer…

Poirot cruzó la puerta en cuestión y yo le seguí Detrás de la tienda había un microscópico comedor y la cocina combinados. Los muebles eran escasos y viejos, pero limpios y bien cuidados. En el bufete se veían algunas fotografías. Me acerqué para examinarlas y

Poirot me siguió.

En total las fotografías eran tres. Una, de aficionado, era de la joven con quien aquella misma tarde habíamos hablado, Mary Drower. Llevaba sus mejores galas y en su rostro se dibujaba la sonrisa que ella debía de considerar mejor, y cuyo único resultado práctico era una completa desfiguración del agraciado rostro de la muchacha.

La segunda, obra de un buen fotógrafo, era el retrato de una vieja dama de blancos cabellos. Una magnífica piel le rodeaba el cuello.

Supuse que se trataba de la señora Rose, la misma que había legado a la señora Ascher el dinero que le permitió establecerse.

La tercera fotografía, vieja y amarillenta, reproducía a un hombre y una mujer, jóvenes los dos vestidos a la moda de muchos años antes. El hombre vestía algo así como de etiqueta y en su rostro se reflejaba una gran alegría.

—Sin duda un retrato de bodas —dijo Poirot—. Fíjate. Hastings ¿No te dije que indudablemente había sido una mujer hermosa?

Poirot tenía razón. La joven de la fotografía era una auténtica belleza, a pesar del peinado y el traje que la desfiguraban bastante. Me fijé, con gran atención en la segunda figura. Era casi imposible reconocer en ella a Ascher, el inveterado borracho.

Del comedor partía una escalera que conducía al piso superior, donde estaban las habitaciones de la señora Ascher; eran dos en total. Una estaba vacía y la otra fue, indudablemente, un dormitorio femenino. Después de ser registrado por la policía, quedó tal como estaba en aquellos momentos. En la cama se veían dos viejas mantas, en un estante varias piezas de ropa interior, unas latas de galletas, una novela por entrega titulada *El oasis verde*, un par de medias nuevas, baratas, dos cacharros de porcelana, un mapa de Dresde, un perrillo de porcelana, con varias desconchaduras. Un impermeable negro colgado de una percha completaba el mísero ajuar de la muerta.

Si hubo papeles íntimos, la policía debió llevárselos.

—*Pauvre femme!* —murmuró Poirot—. Vamos, Hastings, aquí no queda nada para nosotros.

Cuando volvimos a estar en la calle, vaciló un momento y al fin

cruzó el arroyo. Frente al estanco de la señora Ascher tenía su tienda un verdulero de esos con más mercancías fuera que dentro.

En voz baja, mi amigo me dio unas instrucciones, luego entró en la tienda. Transcurridos dos o tres minutos le imité. Al entrar le encontré discutiendo el precio de la lechuga. Por mi parte, compré una libra de fresas.

Poirot estaba hablando animadamente con la fornida mujer que le despachaba.

—Ese crimen del que tanto hablan ocurrió ahí en la tienda de enfrente, ¿verdad? ¡Qué suceso! ¡Le habrá causado una impresión enorme!

La fornida mujer estaba, indudablemente, cansada de hablar del crimen.

—No ha tenido nada de particular —replicó—. No sé qué hace toda esa gente parada ahí.

—Ayer noche eso debía de estar mucho más desierto —insinuó Poirot—. Quizás usted misma vio al criminal en el momento en que entraba en la tienda… Era un hombre alto con barba, ¿verdad? Me han dicho que se trataba de un ruso.

—¡Cómo! ¿Qué dice usted? —La mujer miraba extrañada a Poirot—. ¿Un ruso, dice?

—Sí; tengo entendido que la policía ya le ha detenido.

—¡Un extranjero tenía que ser para cometer un crimen semejante! —exclamó excitada la mujer.

—*Mais oui*. ¿Le vio usted por casualidad ayer noche?

—Si les he de decir la verdad, no me fijé. Por la noche es cuando más trabajo tenemos; pasa adelante gente que vuelve del trabajo. ¿Dice usted un hombre alto con barba? No recuerdo haber visto a nadie.

En ese momento intervine en la conversación.

—Usted perdone, señor —dije dirigiéndome a Poirot—. Creo que le han informado mal. El asesino era un hombre bajito y moreno. Por lo menos así me lo han descrito.

Mis palabras originaron una acalorada discusión en la que intervinieron la tendera, su marido y un dependiente. Todos habían visto hombres bajos y morenos. Además, el dependiente había visto uno alto, pero sin barba.

Por fin, realizadas nuestras compras, salimos de la tienda sin haber sacado nada en limpio.

—¿Por qué has hecho esto. Poirot? —pregunté a mi amigo, cuando nos hubimos alejado.

—*Parbleu!* Quería comprobar si alguien había visto a algún forastero cerca del estanco.

—¿No podías preguntarlo, y ahorrarte así toda esa sarta de mentiras?

—No, *mon ami*. Si lo hubiese preguntado no habría obtenido ninguna contestación a mis preguntas Tú eres inglés y, sin embargo, aún no te has dado cuenta de cómo reaccionan tus compatriotas cuando se les hace una pregunta directa. Lo inmediato es sospechar si se trata de una impertinencia y, por lo tanto, no se debe contestar. Si hubiese preguntado esas gentes se habrían encerrado en un mutismo de ostra. Pero al hacer una afirmación les ha dado pie para la discusión con la cual nos hemos enterado de varias cosas. Primera, de que a la hora en que se cometió el asesinato circulaba bastante gente por la calle. Nuestro asesino escogió bien el momento.

Poirot hizo una pausa y luego continuó en tono de reproche:

—¿Es que no tienes el menor sentido común, Hastings? Te dije que compraras cualquier cosa y no se te ocurre nada mejor que comprar fresas. Ya empiezan a aplastarse y su jugo traspasa el papel de la bolsa. Vas a estropearme todo el traje.

Con gran desconsuelo comprobé que mi amigo tenía mucha razón.

Me apresuré a regalar las fresas a un muchachito que pareció enormemente sorprendido y por cuyos ojos pasó la sospecha de que trataba de envenenarle.

Para completar el asombro del chiquillo, Poirot le regaló la lechuga.

Cuando nos hubimos quedado solos, Poirot continuó amonestándome.

—En una verdulería así, no se te ocurra nunca comprar fresas. Las que tienes están todas pasadas, y la fresa sólo es buena cuando es fuerte. Podías haber pedido un par de plátanos, una col, cualquier cosa, menos fresas.

—Fue lo primero que se me ocurrió —dije por toda excusa.

—Pues es una verdadera lástima que tengas tan poca imaginación.

En aquel momento Poirot se detuvo y me hizo volver de nuevo hacia el estanco. La casa y tienda contigua estaban por alquilar. Las ventanas de la siguiente dejaban filtrar un poco de luz.

Hacia esa casa me empujó Poirot. Como no había timbre, llamó con los nudillos.

Al cabo de unos minutos una chiquilla muy sucia abrió la puerta.

—Buenas noches —saludó Poirot—. ¿Está tu madre?

—¿Qué? —la chiquilla nos miraba suspicazmente.

—Que si está tu madre —repitió Poirot.

Estas palabras tardaron un minuto en penetrar en el cerebro de la muchacha y cuando al fin las tuvo dentro, dio media vuelta y corrió hacia la escalera, gritando:

—¡Mamá, te quieren ver unos hombres!

Y en seguida fue a esconderse en la carbonera.

Una mujer de afilado rostro nos miró desde el piso superior y empezó a bajar.

—No vale la pena que pierdan el tiempo… —empezó. Mas Poirot no la dejó terminar.

Quitándose el sombrero, hizo una profunda inclinación.

—Buenas noches, señora —dijo—. Soy el redactor del *Evening Flicker*. He venido para convencerla de que acepte cinco libras por los informes que pueda darnos respecto a su vecina, la señora Ascher.

Toda la ira de la mujer se desvaneció como por ensalmo al oír lo de las cinco libras.

—Pasen, hagan el favor… Por ahí, a la izquierda. ¿No quieren sentarse?

La pequeña habitación en que entramos estaba enteramente ocupada por unos macizos muebles estilo seudojacobino, Con algunos esfuerzos pudimos abrimos paso y al fin nos dejamos caer en un viejo sofá.

—Les ruego me perdonen —se excusó la mujer—. Me precipité un poco al hablar, pero tengan en cuenta el sinfín de molestias que

ocasionan los corredores de productos para la casa. No hacen más que decir: «Señora Fowler, el producto que vengo a ofrecerle no tiene rival». Y así, todo el santo día.

Aprovechando la ocasión, Poirot empezó:

—Bien, señora Fowler, supongo que no tendrá usted inconveniente en hacer lo que le he pedido.

—No sé si podré —contestó la mujer—. Conocía a la señora Ascher, desde luego, pero en cuanto a escribir lo que sé de ella…

Poirot se apresuró a tranquilizarla, asegurándole que no tenía que escribir nada. Su única obligación consistía en explicar lo que supiese.

Así animada, la señora Fowler se sumió en hondas meditaciones.

—La señora de Ascher era una mujer encerrada en sí misma. Poco comunicativa. No era de extrañar, pues su vida era muy triste. Si en el mundo hubiese justicia, Franz Ascher hubiese ido a parar a la cárcel muchos años antes. Eso no quería decir que la señora Ascher le tuviera miedo. Ni a un tártaro temía en vida aquella mujer. Ella, la señora Fowler; le había dicho muchas veces: «Un día ese hombre la matará.» ¡Y al fin lo había hecho! A pesar de estar tan cerca del crimen, no oyó el menor ruido.

Poirot aprovechó una de las pausas de la mujer para preguntarle si alguna vez había visto alguna carta firmada con las letras A. B. C.

Con profundo disgusto, la señora Fowler confesó que nada sabía de tal cosa.

—Ya sé lo que quiere decir —continuó la mujer—. Es una carta anónima. De ésas en que la gente escribe todas las cosas que no se atreve a decir en voz alta. Nunca me enseñó ninguna. Cuando mi hija Eddie me dijo que en la casa de al lado había muchos policías y salí a ver lo que ocurría, me llevé una impresión enorme. No debía haberse quedado sola en casa, la pobre mujer. Un marido borracho es peor que un lobo. También se lo dije infinidad de veces. «Ese hombre la matará un día.»

—Tengo entendido que el señor Ascher no se acercó a la tienda en todo el día de ayer —dijo Poirot.

La señora Fowler rió sarcásticamente.

—Es muy natural que fuese con mucho cuidado y procurara que nadie le viese.

La manera como el acusado pudo llegar hasta el estanco, sin ser visto por nadie, no tenía importancia para la mujer.

Sin embargo, convino en que el señor Ascher era muy conocido en el barrio y que el estanco no tenía puerta trasera.

—Ya procuraría él que nadie le viese. Los alemanes son gente muy astuta.

Poirot alargó un poco la conversación convenciéndose al fin de que la buena mujer le había contado todo cuanto sabía. Después de pagar la cantidad convenida, salimos de la casa.

—Me parece que has tirado cinco libras, Poirot —dije.

—Así parece, de momento.

—¿Crees que esa mujer sabe algo más de lo que ha dicho?

—Amigo mío, estamos en una situación muy particular. No sabemos qué pregunta hacer. Somos como niños que jugasen de noche al escondite. Avanzamos con las manos extendidas con la esperanza de coger algo. La señora Fowler nos ha contado lo que cree saber. Quizás en el futuro su declaración pueda sernos útil. Ha sido para el futuro que he gastado cinco libras.

No entendía bien lo que quería decir mi amigo, pero en aquel momento llegábamos al despacho del inspector Glen.

CAPÍTULO VII

EL SEÑOR PARTRIDGE Y EL SEÑOR RIDELL

El inspector Glen parecía muy pensativo. Supongo que había pasado la tarde tratando de encontrar las personas que fueron vistas entrando en el estanco.

—¿Y no se vio a nadie? —inquirió mi amigo.

—¡Ya lo creo! Tres hombres altos de mirada furtiva. Cuatro hombres bajos con bigote negro y dos de ellos con barba. Tres hombres gordos, de aspecto extranjero. Y todos, si he de hacer caso de lo que dicen, con expresión siniestra. Me extraña que alguien no haya visto una pandilla de *gangsters* con revólveres y ametralladoras, Poirot dirigió una mirada de simpatía al inspector.

—¿Ha visto alguien a ese Ascher?

—No. Y ése es otro punto a su favor. Ya le he dicho al jefe que éste es un asunto de Scotland Yard. No creo que sea un crimen local.

—Yo creo lo mismo —dijo gravemente Poirot.

—Es un asunto muy feo, señor Poirot, muy feo… No me gusta nada.

Antes de regresar a Londres tuvimos otras dos entrevistas.

La primera fue con el señor James Partridge. Este señor era la última persona que vio en vida a la señora Ascher. A las cinco y media aproximadamente le compró un paquete de cigarrillos.

Era un hombrecillo pequeño y delgado; trabajaba en un Banco. Llevaba lentes y su aspecto era el de un hombre muy meticuloso. La casa en que vivía era pequeña y muy bien cuidada.

—¿Qué desea usted, señor Poirot? —preguntó, mirando la

tarjeta de mi compañero.

—Tengo entendido, señor Partridge, que usted fue la última persona que vio viva a la señora de Ascher.

El señor Partridge juntó las yemas de los dedos y miró a Poirot como si fuese un cheque dudoso.

—Eso que dice usted puede ser y puede no ser, señor Poirot —dijo—. Es muy posible que otros hombres entraran en el estanco después que yo.

—Sin embargo, nadie se ha presentado a decirlo.

El hombrecillo carraspeó.

—Hay mucha gente, señor, que no tiene noción de sus deberes de ciudadano.

Mientras pronunciaba estas palabras, nos miraba por encima de sus lentes como una lechuza.

—Tiene usted mucha razón —asintió Poirot—. Usted fue a la policía *motu proprio*, ¿verdad?

—Sí, señor. Tan pronto como me enteré de lo ocurrido comprendí que mi declaración podría ser de alguna ayuda y me presenté en la Jefatura.

—Eso le honra a usted mucho —declaró solemnemente Poirot—. ¿Tendría inconveniente en repetirme su declaración?

—Lo haré con infinito placer. Volví a casa ya las cinco y media en punto…

—Usted perdone. ¿Cómo está tan seguro acerca de la hora?

El señor Partridge pareció un poco irritado por la interrupción.

—El reloj de la iglesia acababa de sonar. Miré el reloj y comprobé que se atrasaba de un minuto. Eso fue unos segundos antes de que entrara yo en el estanco de la señora Ascher.

—¿Tenía usted por costumbre comprar en esa tienda?

—Sí, señor. Como me venía de paso, cada semana compraba un paquete de picadura «John Cotton».

—¿Conocía personalmente a la señora de Ascher? ¿Sabe algo de su vida privada?

—Nada absolutamente. Aparte de algunas consideraciones del tiempo nunca hablamos.

—¿Sabía que el marido de esa pobre mujer la había amenazado de muerte?

—No, señor; nunca supe eso.

—¿Notó usted algo raro en ella ayer noche? Quiero decir, si su aspecto no era el de siempre, si estaba triste o preocupada.

El hombrecillo meditó unos instantes.

—Que yo recuerde —dijo al fin—, no noté nada raro. Poirot se levantó.

—Muchas gracias por haber contestado a mis preguntas, señor Partridge. ¿Tiene por casualidad una guía «A. B. C.»? Quisiera consultarla para ver qué tren debo tomar.

—En la estantería que está detrás de usted encontrará una.

En la estantería en cuestión había una «A. B. C.», una guía «Bradshaw», un anuario, una guía de calles y el «Quién es quién».

Poirot cogió la guía de ferrocarriles e hizo ver que consultaba la lista de trenes. Luego, la dejó en la estantería y nos despedimos del señor Partridge.

Nuestra visita al señor Albert Ridell fue muy distinta. La conversación fue acompañada del choque de platos de la cocina, de ladridos en el patio y de hostilidad en el señor Ridell.

Era un hombre muy alto de rostro amplio y ojillos suspicaces. Comía una empanada de carne acompañada de una enorme taza de té. La mirada que nos dirigió fue de la mayor irritación.

—¿Dice que quiere que repita mi declaración? —gruñó—. ¿Para qué? No me gusta nada eso de repetir lo que he contado a la maldita policía.

Poirot me dirigió una divertida mirada y luego añadió:

—Comprendo perfectamente lo que le ocurre a usted, pero se trata de un asesinato y eso es una cosa muy seria.

—Será mejor que le cuentes al señor todo lo que sabes, Bert —intervino su mujer.

—¡Cierra el pico! —rugió el gigante.

—Supongo que usted no iría a ver a la policía por su propia voluntad —rió Poirot.

—¡Claro que no! ¿Por qué tenía que ir? No era asunto mío ese crimen.

—Es cuestión de pareceres —hizo notar indiferentemente Poirot —. Se cometió un asesinato… La policía tenía interés en saber quiénes habían estado en el estanco… A mí mismo me hubiese

parecido mucho más natural que… usted se hubiese presentado por su propia voluntad.

—Tenía trabajo. No digo que más tarde no me hubiese presentado yo mismo.

—Bien, sea como fuere, lo cierto es que la policía me ha dicho que usted fue una de las personas que ayer entraron en el estanco de la señora Ascher ¿Quedaron satisfechos en la jefatura de su declaración?

—¿Por qué no debían que quedar? —gruñó el hombretón.

Poirot se limitó a encogerse de hombros.

—¿Qué insinúa usted? —preguntó Ridell—. Nadie tiene nada contra mí. Todos saben que el asesino no fue otro que el marido.

—Pero a él no se le vio ayer noche por aquella calle, y a usted sí.

—Conque me quieren meter a mí en el ajo, ¿eh? Pues no lo conseguirán. ¿Qué interés podría yo tener en hacer semejante cosa? ¿Cree que quería robarle una lata de tabaco? ¿Me cree un asesino?

Se levantó y acercóse amenazador a mi amigo. Su mujer se apresuró a intervenir.

—Por favor, Bert… no digas esas cosas. Van a creer…

—Cálmese, *monsieur* —animó Poirot—. Sólo le pido que me explique lo que vio en el estanco. El hecho de que usted rehúse hacerlo es… es un poco extraño.

—¿Quién ha dicho que yo rehusé hacer nada? —El señor Ridell dejóse caer de nuevo en su silla—. Pregunte cuanto quiera.

—¿Eran las seis cuando entró en el estanco?

—Minuto más o menos era esa hora. Entré a buscar un paquete de «Gold Flaque». Abrí la puerta…

—Eso quiere decir que estaba cerrada, ¿verdad?

—Claro. Creí que la tienda estaba ya cerrada; pero no era así. Entré y no vi a nadie. Di unos golpes en el mostrador y esperé. Como no acudió nadie, salí de la tienda y me vine a casa. Eso es todo. ¿Está contento?

—¿Vio el cadáver tendido al otro lado del mostrador?

—No; como tampoco lo hubiera visto usted, a menos de que hubiese conocido su existencia.

—¿Vio la guía de ferrocarriles que estaba encima del mostrador?

—Sí. Eso me hizo pensar que la vieja habría marchado en tren,

olvidándose de cerrar la puerta.

—¿Tocó por casualidad la guía?

—No.

¿Vio salir a alguien del estanco antes de entrar?

—No vi a nadie. Lo que le he dicho es lo que sé. Poirot se levantó.

—No le molesto más, señor. *Bon soir*.

Poco después cogimos el tren de las 7,02 que partía hacia Londres.

CAPÍTULO VIII

LA SEGUNDA CARTA

—Bien, ¿qué has sacado en limpio? —pregunté.

Estábamos sentados en un compartimiento de primera clase. El tren, un expreso, acababa de salir de Andover.

—El crimen —dijo Poirot— fue cometido por un hombre de estatura mediana, cabello rojo y un lunar bajo el ojo izquierdo. Cojea ligeramente del pie derecho y tiene un gran lunar en el sobaco izquierdo.

—¡Poirot! —exclamé.

Durante unos segundos permanecí mudo de asombro. Al fin, el brillo de los ojillos de mi amigo me hizo comprender la verdad.

—¡Poirot! —volví a exclamar, esta vez en tono de reproche.

—*Mon ami*, ¿qué te creías? Me miras como pidiéndome una solución a lo Sherlock Holmes, y te la doy. Ahora, hablando con toda franqueza, te diré que no sé nada del aspecto del asesino, ni dónde vive ni la manera de echarle el guante.

—Si por lo menos hubiese dejado alguna pista —murmuré.

—¡La pista! La pista es siempre lo que a ti te atrae. Lástima que no fumara y dejase la ceniza del cigarrillo, y luego pisase en el barro, dejando la huella de su tacón de forma especial. No, no ha sido tan amable. Pero por lo menos, nos ha dejado la guía de ferrocarriles. La «A. B. C.». ¡Ahí tienes la pista!

—¿Crees que la dejó olvidada?

—No. La dejó a propósito. La falta de huellas dactilares lo demuestra. ¿Concibes tú a un hombre que en pleno mes de junio vaya con guantes? No, todo el mundo le miraría. Pues bien, si

nuestro asesino no lleva guantes y en la guía no se han encontrado huellas dactilares, eso quiere decir que las borró. Un inocente hubiese dejado huellas… un asesino, no. Por tanto, nuestro criminal abandonó la guía porque no es ninguna pista.

—¿No crees que podamos descubrir nada por ese medio?

—No, Hastings. Ese misterioso X es indudablemente un hombre orgulloso de su destreza. No habría dejado nada que pudiese permitir su captura.

—Así esa guía no sirve para nada.

Poirot no contestó en seguida.

—Absolutamente para nada —dijo al fin—. Nos enfrentamos con un personaje desconocido. Está en la oscuridad y desea permanecer en ella. Sin embargo, si bien en un sentido no sabemos nada de él, en otro sabemos mucho. Es hombre que sabe escribir perfectamente a máquina, que usa papel de buena calidad, que desea ardientemente demostrar que es alguien. Me lo figuro como un niño en quien nadie se ha fijado… Ha crecido siempre en segundo término y su mayor ansia ha sido atraer sobre él la atención de los demás. No consiguiéndolo se ha sentido humillado y así ha llegado hasta cometer un crimen para llamar la atención…

—Todo eso son simples conjeturas —le interrumpí—. No te proporcionan ninguna ayuda.

—Prefieres la ceniza del cigarrillo y el tacón de forma especial, ¿verdad? Siempre has sido así. Pero por lo menos podemos hacernos algunas preguntas. ¿Por qué escogió la guía «A. B. C.»? ¿Por qué mató a la señora Ascher? ¿Por qué Andover?

—La vida pasada de la mujer parece muy sencilla —murmuré—. Las entrevistas con esos dos hombres han sido un fracaso. No nos han descubierto nada que ignorásemos.

—La verdad sea dicha, no esperaba conseguir gran cosa. Pero no podíamos dejar a un lado a los dos posibles asesinos.

—No creerás…

—Hay una posibilidad de que el asesino viva en Andover o muy cerca. Ésa es una posible respuesta a nuestra pregunta: ¿Por qué Andover? Bien, tenemos dos hombres que estuvieron en el estanco alrededor de la hora en que se cometió el crimen. Cualquiera de ellos pudo ser el asesino y hasta ahora no se ha podido demostrar

que no lo sean.

—Quizás esa bestia de Ridell —indiqué, dejando ver mi duda.

—Me siento inclinado a absolver a Ridell. Estaba nervioso, inquieto.

—Pero eso no hace más que demostrar…

—Una naturaleza totalmente distinta a la del personaje que escribió la carta firmada por A. B. C. Una persona segura de sí misma, serena…; eso es lo que debemos buscar.

—No creerás que el señor Partridge…

—Ése ya se aproxima más al tipo de nuestro asesino. No se puede decir más. Se porta como lo haría quien escribió el anónimo. Se presentó a la policía… hizo una declaración espontánea.

—¿Crees que sea él?

—No. Hastings. Creo que el asesino fue a Andover de cualquier otro punto, pero no se puede dejar nada al azar. Y aunque al referirme al asesino lo coloque siempre en el género masculino, no hay que descartar la posibilidad de que sea una mujer.

—¡Desde luego!

—La forma en que se cometió el asesinato revela la mano de un hombre. Sin embargo, las mujeres suelen escribir más anónimos que los hombres.

Permanecí callado durante unos segundos y al fin dije:

—¿Qué haremos ahora?

—¡Mi enérgico Hastings! —Poirot me miró sorprendido y sonriente.

—¿Qué vamos a hacer? —insistí.

—Nada.

—¿Nada? —mi desilusión era evidente.

—¿Soy acaso un mago, un hechicero? ¿Qué quieres tú que haga?

Reflexionando sobre la pregunta, me di cuenta de que era muy difícil contestar a ella. Sin embargo, convencido de que algo había que hacer y que no debíamos dejar que la hierba creciese bajo nuestros pies, como vulgarmente se dice, indiqué luego.

—Tenemos la guía de ferrocarriles, el papel de cartas, el sobre…

—La policía hace ya todo lo posible para ver de sacar partido de esas pistas. Si algo se puede conseguir, se conseguirá.

Con esto tuve que darme por satisfecho.

Durante los días que siguieron comprobé que Poirot no parecía en absoluto dispuesto a discutir el asunto. Cada vez que intentaba yo sacarlo a relucir, me cortaba la palabra con un ademán impaciente.

Creía comprender esa desgana por tratar de un asunto tan apasionante. Es el asesinato de la señora de Ascher, Poirot había sufrido una derrota. A. B. C. le retó y venció. Mi amigo, acostumbrado a una serie ininterrumpida de éxitos, se resentía de su fracaso. Eso quizá fuese impropio de un hombre tan grande, pero el éxito emborracha y el más insignificante fracaso, cuando es el primero, duele en gran manera.

Comprendiéndole, respetaba la debilidad de mi compañero y no mencioné más el asunto. En el periódico leí el resultado de la indagación. En ella no se hizo mención alguna de A. B. C. y el veredicto fue de «Crimen cometido por persona o personas desconocidas». El asesinato atrajo muy poco la atención, pues las características eran muy vulgares.

A decir verdad, yo mismo me olvidaba ya del suceso. Esto quizá fuera debido a que el asesinato de la señora de Ascher iba unido al fracaso de Poirot. De pronto, el 25 de julio el caso volvió a cobrar actualidad.

Hacía dos días que no veía a Poirot, pues estuve pasando el final de semana en Yorkshire. Regresé a Londres el lunes por la tarde y a las seis en punto se recibió en casa de mi amigo la segunda carta. Recuerdo perfectamente el comentario que hizo Poirot al abrirla.

—Ya ha llegado —dijo.

Le miré fijamente, sin comprender a qué se refería.

—¿Qué ha llegado? —pregunté.

—El segundo capítulo del caso A. B. C.

Durante unos instantes le miré sin entender nada. El suceso del asesinato se había borrado por completo de mi memoria.

—Lee —y Poirot me entregó la carta.

Como la anterior, estaba escrita a máquina en un papel excelente.

Querido señor Poirot:

¿Qué me dice de nuevo? El primer tanto ha sido para mí,

¿verdad? El asunto Andover permanece sumido en el más profundo misterio. Pero lo importante apenas ha empezado. Permítame que atraiga su atención hacia Bexhill-on-Sea. La fecha será el 25 del corriente.
Cómo nos divertiremos, ¿eh?

Queda suyo, afectísimo y s. s.,

A. B. C.

—¡Dios Santo, Poirot! —exclamé—. ¿Significa eso que ese criminal va a cometer otro crimen?

—Naturalmente, Hastings. ¿Qué otra cosa puedes esperar? ¿Creías que el asunto de Andover era un caso aislado? ¿No te acuerdas que yo mismo dije: «Ése es el principio»?

—Es espantoso.

—Sí, es espantoso.

—Nos enfrentamos con un monomaníaco homicida.

—Sí.

La tranquilidad de mi amigo me hizo dominarme. Con un estremecimiento le devolví la carta.

La mañana siguiente nos encontró en una reunión del cuartel general. El jefe de policía de Sussex, el asistente del departamento de Investigación Criminal, el inspector Glen, de Andover, el superintendente Carter, de Sussex; un famoso psiquiatra, componíamos la reunión. El matasellos de la carta era de Hampstead, pero según parecer de Poirot, no se podía dar gran importancia al detalle.

El asunto se discutió ampliamente. El doctor Thompson era un simpático hombrecillo de mediana edad que, a pesar de toda su sabiduría, se conformaba con hablar en inglés claro, evitando todo tecnicismo.

—No cabe duda —dijo el asistente— que las dos cartas fueron escritas por la misma persona.

—Y también que el remitente es responsable del asesinato cometido en Andover.

—Cierto. Ahora nos encontramos con el aviso de otro crimen que se cometerá mañana en Bexhill. ¿Qué se puede hacer?

El jefe de policía de Sussex miró al superintendente.

—Bien. Carter. ¿Qué hacemos?

El superintendente movió pensativo la cabeza.

—Es difícil decidir nada. No sabemos absolutamente nada acerca de quién puede ser la persona condenada a muerte.

—¿Me permiten una insinuación? —murmuró Poirot. Todos los rostros se volvieron hacia él.

—Creo muy posible que el apellido de la persona a quien va a asesinar empiece con la letra «B».

—Algo es —murmuró dubitativamente Carter.

—Un complejo alfabético —murmuró pensativo el doctor Thompson.

—Yo sólo lo sugiero como posibilidad —continuó Poirot—. Se me ocurrió cuando vi él nombre de Ascher escrito sobre la puerta del estanco. Al leer el nombre de Bexhill se me ocurrió que tanto la víctima como el lugar del crimen podían haber sido escogidos siguiendo un orden alfabético.

—Es posible —asintió el doctor—. Y también lo es que en el crimen que esperamos la víctima sea de nuevo la propietaria de una tienda Debemos tener en cuenta que el asesino es un loco. Hasta ahora no ha demostrado lo contrario.

—¿Puede tener un loco un motivo? —preguntó el superintendente.

—Sí. A veces en el cerebro de un loco penetra la idea de que debe matar a determinadas personas, por ejemplo, a curas, médicos, estanqueros. Siempre en el fondo hay un motivo definitivo para tales motivos. No debemos dejarnos llevar por lo del orden alfabético. El hecho de que en Bexhill se cometa un crimen después de otro cometido en Andover puede ser una simple coincidencia.

—Por lo menos podemos tomar ciertas precauciones —dijo Poirot—. Se podría hacer una lista de todas las tiendas que el nombre de cuyos propietarios empiece con «B», y vigilar todos los estancos atendidos por una sola persona. Creo que no puede hacerse más.

El superintendente lanzó un gruñido de disgusto.

—Con las vacaciones que acaban de empezar, el pueblo estará lleno de forasteros.

—Haremos todo cuanto nos sea posible —dijo vivamente el jefe de policía.

El inspector Glen habló a su vez.

—Haré que se vigile a todos los que tienen algo que ver con el asunto Ascher. Los dos testigos. Partridge y Ridell, y desde luego, el mismo Ascher. Si alguno de ellos abandonase Andover sería seguido y vigilado.

El consejo se levantó tras algunas indicaciones más sin importancia.

—Poirot —dije mientras paseábamos por la orilla del río—. Supongo que ese crimen podría evitarse.

Mi amigo volvió hacia mí su descompuesto rostro.

—Mucho me temo que no podamos hacer nada. Recuerda la impunidad de que disfrutó durante mucho tiempo Jack «el Destripador».

—¡Es horrible! —exclamé.

—La locura, Hastings, es una cosa muy terrible… Estoy asustado… Muy asustado…

CAPÍTULO IX

EL CRIMEN DE BEXHILL-ON-SEA

Todavía recuerdo mi despertar en la mañana del 25 de julio. Esto debió de ocurrir alrededor de las siete y media.

Poirot estaba de pie junto a mi cama, dándome golpecitos en el hombro. Una mirada a su rostro me despejó por completo.

—¿Qué pasa? —pregunté rápidamente. Su respuesta fue terriblemente sencilla.

—Ha ocurrido.

—¿Cómo? —exclamé—. ¿Qué dices? ¡Pero si hoy estamos a veinticinco!

—Ocurrió ayer noche o a primeras horas de la mañana de hoy.

Mientras saltaba de la cama, mi compañero me fue explicando lo que había sabido por teléfono.

—El cuerpo de una joven ha sido encontrado en la playa de Bexhill. Se trataba de Elizabeth Barnard, camarera de un café, y que vivía con sus padres en una casa recién construida. El forense ha dictado que la muerte debió de ocurrir entre las doce y media y la una de la madrugada.

—¿Estás seguro de que se trata de un crimen? —pregunté mientras me afeitaba apresuradamente.

—Una guía de ferrocarriles abierta en la sección correspondiente a Bexhill fue encontrada debajo del cadáver.

—¡Es horrible! —exclamé, estremeciéndome.

—*Faites attention*, Hastings. No quiero una segunda tragedia en esta habitación.

Me apresuré a secar la sangre del corte resultante de mi

estremecimiento.

—¿Cuál es nuestro plan de campaña? —pregunté, inquieto.

—Dentro de breves instantes llegará un coche. Te voy a traer una taza de café y así no perderemos ni un minuto. Veinte minutos más tarde salíamos de Londres en un rápido coche de la policía.

Nos acompañaba el inspector Crome, que había asistido a la conferencia del día anterior y que estaba encargado oficialmente del caso.

Crome era un policía muy distinto de Japp. Muy joven y callado, era el tipo de hombre destinado a ocupar altos cargos. Muy educado y culto, para mi gusto resultaba un poco demasiado pagado de sí mismo. Poco tiempo antes de los dos crímenes consiguió detener a una banda de asesinos que iban a ser ahorcados en breve plazo.

Era persona indicada para esclarecer el misterio de los dos crímenes, pero estaba demasiado convencido de ello. Al hablar con Poirot lo hacía con cierta suficiencia. Sin duda le consideraba pasado ya de moda.

—He hablado con el doctor Thompson —dijo—. Está muy interesado en ese tipo de asesino que mata en serie o por orden alfabético. Se trata de un caso de locura muy curioso. Nosotros, los que estamos al servicio de la ley, no podemos parar mientes en esos detalles, pero a mí muchas veces me gustaría poderles prestar más atención. —Carraspeó—. Por ejemplo, en mi último caso, no sé si habrá usted leído algo acerca de él. Se trata del caso de Maber Horner. Aquel Capper era un hombre extraordinario. Me costó un horror hacerle confesar su crimen, que era el tercero que cometía. Parecía honrado como usted o yo. Hoy existen un sinfín de medios, de trampas verbales, podría calificarlos Son sistemas muy modernos; en su tiempo, señor Poirot, no existían. En cuanto se consigue que un criminal se contradiga ya está perdido. Entonces comprende que uno está enterado de su delito y pierde toda la indispensable serenidad.

—En mi tiempo también se empleaba ese sistema —dijo Poirot.

—¿De veras? —preguntó indiferente Crome.

Durante unos minutos reinó profundo silencio. Al pasar frente al edificio de la estación de New Cross, Crome dijo:

—Le ruego que si desea saber algo del suceso me lo pregunte.

—¿Tiene, por casualidad, la descripción de la muchacha?

—Tenía veintitrés años de edad, estaba empleada como camarera en el café Ginger…

—*Pas ça*. Quisiera saber si era bonita.

—No sé nada acerca de ese punto —contestó el inspector Crome con una expresión que parecía decir: «Esos extranjeros son todos iguales».

Una lucecilla malicioso brilló en los ojos de Poirot.

—A usted eso no le parece importante, ¿verdad? Sin embargo, *pour une femme* es de la mayor importancia. Muy a menudo la belleza decide el Destino.

Otra vez el inspector Crome repitió:

—¿De veras? —y otro largo silencio siguió a sus palabras.

Mi amigo no reanudó la conversación hasta que nos hallamos cerca de Sevenoaks.

—¿Sabe por casualidad con qué fue estrangulada la joven ésa?

—Con su propio cinturón —replicó brevemente el inspector Crome.

Los ojos de mi amigo se abrieron desmesuradamente.

—¡Ah, ah! —exclamó—. Por fin tenemos algo importante. Eso dice muchas cosas, ¿verdad?

—Todavía no lo he visto —replicó el inspector.

La cautela y falta de imaginación del hombre me ponían frenético.

Por fin llegamos a Bexhill, donde nos esperaba el superintendente Carter. Le acompañaba un joven inspector, de rostro simpático e inteligente, llamado Kelsey, que debía trabajar junto a Crome, el agente.

—Usted querrá hacer sus investigaciones, ¿verdad, Crome? —dijo el superintendente—. Le informaré de los detalles más interesantes para que pueda hacerse cargo del asunto.

—Muchas gracias —replicó Crome.

—Hemos comunicado la triste noticia a los padres de la muerta —empezó el superintendente—. Han sufrido una conmoción terrible. Debido a su estado dejé el interrogatorio para más tarde, de manera que pueda usted empezarlo cuando guste.

—Supongo que la muerta tendría más familia, ¿verdad? —

preguntó Poirot.

—Sí, tiene una hermana que trabaja en Londres, como mecanógrafa. También existe un joven con quien se la suponía la noche pasada.

—¿Han sacado algo en limpio de la guía de ferrocarriles? —preguntó Crome.

—Está allí —y el superintendente señaló la mesa—. No hemos encontrado ninguna huella dactilar. Estaba abierta por la parte correspondiente a Bexhill. Se trata de un ejemplar nuevo, pues no ha sido abierto mucho. No lo compraron en el pueblo, pues he preguntado a todos los quiosqueros.

—¿Quién descubrió el cadáver?

—El coronel Jerome, un veraneante. A las seis de la mañana salió a pasear por la playa con su perro. El animalito empezó a husmear y se alejó de su amo. Éste lo llamó y al ver que no volvía fue a ver lo que pasaba. Se portó muy bien, pues lo dejó todo tal como estaba.

—La joven fue asesinada alrededor de las doce de la noche, ¿no es así?

—Sí, entre las doce y la una. Nuestro criminal es un hombre de palabra. Ha cumplido lo que prometió. El asesinato fue cometido en los primeros minutos del día veinticinco.

Crome asintió.

—¿Hay algo más? —preguntó—. ¿Se ha descubierto algo que pueda sernos de utilidad?

—De momento, no. Pero aún es pronto. Todos aquellos que vieron ayer noche en la playa a una joven vestida de blanco, acompañada de un hombre, vendrán a comunicárselo. Como supongo que ayer noche debía de haber por los menos unas cuatrocientas jóvenes vestidas de blanco paseando por la playa, el trabajo va a ser terrible.

—Bien —intervino Crome—. Lo mejor será que vayamos en seguida a ese café y luego a casa de los padres de la muerta. Usted. Kelsey, venga conmigo.

—¿Y el señor Poirot? —preguntó el superintendente.

—Acompañaré al señor Crome —replicó mi amigo.

Crome pareció un poco molesto. Kelsey, que no conocía en

absoluto a Poirot, sonrió burlonamente.

Era un hecho comprobado que todos aquellos que veían por primera vez a mi amigo le tomaban por tonto.

—¿Qué hay del cinturón con que estrangularon a la joven? El señor Poirot cree que se trata de un indicio de importancia. Supongo que le gustará verlo.

—*Du tout* —replicó presto Poirot—. No me ha entendido usted.

—No podrán sacar nada de él —replicó Carter—. No es un cinturón de cuero que hubiera podido conservar huellas dactilares. Se trata de un cordón de seda… lo más indicado para el caso.

Un estremecimiento recorrió mi cuerpo.

—Bueno —dijo Crome—. Será mejor que marchemos a cumplir nuestra obligación.

Nuestra primera visita fue al café Ginger El establecimiento se hallaba frente al mar y pertenecía al tipo corriente de casa de té. Las mesitas de madera estaban cubiertas con manteles color naranja y las sillas eran de enea, muy incómodas y adornadas con cretona del mismo color que los manteles. Era una de esas casas que por las mañanas sirven desayunos y por la tarde cinco clases distintas de té (Devonshire, farmhouse, fruta Carlton y sencillo) y también servían algunos platos, como diversas clases de huevos, cangrejos y macarrones a la italiana.

Empezaban a servir los almuerzos. La encargada del café nos hizo pasar apresuradamente a una sucia trastienda.

—¿Es usted la señorita Merrion? —inquirió Crome, oficioso.

—La misma —contestó amablemente la encargada—. Ese suceso es muy lamentable. ¡Muchísimo! ¡No quiero pensar el perjuicio que ocasionará a nuestro negocio!

La señorita Merrion era una mujer muy delgada, de unos cuarenta años, con el cabello de un rojo naranja. Sus manos retorcían nerviosamente los diversos lazos que constituían el adorno de su uniforme.

—Esté tranquila, señorita —la tranquilizó el inspector Kelsey—. Ya verá usted cómo no puede dar abasto a servir tés. Todos los veraneantes se volcarán aquí.

—Es muy lamentable que ocurra así —replicó la señorita Merrion—. El ser humano es algo nauseabundo.

Pero en sus ojos se leía una gran satisfacción.

—¿Qué sabe usted de esa joven, señorita Merrion?

—Nada —contestó la mujer—. Nada en absoluto.

—¿Cuánto tiempo trabajó en su casa?

—Éste era el segundo verano.

—¿Estaba contenta de sus servicios?

—Era una buena camarera… rápida y muy educada.

—Era bonita, ¿verdad? —inquirió Poirot.

A su vez, la señorita Merrion le dirigió una mirada que quería decir: «¡Oh, estos extranjeros!»

—Era una joven atractiva, muy linda —dijo altivamente.

—¿A qué hora salió anoche de aquí? —preguntó Crome.

—A las ocho. Cerramos a las ocho. No servimos cenas.

—¿Dijo por casualidad lo que pensaba hacer?

—No, señor.

¿Vino a buscarla alguien?

—No.

—¿Era su aspecto el de costumbre? ¿No estaba inquieta?

—No puedo asegurárselo —contestó altiva la propietaria del café.

—¿Cuántas camareras emplea usted?

—Corrientemente dos y desde el veinte de junio a finales de agosto, tres.

—La señorita Barnard era de las primeras, ¿no?

—Sí.

—¿Y la otra?

—¿La señorita Higley? Es una joven muy simpática.

—¿Eran amigas de la señorita Barnard?

—En realidad, no puedo asegurarlo.

—Sería mejor que habláramos con ella.

—¿Ahora?

—Si no tiene inconveniente.

—La haré venir dentro de un momento —la señorita Merrion se levantó—. Tengan la bondad de entretenerla lo menos posible. Es la hora del almuerzo y está muy ocupada.

Una jovencita regordeta, de ojos saltones, en los que se reflejaba la emoción que sentía, entró en la trastienda.

—La señorita Merrion me ha hecho venir —anunció sin aliento.

—¿Es usted la señorita Higley?

—Sí, señor.

—¿Conocía usted a Elizabeth Barnard?

—¡Ya lo creo! Ha sido horrible, ¿verdad? ¡Espantoso! Me cuesta trabajo creer que pueda ser verdad. Toda la mañana lo he estado diciendo. Me parece imposible que Betty ha muerto. Mire, ha habido momentos en que me he pinchado un dedo para convencerme de que estaba despierta. ¡Betty Barnard, asesinada! Me hace el efecto de que no ha muerto de veras, de que la veré reaparecer de un momento a otro.

—¿Conocía mucho a esa señorita? —preguntó Crome.

—Desde el mes de marzo, en que entré a trabajar aquí; ella trabajaba desde el año pasado. Era una muchacha muy quieta. ¿Entiende lo que quiero decir? No era de ésas con quienes se puede reír y divertirse. Sin embargo, no era seria… Bueno, quiero decir que no era ni divertida ni seria… Algo así como un término medio.

Debo hacer constar que el inspector Crome demostró ser un hombre de infinita paciencia Como testigo, la señorita Higley era de una pesadez indignante, Cada palabra que decía la repetía dos o tres veces. El resultado de tanta palabra era de una suficiencia desesperante.

Lo que al fin se sacó en limpio fue que la joven había sido compañera de trabajo de Elizabeth Barnard, con quien tuvo bastante intimidad durante las horas que pasaban en la casa de té. Fuera, sin embargo, apenas se veían. Elizabeth Barnard había tenido un novio que trabajaba en casa de Court y Brunskill, agentes de fincas. Ignoraba cómo se llamaba, pero le conocía muy bien de vista. Era un hombre muy elegante y atractivo. En la voz de la señorita Higley se advertía que los celos habían hallado alojamiento en su corazón.

Elizabeth Barnard no dijo a nadie dónde pensaba ir la noche anterior, pero según opinión de la señorita Higley, había ido a reunirse con su novio. Llevaba un traje blanco muy bonito.

Hablamos con las otras dos camareras, pero sin conseguir saber nada acerca de sus planes, ni se la vio en Bexhill durante la noche.

CAPÍTULO X

LOS BARNARD

Los padres de Elizabeth Barnard vivían en una casita situada en el extremo de la población y que formaba parte de un grupo de otras cincuenta.

El señor Barnard era un hombre fuerte, de cara asombrada y que, habiéndose dado cuenta de nuestra llegada, nos esperaba en la puerta.

—Pasen, señores —nos invitó.

El inspector Kelsey tomó la iniciativa.

—Le presento al inspector Crome, de Scotland Yard —dijo—. Ha venido para ayudarnos en nuestras investigaciones.

—¿Scotland Yard? —murmuró esperanzado el señor Barnard—. Mejor. ¡Ese asesino debería ser arrastrado por las calles! ¡Pobre hijita mía!… —y un espasmo de ira contraje el rostro del hombretón.

—También le presento al señor Hércules Poirot —continuó Kelsey— y…

—Y el capitán Hastings —dijo Poirot.

—Mucho gusto en conocerles, señores —murmuró mecánicamente Barnard—. Pasen al salón. No sé si mi pobre mujer tendrá ánimos para recibirlos. Está deshecha por lo ocurrido.

Sin embargo, cuando llegamos al salón encontramos esperándonos a la señora Barnard. Tenía los ojos enrojecidos de tanto llorar y caminaba con la indecisión de quien ha recibido un fuerte golpe.

—Veo que te has animado un poco —dijo Barnard, acercándose

a ella en seguida y palmeándola cariñosamente la espalda.

—El señor superintendente ha sido muy bueno con nosotros —dijo el hombre—. Cuando nos dio la… noticia nos dijo que ya nos interrogaría más tarde, cuando nos hubiésemos repuesto de la conmoción.

—¡Es terrible! ¡Es terrible! —sollozó la señora Barnard—. ¡Es la cosa más espantosa del mundo!

El cantarino acento de la mujer me hizo pensar que se trataba de una extranjera, pero pronto comprendí que era debido a su origen galés.

—Es un suceso muy triste, señora —dijo el inspector Crome—. Le aseguro que la acompañamos en el sentimiento, pero ahora sería conveniente que nos contase todo lo que sepa, para que podamos avanzar más de prisa en nuestro trabajo.

—Tiene razón —asintió el señor Barnard.

—Tengo entendido que su hija tenía veintitrés años. Vivía con ustedes y trabajaba en el café Ginger, ¿no es así?

—Sí, señor.

—Esta casa es nueva, ¿verdad? ¿Dónde vivían antes?

—Yo trabajaba en las forjas de Kennington. Hace dos años me retiré, y como siempre había deseado vivir cerca del mar, me vine aquí.

—¿Tiene dos hijas?

—Sí. La mayor trabaja en un despacho en Londres.

—¿No se alarmaron al ver que anoche su hija no volvía a casa?

—No nos dimos cuenta —dijo la señora Barnard con los ojos llenos de lágrimas—. Mi marido y yo siempre nos acostamos temprano. A las nueve de la noche. No supimos nada hasta que llegó la policía y… y…

—¿Tenía su hija costumbre de retirarse tarde?

—Ya sabe usted lo que son hoy en día las mujeres, señor inspector —dijo Barnard—. Se les ha metido la independencia en la cabeza y ahora, en verano, la aprovechan para ir a casa a la hora que les parece.

—¿Cómo entraba? ¿Estaba la puerta abierta?

—Le dejamos la llave debajo de la esterilla.

—He oído algo acerca de que su hija estaba a punto de casarse,

¿es verdad eso?

—No se había formalizado nada aún —contestó Barnard.

—El novio de mi hija se llama Donald Fraser —dijo la señora Barnard—. Es un joven muy simpático. Cuando el pobre se entere va a sufrir mucho.

—Tengo entendido que trabaja en casa de Court y Brunskill, ¿no es eso?

—Sí; son unos agentes de fincas.

—¿Tenía ese joven la costumbre de salir cada noche con su hija?

—Cada noche, no. Una o dos veces por semana.

—¿Sabe si tenía que salir con ella ayer noche?

—Elizabeth no me dijo nada: nunca lo hacía. Sin embargo, era una muchacha muy buena. ¡No puedo creer que…!

Y la señora Barnard rompió de nuevo en sollozos.

—Ánimo, mujer, tenemos que ser fuertes —tartamudeó el señor Barnard.

—Estoy segura de que Donald no… no hizo eso —murmuró la mujer. El señor Barnard se volvió hacia los dos inspectores.

—Quisiera poderles ser de alguna ayuda —dijo—. Pero la realidad es que no sé absolutamente nada que pueda conducirlos a la detención del maldito canalla que ha hecho eso… No comprendo que alguien haya sentido deseos de matar a una mujercita como mi hija. Era una muchacha decente.

—Me gustaría echar un vistazo al cuarto de su hija —dijo Crome —. Tal vez encontrásemos algo de interés, cartas o documentos…

—Mire usted cuanto quiera —dijo el hombre, poniéndose en pie.

Nos siguió al cuarto de su hija. Crome abría la marcha, tras él iba Poirot, a quien siguió Kelsey. Yo iba en último lugar.

Me detuve un momento para anudarme el cordón de un zapato. Al levantarme vi que un taxi se detenía frente a la casa y que de él bajaba una joven que después de pagar el importe de la carrera, al entrar en el saloncito me vio y se detuvo asombrada.

—¿Quién es usted? —preguntó.

Embarazado por la presencia de la recién llegada, no supe qué contestar. ¿Debía decirle quién era? Sin embargo, la joven no me dio tiempo a tomar una decisión.

—Ya supongo quién es —dijo.

Quitóse el blanco sombrerito que llevaba y lo tiró al suelo. Esto me permitió observarla mejor.

La primera impresión que me causó fue la de una de las muñecas japonesas con que mis hermanas jugaban cuando eran pequeñas. Llevaba el cabello cortado a la romana. Tenía los pómulos salientes y el cuerpo anguloso, aunque muy atractivo. No era hermosa, pero si llamativa, una de esas mujeres que nunca pasan inadvertidas.

—¿Es usted la señorita Barnard? —pregunté.

—Soy Megan Barnard. Supongo que usted debe ser de la policía.

—De la policía, precisamente, no…

La joven me interrumpió rápidamente:

—No creo que puede decirle nada interesante. Mi hermana era una joven decente, sin amigos de ninguna clase. Buenos días.

Y soltando una breve carcajada, me miró desafiadora.

—¿Ha terminado ya la entrevista? —preguntó.

—Se equivoca usted si me ha tomado por un periodista, señorita —dije.

—Pues, ¿quién es usted? ¿Dónde están mis padres?

—Su padre está enseñando a la policía el cuarto de su hermana y su madre se ha retirado.

En aquel momento apareció Hércules Poirot.

—Señorita Barnard —saludó inclinándose. Megan Barnard dirigió una mirada a mi amigo.

—He oído hablar de usted —dijo—. Es el detective más famoso de Londres.

La joven se sentó en el borde de una silla, sacó un cigarrillo del monedero, lo encendió y al fin dijo:

—No puedo comprender el interés del señor Hércules Poirot en nuestro humilde crimen.

—*Mademoiselle* —respiró Poirot—, lo que usted no sabe y lo que yo ignoro llenaría seguramente muchos volúmenes. Pero eso no tiene la menor importancia. Lo que importa es algo que podemos encontrar fácilmente.

—¿Y qué es?

—La muerte, señorita, crea, desgraciadamente, un prejuicio. Un prejuicio a favor del muerto. He oído lo que hace un momento ha

dicho usted a mi amigo. «Una joven muy decente, sin amigos de ninguna clase.» Estas palabras las pronunció usted burlándose de los periódicos. Tiene usted razón; cuando una joven muere, los periódicos escriben lo que usted ha dicho Era decente. Era feliz Tenía buen carácter. Ninguna preocupación pesaba sobre ella. Carecía de amistades indeseables Hay siempre una gran caridad para los muertos. ¿Sabe usted lo que me gustaría en este momento? Desearía encontrar a alguien que conociera a Elizabeth Barnard y no supiese que está muerta.

Megan Barnard miró en silencio a mi amigo. Lanzó varias bocanadas de humo y al fin dijo algo que me hizo dar un brinco.

—¡Betty era una perfecta idiota!

CAPÍTULO XI

MEGAN BARNARD

Como he dicho, las palabras de Megan Barnard, y sobre todo el tono con que fueron pronunciadas, me hicieron dar un brinco.

Sin embargo, Poirot se limitó a mover gravemente la cabeza.

—*A la bonne heure!* —dijo—. Es usted muy inteligente, señorita.

Megan Barnard continuó con la misma indiferencia:

—Quería mucho a Betty, pero mi cariño no me impedía darme cuenta de lo estúpida que era. ¡Cuántas veces se lo dije a ella misma! ¡Pero las hermanas son todas iguales!

—¿No hizo caso de sus consejos?

—Probablemente no —contestó cínicamente Megan Barnard.

—Le agradeceré hable con toda claridad, señorita. La joven vaciló.

—Yo le ayudaré —dijo Poirot con una ligera sonrisa—. Le oí decir a mi amigo que su hermana era una joven sin amigos. La realidad era un poco distinta, ¿no es cierto?

—Betty no era de esas muchachas que pasan el fin de semana con cualquier hombre —dijo lentamente Megan—. Sin embargo, le gustaba que la llevasen a bailar y… recibir algún regalito insignificante…

—Era bonita, ¿verdad?

Esta pregunta, que oía ya por tercera vez, recibió al fin una contestación precisa.

Megan dirigióse a la maleta que había traído, la abrió y sacó algo que tendió a Poirot.

Rodeada por un marco de cuero, veíanse la cabeza y los

hombros de una joven rubia, de rostro sonriente. Su cabello, sin duda recién rizado a la permanente, aparecía cuidadosamente revuelto. La sonrisa era amplia y artificial. El rostro no era precisamente hermoso, pero tenía encanto. Poirot devolvió el retrato, diciendo:

—No se parecían ustedes, *mademoiselle*.

—Yo soy la oveja negra de la familia. Hace tiempo que lo sé —dijo estas palabras sin darle importancia.

—¿En qué, según usted, se portaba su hermana tontamente? ¿Se refiere acaso en lo tocante al señor Donald Fraser?

—Sí, eso mismo. Donald es un hombre muy sereno, pero… claro, ciertas cosas las hubiera notado y… entonces…

—¿Y entonces qué, señorita?

Puede que sólo fuese suposición mi a, pero me pareció que la joven cavilaba antes de contestar.

—Temía que la dejara. Es un hombre honrado y trabajador y hubiera sido un excelente marido.

Poirot continuó mirando fijamente a la joven. Ésta no enrojeció, ni desvió los ojos, sino que replicó con otra mirada tan firme como la de mi amigo, y que además era desdeñosa y desafiadora.

—Ya estamos así ¿eh? —dijo al fin Poirot—. Ya no decimos la verdad.

Megan se encogió de hombros y se volvió brusca hacia la puerta.

—He hecho cuanto he podido por ayudarle —dijo. La voz de Poirot la detuvo.

—Un momento, señorita. Tengo que decirle algo.

De mala gana, la joven obedeció.

Ante mi asombro, Poirot empezó a relatar la historia de las cartas de A. B. C., el asesinato de Andover y las guías de ferrocarriles encontradas junto a los cadáveres.

—¿Es verdad eso, señor Poirot?

—Sí, es verdad.

—¿De veras cree que mi hermana fue asesinada por un loco homicida?

—Estoy seguro.

Megan lanzó un profundo suspiro.

—¡Oh, Betty! ¡Qué horrible!

—Ya ve, señorita, que los informes que solicito de usted me los puede dar con toda tranquilidad, sin que sea necesario que se preocupe de la persona a quien puedan perjudicar.

—Ahora lo comprendo.

—Continuemos, pues, nuestra conversación. Tengo idea de que ese Donald Fraser quizás es un hombre violento y muy celoso, ¿no es cierto?

—Ahora tengo completa confianza en usted, señor Poirot —dijo lentamente Megan Barnard—. Le voy a decir la pura verdad. Como le he dicho, Donald es un hombre muy sereno, más que sereno es un hombre encerrado en sí mismo. No siempre puede expresar sus sentimientos en palabras. Interiormente piensa cosas horribles. Es, además, un hombre muy celoso, siempre tuvo celos de Betty. Estaba enamorado de ella, y Betty también le quería. Sin embargo, no era de esas mujeres que cuando están enamoradas de un hombre ya no miran a ninguno más. Ella no había tenido inconveniente en dedicar su atención a cualquier muchacho atractivo que la hubiera mirado. Y es natural que trabajando en el café Ginger tuviera infinitas oportunidades de hacer caso de hombres atractivos. Tenía la lengua muy suelta y no le costaba el menor trabajo entablar conversación con cualquier desconocido. No le importaba ir al cine y divertirse lo más posible. Muchas veces decía que, como al fin se tenía que casar con Donald, quería divertirse lo más posible hasta que llegara el momento de sentar la cabeza.

—Comprendo perfectamente —dijo Poirot, Continúe.

—Donald Fraser no comprendía esa manera de ser. Si ella le quería, no veía por qué tenía que salir con otros hombres. Más de una vez tuvieron fuertes peloteras por ese motivo.

—Lo cual indica que el señor Donald no es siempre un hombre sereno.

—Es de esa clase de gente serena que cuando pierde la cabeza la pierde para cometer un asesinato. En esos momentos Donald es terrible, y la última vez Betty se asustó mucho.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Hace poco más o menos un año hubo una pelea muy fuerte y otra, la peor, hará cosa de un mes. Yo estaba en casa pasando el fin de semana y tuve que separarlos. Fue entonces cuando traté de

hacer entrar en razón a mi hermana, y le dije que era una tonta y una idiota. Todo lo que me supo contestar fue que no lo había hecho con mala intención, y que no había ocurrido nada malo. Era verdad, pero la pelea era que iba recta al abismo. Después de la pelea del año pasado, mi hermana tomó la costumbre de decir algunas mentiras con la idea de que «ojos que no ven, corazón que no siente». La pelotera fue debida a que dijo a Donald que iba a Hastings a ver a una amiga, y él descubrió que en realidad había ido a Eastbourne con un hombre casado. Como es natural; el hombre trató de hacerlo todo dentro del mayor secreto y eso empeoró la cosa. Tuvieron una escena violentísima. Betty decía que aún no estaba casada, y por tanto, podía hacer lo que le viniese en gana, y Donald, pálido como un muerto, aseguró que un día… un día…

—Un día, ¿qué?

—Cometería un asesinato… —murmuró.

Se interrumpió y miró fijamente a Poirot.

Éste movió gravemente la cabeza.

—Y naturalmente, usted tenía miedo…

—No he creído ni por un momento que Donald hubiese cometido ese crimen, pero temía que alguien le denunciase, pues fueron varias las personas que estaban enteradas de la pelea.

De nuevo Poirot movió gravemente la cabeza.

—Puedo asegurarle señorita, que si Donald Fraser queda libre de toda sospecha, se lo debe a la vanidad de un asesino.

Permaneció callado durante unos instantes y luego preguntó:

—¿Sabe si su hermana se reunió otra vez con ese casado o cualquier otro hombre?

Megan negó con la cabeza.

—No sé. He estado fuera desde entonces.

—¿Y qué es lo que cree?

—Creo que Betty no volvió a encontrarse con aquel hombre por temor a que ocurriese otra pelea, pero no me extrañaría que… que hubiese contado algunas mentiras más a Donald. Comprenda que a ella le gustaba mucho bailar e ir al cine, y Donald no podía acompañarla siempre.

—De ser así, ¿cree usted que se habría confiado a alguien? Por

ejemplo, a alguna de las camareras del café. —No lo creo. Con Higley no se llevaba bien y las demás deben de ser nuevas. Betty no era de esas muchachas que se confían a cualquiera.

El timbre eléctrico repiqueteó insistentemente. Megan corrió a la ventana y miró afuera. Volvió la cabeza y dijo rápidamente y un tanto asustada:

—Es Donald…

—Hágale pasar aquí —indicó Poirot—. Quisiera tener unas palabras con él antes de que el buen inspector lo atrape por su cuenta.

Como un relámpago, Megan Barnard salió del saloncito y dos minutos más tarde regresaba en compañía de Donald Fraser.

CAPÍTULO XII

DONALD FRASER

Inmediatamente sentí una profunda piedad por el joven. Su pálido rostro y sus brillantes ojos indicaban cuán profundamente había sentido el golpe.

Era un hombre simpático, no guapo, de un metro setenta de estatura y cabello rojo fuego.

—¿Qué ocurre, Megan? —preguntó—. ¿Qué haces aquí? ¡Por el amor de Dios, di que no es verdad lo que he oído! Betty…

La voz se le quebró en un sollozo.

Poirot le acercó una silla y el joven se dejó caer en ella.

—¿Es verdad? —preguntó—. ¿Betty ha… muerto… asesinada?

—Sí, es verdad.

—¿Has venido de Londres? —preguntó mecánicamente.

—Sí, papá me telefoneó.

—Llegaste en el tren de las nueve y veinte, ¿verdad? La mente de Donald, queriendo rehuir la horrible realidad, buscaba refugio en los detalles insignificantes.

—Sí —contestó Megan.

Durante dos o tres minutos hubo un profundo silencio. Al fin Fraser continuó.

—¿Y la policía? ¿Hace algo?

—Ahora están arriba. Supongo que deben de estar registrando el cuarto de Betty.

—¿Sospechan quién…? ¿Saben…?

Se interrumpió. Un pesado silencio decía de su emoción.

Su sensibilidad le impedía exponer en palabras sus terribles

pensamientos.

Poirot avanzó unos pasos y preguntó con afectada indiferencia:

—¿Le dijo la señorita Barnard dónde pensaba ir ayer noche?

—Me dijo que iba con una amiga a Saint Leonard —contestó mecánicamente el joven.

—¿Lo creyó usted?

—Yo —de pronto el autómata recobró la vida—. ¿Qué diablos insinúa usted?

Su rostro, contraído por la ira, me hizo comprender que la muerta tuviese miedo de provocar su indignación.

—Betty Barnard ha sido asesinada por un loco homicida —dijo Poirot—. Sólo diciendo la pura verdad podrá ayudarnos a descubrirle.

—Habla Donald —indicó Megan—. Éste no es momento de pararse a pensar en los sentimientos de uno.

Donald Fraser miró suspicazmente a Poirot.

—¿Quién es usted? ¿Pertenece a la policía?

—Soy algo mejor que la policía —contestó Poirot. Lo dijo con consciente arrogancia. En él aquello era la simple exposición de una realidad.

—Di todo lo que sepas, Donald —insistió Megan.

Donald Fraser se rindió.

—No estaba seguro —dijo—. Cuando lo dijo la creí. Más tarde, atando cabos sueltos, empecé a sospechar…

—Continúe —le animó Poirot.

Se había sentado frente a Donald Fraser. Su mirada, clavada en los ojos del joven, parecía quererle hipnotizar.

—Me daba vergüenza tener tales sospechas, pero lo cierto era que sospechaba. Pensé espiarla cuando saliese del café y hasta fui allí. Pero luego pensé que si Betty me veía se pondría furiosa. Supondría en seguida que la vigilaba.

—¿Y qué hizo?

—Fui a Saint Leonard. Llegué a las ocho de la noche. Desde un sitio a propósito estuve vigilando todos los autobuses, para ver si llegaba en alguno de ellos… Pero no apareció por allí…

—¿Y luego?

—Perdí la cabeza. Tenía la seguridad de que estaba con algún

hombre. Pensé que sería probable que la hubiese llevado a Hastings en su coche. Fui allí, miré en hoteles, restaurantes y cines; fui al rompeolas. Todo tonterías, pues podía estar en tantos sitios que me hubiese sido imposible encontrarla.

Calló. En su voz me pareció percibir la tristeza y angustia que debió embargarle en los momentos que describía.

—Al fin dejé de buscarla y volví a casa.

—¿Qué hora era?

—No lo sé. Volví andando. Cuando llegué a casa debían de ser las doce o algo más…

En aquel momento se abrió la puerta del salón.

—Entonces…

—¡Oh! ¿Está usted aquí? —exclamó el inspector Kelsey.

Tras él entró el inspector Crome, que dirigió una rápida mirada a Poirot y a los dos desconocidos.

—La señorita Megan Barnard y el señor Donald Fraser —presentó Poirot.

Y volviéndose a los dos jóvenes, continuó:

—Les presento al inspector Crome, de Scotland Yard. Después, dirigiéndose al inspector, siguió:

—Mientras ustedes proseguían sus investigaciones arriba, yo he estado hablando con la señorita Barnard y el señor Fraser para ver si podía encontrar algún detalle que echase luz sobre este asunto.

—¿De veras? —dijo Crome, con el pensamiento fijo en los dos jóvenes.

Poirot se dirigió al vestíbulo. Al pasar junto al inspector Kelsey éste le preguntó amablemente:

—¿Ha descubierto algo?

Pero su atención estaba dirigida a su colega y no esperó la contestación.

En el vestíbulo me reuní con mi amigo.

—¿Te ha extrañado algo, Poirot? —inquirí.

—Sólo la asombrosa magnanimidad del asesino, Hastings.

No me atreví a declarar que no tenía la menor idea de lo que quería decir.

CAPÍTULO XIII

UNA CONFERENCIA

¡Conferencias!

Mis recuerdos del caso A. B. C. están ligados a un sinfín de conferencias.

Conferencias de Scotland Yard. En las habitaciones de Poirot. Conferencias oficiales. Conferencias particulares.

Esta conferencia particular era para decidir si los hechos relativos a los anónimos deberían o no hacerse públicos en la Prensa.

El asesinato cometido en Bexhill había despertado muchas más curiosidades que el de Andover.

Desde luego, contaba con muchos más elementos de publicidad. La víctima era una mujer joven y hermosa; además, había sido cometido en una playa de moda de las más concurridas.

Todos los detalles aparecieron en los periódicos de Inglaterra. A la guía de ferrocarriles también se le dedicó bastante atención. La teoría de la mayor parte de los periodistas era que había sido comprada en la localidad por el asesino y que era una valiosa prueba para el descubrimiento del culpable. También parecía indicar que el hombre llegó al pueblo en tren y su punto de destino al marcharse era Londres.

La guía de ferrocarriles no había figurado en las escasas informaciones del crimen de Andover; por lo tanto, lo más probable era que el público no asociase ambos asesinatos.

—Tendremos que decidir el asunto políticamente —dijo el jefe de Policía—. Hemos de pensar que nos dará mejores resultados.

¿Debemos enterar al público de todo lo que sabemos y ganarnos la colaboración de varios millones de personas que nos ayudarán a encontrar a ese loco…?

—Ese hombre no se parecerá a un loco —intervino el doctor Thompson.

—También podrán vigilar a todos aquellos que compren guías de ferrocarriles «A. B. C.». Contra eso hay la ventaja de seguir trabajando en la oscuridad e impedir que el hombre a quien perseguimos sepa lo que hacemos. Sin embargo, ese hombre sabe perfectamente lo que sabemos. Con sus cartas ha atraído deliberadamente sobre él nuestra atención. ¿Qué opina usted, Crome?

—Mi parecer es que si hacemos público lo que sabemos no haremos otra cosa que hacer el juego de A. B. C. Lo que él quiere es eso: publicidad, fama. Eso es lo que él persigue, ¿verdad, doctor?

Thompson asintió.

—Entonces ustedes creen que debemos negarle la publicidad que ansía, ¿verdad? —dijo el jefe de policía—. ¿Qué piensa usted, señor Poirot?

Mi amigo no contestó en seguida. Cuando lo hizo fue escogiendo las palabras.

—Me es muy difícil contestar a su pregunta, sir Lionel. Yo soy lo que podría llamarse una parte interesada. El desafío fue dirigido contra mí. Si yo digo que no haga público lo de los anónimos, podría creerse que es mi vanidad la que habla. Que tengo miedo de mi fama. ¡Es muy difícil! Decirle la verdad al público tiene sus ventajas. Por lo menos, es un aviso… por otra parte, el señor Crome sabe que eso es lo que desea el asesino.

—¡Hum! —murmuró el jefe de policía, acariciándose la barbilla. Luego, mirando al doctor Thompson, preguntó—: ¿Qué cree usted que ocurrirá si negamos a nuestro criminal la satisfacción que apetece? ¿Qué hará?

—Cometerá otro crimen —replicó presuroso el doctor—. Tratará de obligarnos a que le presenten al público.

—¿Y si le damos gusto? ¿Cuál es su reacción?

—La misma. En cuanto alimenten su megalomanía tendrán que seguir alimentándola. El resultado es el mismo. Otro asesinato.

—¿Qué dice usted, señor Poirot?

—Opino lo mismo que el señor doctor Thompson.

—¿Cuántos crímenes cree usted que tiene ese lunático en la cabeza?

—Desde la A a la Z —replicó con una sonrisa el doctor Thompson.

»Desde luego —continuó—, no creo que llegue hasta el fin. Le atraparán antes. Me gustaría saber cómo se las piensa componer con la letra X —dándose cuenta de que esto era muy serio añadió—: Estoy seguro de que le cogerán antes de que llegue a la G o la H.

El jefe de policía golpeó furioso la mesa.

—¿Me va usted a decir que ese loco cometerá cinco asesinatos más?

—No ocurrirá nada de eso, señor —aseguró el comisario Crome —. Confíe en mí.

Hablaba con la mayor seguridad de sí mismo.

—¿En qué letra del alfabeto piensa usted detener a ese asesino inspector? —preguntó Poirot.

En su voz denotaba cierta ironía. Crome le miró con la despectiva tranquilidad del superior.

—Le cogeré la próxima vez, señor Poirot. A lo sumo, cuando llegue a la F.

Se volvió hacia el jefe de policía y continuó.

—Creo que he comprendido perfectamente la psicología del caso. El doctor Thompson me corregirá si me equivoco. Tengo la certeza de que a cada crimen que cometa, su seguridad en sí mismo irá en aumento un ciento por ciento. Cada vez que piense: «Soy muy listo, no pueden cogerme», se volverá más confiado y trabajará con mayor descuido. Exagerará su listeza y la estupidez de los demás. Muy pronto ya no se preocupará de tomar precauciones. ¿No es así, doctor?

Thompson asintió con un movimiento de cabeza.

—Ése es el caso corriente. En términos no médicos no se hubiese podido explicar mejor. Usted, que sabe algo de eso, señor Poirot, ¿no está de acuerdo conmigo?

No creo que a Crome le gustara que Thompson pidiese su parecer a Poirot. Se tenía por el único experto en el asunto.

—El inspector Crome tiene toda la razón.

—Paranoia —murmuró el doctor.

Poirot se volvió hacia Crome.

—¿Hay algún material de interés en el caso Bexhill?

—Nada definitivo. Un camarero de Splendid de Eastbourne reconoce, en la fotografía de la joven asesinada, a una muchacha que cenó allí en compañía de un hombre de mediana edad que llevaba lentes. También ha sido reconocida por los propietarios de una posada llamada «El arquero rojo», a mitad de camino entre Bexhill y Londres. Allí dicen que la vieron en compañía de un hombre que parecía un oficial de marina. Puede que se equivoquen, pero no es imposible que fuese ella. Desde luego, hay infinidad de personas que la han reconocido, pero sus declaraciones no son de ningún interés. No hemos podido hallar el menor rastro del asesino A. B. C.

—Bien, parece que ha hecho usted todo cuanto podía realizarse, Crome —dijo el jefe de policía—. ¿Qué dice usted, señor Poirot? ¿Se le ocurre a usted alguna pista?

—Creo que debería buscarse algo muy importante: el motivo —replicó lentamente Poirot.

—¿No está bien claro? Una manía alfabética.

—Sí —asintió Poirot—; existe una manía alfabética. Pero un loco siempre tiene algún motivó muy importante para los crímenes que comete.

—Vamos, vamos, señor Poirot —dijo Crome—. Recuerde el caso Stoneman en mil novecientos veintinueve. Terminó matando a todo aquel que le molestaba, por poco que fuese.

Poirot se volvió hacia él.

—Es verdad. Si uno es un ser muy importante, debe verse libre de toda molestia, por pequeña que sea. ¿Qué se hace cuando un mosquito le atormenta a uno con su zumbido? Pues procurar matarlo. Uno es importante y el mosquito es un ser de la mayor insignificancia. Se mata al mosquito y la molestia termina. La acción parece lógica e inocente al que ejecuta y a nadie se le ocurrirá que sea obra de un loco. Otro motivo para matar al mosquito es si tiene verdadera pasión por la higiene. El mosquito es fuente y conducto de enfermedades, un peligro para la sociedad;

por lo tanto, debe morir. Así mismo trabaja el juicio del criminal de deficiente mentalidad. Pero consideremos bien este caso. Si las víctimas son escogidas por orden alfabético entonces no son asesinadas porque sean fuente de molestias para el criminal. Sería una gran coincidencia que su primera y segunda víctima tuvieran apellidos cuyas iniciales fuesen correlativas.

—El señor Poirot tiene razón —intervino el doctor—. Sé de varios casos en que un asesino se ha puesto a matar curas, otros han matado prostitutas, otros policías, etcétera. Pero en el caso actual las asesinadas sólo tienen entre sí el parecido de que son mujeres, pero ambas de distintas edades, clase y profesión, Tal vez existe el complejo sexual, pero lo dudo; sobre todo, por la diferencia de edades entre ambas. En fin, el próximo crimen quizá nos pueda aclarar algo más.

—¡Por Dios, Thompson, no hable tan indiferente del próximo crimen! —exclamó irritado sir Lionel—. Haremos todo lo humanamente posible para evitar que ocurra otro crimen.

El doctor Thompson se sonó ruidosamente.

«Allá usted si no quiere atenerse a la realidad» —pareció decir el ruido.

El jefe de policía se volvió hacia Poirot.

—Me parece que comprendo lo que quiere decir, pero aún no veo claro.

—Me pregunto —contestó Poirot— qué pasa en la mente del asesino. Sus cartas parecen indicar que asesina por deporte, para distraerse. ¿Puede eso ser verdad? Y si es así, ¿cómo selecciona a sus víctimas aparte del orden alfabético? Si matara por simple diversión no avisaría por carta, pues podría obrar con la más completa impunidad. En vez de eso, trata, como todos convenimos, de hacerse popular en la Prensa. ¿Acaso quiere vengarse de mí y trata de hacerme aparecer en ridículo ante el público? ¿Odia a los extranjeros?

El inspector Crome carraspeó.

—De momento sus preguntas son bastante difíciles de contestar.

—Sin embargo, en la respuesta a mis preguntas está la solución —replicó Poirot mirando fijamente al policía—. Si conociésemos la verdadera razón, por fantástica que fuera para nosotros, de los

crímenes de ese loco, podríamos suponer quién será la próxima víctima.

Crome movió la cabeza.

—Mi opinión es que las coge al azar. En fin, creo que lo mejor es esperar la próxima carta. Si el nombre de la población empieza por C, podremos advertir a todas las personas cuyo apellido empieza por esa letra para que se pongan en guardia, y así podremos detener a ese A. B. C.

¡Cuán poco sabía lo que tenía reservado el Destino!

CAPÍTULO XIV

LA TERCERA CARTA

Recuerdo perfectamente la llegada de la tercera carta de A. B. C.

Debo decir que se habían tomado todas las medidas para que en cuanto reanudara su campaña no hubiese retrasos innecesarios. Un joven sargento estaba de guardia en la casa, y si Poirot y yo salimos tenía orden de abrir todas las cartas que se recibieran para así poder comunicar sin pérdida de tiempo a Scotland Yard la esperada noticia.

A medida que pasaban los días nuestra nerviosidad iba en aumento. Los soberbios modales del inspector Crome eran cada día más altivos, a medida que se iban derrumbando las esperanzas que había puesto en determinadas pistas. Las vagas descripciones de los hombres que se habían visto en compañía de Betty Barnard se demostraron completamente inútiles. Los autos que se vieron en los alrededores de Bexhill y Coode no se encontraron o fueron identificados como pertenecientes a personas completamente inocentes. La investigación sobre las guías de ferrocarriles no dio más resultado que molestar a un sinfín de personas inocentes.

En cuanto a nosotros, cada vez que sonaba a la puerta del piso la familiar llegada del cartero, el corazón nos latía aceleradamente.

Poirot estaba hondamente preocupado por la marcha de los acontecimientos. No quiso abandonar Londres ni un solo día, prefiriendo estar al pie del cañón en caso de ocurrir algo. En esos días, hasta su altivo bigote aparecía descuidado y con las guías caídas.

La tercera carta de A. B. C. llegó un viernes por la tarde. Cuando

oímos el familiar paso y la llamada del cartero corrí al buzón. Recuerdo que encontré cuatro o cinco cartas. El sobre de la última que miré estaba escrito a máquina.

—¡Poirot! —exclamé—. Y mi voz murió en un susurro.

—¿Ha llegado? ¡Ábrela! ¡Pronto, Hastings! ¡Cada minuto puede valer un siglo! Tenemos que tomar todas las precauciones.

Rasgué el sobre y extraje una hoja de papel escrita a máquina.

—¡Lee! —ordenó Poirot. Leí en voz alta:

> ¡Pobre señor Poirot! Estos crímenes no son fáciles de descubrir como usted esperaba, ¿verdad? Veamos si esta vez tiene más suerte. Lo haremos más fácil. Churston, 30 del corriente. Procure hacer algo. Le aseguro que tener siempre buen éxito es muy aburrido.
> Buena caza. Siempre suyo,
>
> A. B. C.

—Churston —dije, precipitándome sobre una guía de ferrocarriles—. Veamos dónde cae eso.

—¡Hastings! —la aguda voz de Poirot me detuvo en mi busca—; ¿cuándo fue escrita esa carta? ¿Lleva alguna fecha?

Miré la carta que tenía en la mano.

—Fue escrita el 27 —anuncié.

—Has dicho que la fecha del asesinato es el 30, ¿verdad?

—Sí. De todas formas…

—*Bon Dieu*, Hastings! ¿No te das cuenta? Hoy estamos a treinta.

Y con la mano mi amigo señalaba el calendario colgado en la pared. Para estar más seguro cogí el periódico del día.

—Pero… ¿cómo…? —tartamudeé.

Mi amigo cogió el sobre. Algo raro había notado yo en la dirección, pero demasiado ansioso por enterarme del contenido de la carta no me cuidé más de ello.

Por aquel tiempo Poirot vivía en Whitehaven Mansion's. El sobre llevaba la siguiente dirección: «Señor Hércules Poirot, Whitehorse Mansion's». Detrás se veía escrito con lápiz: «Desconocido en Whitehorse Mansion's y en Whitehorse Court… Probar en Whitehaven Mansion's.»

—*Mon Dieu!* —murmuró Poirot—. ¿Es que siempre ayudará la

suerte a ese loco? *Vite, vite!*, ¡debemos ir en seguida a Scotland Yard!

Dos minutos más tarde hablábamos por teléfono con el inspector Crome. Por primera vez le oí lanzar una maldición. Escuchó lo que teníamos que decirle y en seguida cortó la comunicación para llamar a su vez a Churston.

—*C'est trop tard* —murmuró Poirot.

—No puede asegurarse —repliqué, aunque sin gran entusiasmo.

Mi amigo miró su reloj.

—Las diez y veinte. Al día 30 le quedan una hora y cuarenta minutos de vida. No es probable que A. B. C. se haya retrasado tanto en llevar a cabo su proyecto.

Abrí la guía de ferrocarriles que antes había cogido de un estante.

—«Churston, Devon» —leí—. «A 204 millas de Paddington, 544 habitantes.» Parece un pueblo muy pequeño. Seguramente nuestro hombre no habrá pasado desapercibido.

—Aun así se habría perdido otra vida —murmuró Poirot—. ¿Qué trenes salen para ese pueblo? Supongo que el tren será más rápido que el auto.

—A medianoche sale un tren que llega a Churston a las siete y media.

—¿Sale de Paddington?

—Sí.

—Pues tomaremos ese mismo Hastings.

—No tendrás tiempo de recibir ninguna noticia antes de que salgamos.

—¿Qué más da que las malas noticias las recibamos esta noche o mañana?

—Tienes razón.

Mientras Poirot volvía a llamar por teléfono a Scotland Yard yo puse unas cuantas cosas en la maleta, las que creí más indispensables.

Unos minutos después mi amigo entraba en el dormitorio y preguntaba asombrado:

—*Mais qu'est-ce que vous faites là?*

—Tu maleta. Te quería ahorrar ese trabajo.

—*Tu éprouves trop d'emotion*, Hastings. Eso afecta a tu pulso y tu cerebro. ¿Es así como se dobla un traje? ¡Fíjate cómo has puesto mi pijama! ¿Qué ocurriría si se rompiera la botella de tinte para los cabellos?

—¡Por Dios, Poirot! —exclamé—. ¡Se trata de un asunto de vida o muerte! ¿Qué, importa lo que pueda ocurrir a tus ropas?

—No tienes el sentido de la proporción. Hastings. No podemos marcharnos de Londres antes que salga el tren, y en cambio, el hecho de que me estropees un traje no evitará ningún crimen.

Quitándome la maleta, se puso a arreglarla.

Mientras arreglaba lo que yo había desarreglado, me contó que debíamos llevarnos el sobre y la carta a la estación de Paddington, donde nos esperaría un agente de Scotland Yard.

Cuando llegamos al andén, la primera persona que vimos fue el inspector Crome.

—Ninguna noticia todavía —contestó a la muda interrogación de mi amigo—. Tenemos en movimiento a todos los hombres disponibles. Las personas cuyos apellidos empiezan por C y tienen teléfono están siendo avisadas. Siempre existe la posibilidad de que podamos conseguir algo. ¿Dónde está la carta?

Poirot se la entregó.

El policía la examinó, lanzando algunas maldiciones.

—¡Cochina suerte!… Todo parece ponerse de acuerdo para favorecer a ese asesino.

—¿No cree que ese hombre puede haber equivocado a propósito la dirección?

Crome negó con un gesto.

—No; ese asesino tiene sus reglas y obra de acuerdo con ellas. Para encontrar satisfacción en sus delitos tiene que avisar antes. Tal vez el motivo de la equivocación sea que es asiduo consumidor de whisky White Horse y su recuerdo le indujo a error.

—*Ah, c'est ingénieux ça!* —exclamó Poirot admirado a su pesar—. Mientras escribía la dirección debía de tener ante él la botella.

—Eso mismo —asintió Crome—. Es muy corriente que sin darse uno cuenta, a veces se copie lo que se tiene delante. Empezó con la palabra White y continuó Horse en lugar de haven…

El inspector nos comunicó que viajaba en el mismo tren que

nosotros.

—Aun en el caso de que no hubiera ocurrido nada, Churston es el lugar que debemos visitar. Nuestro asesino está allí o por lo menos ha estado hoy. Tengo a uno de mis hombres en el teléfono por si hay alguna noticia antes de que salgamos de Londres.

En el momento en que el tren emprendía la marcha vimos a un hombre que atravesaba corriendo el andén en dirección a nuestro coche. Al llegar junto a la ventanilla del departamento de Crome le dijo algo en voz alta. Apenas había salido el tren de la estación, nos dirigimos al departamento de nuestro compañero.

—¿Tiene alguna noticia? —preguntó Poirot.

—La peor que podía habérsenos dado —replicó lentamente Crome—. Sir Carmichael Clarke ha sido hallado con la cabeza destrozada.

A pesar de que el público en general no conocía el nombre de sir Carmichael Clarke, éste era un hombre bastante famoso. En su tiempo había sido uno de los mejores especialistas de la garganta Al retirarse de su profesión, después de haber ganado bastante dinero, pudo dedicarse a lo que constituía una de las mayores pasiones de su vida: coleccionar porcelanas… chinas. Algunos años más tarde, la herencia dejada por un tío suyo le permitió aumentar su colección, hasta el extremo de llegar a reunir una de las mejores colecciones de arte chino. Estaba casado, pero no tenía hijos, y vivía en una casa que se hizo construir en la costa de Devon. Solo iba a Londres de tarde en tarde, y siempre para adquirir algún nuevo ejemplar.

No me costó mucha reflexión darme cuenta de que su muerte, siguiendo a la joven Betty Barnard, sería la mayor sensación periodística del año. El hecho de que estuviésemos en agosto y por tanto los periódicos anduvieran escasos de noticias, no harían sino empeorar las cosas.

—*Eh bien!* —dijo Poirot—. Es posible que la publicidad haga lo que nuestros esfuerzos no han conseguido. Todo el país estará lleno de gente buscando a A. B. C.

—Por desgracia eso es lo que él quiere precisamente —murmuré.

—Es verdad. Pero también nos favorecerá el hecho de que,

envanecido por su éxito, se descuide.

—¡Qué extraño es todo esto. Poirot! —exclamé, asaltado de pronto por una idea—. Éste es el primer crimen de esa clase en que tú y yo trabajamos juntos. Los demás han sido lo que podría llamar… crímenes privados.

—Tienes razón. Hasta ahora habíamos trabajado desde dentro. Lo importante era la historia de la víctima, quiénes se beneficiaban con su muerte, qué oportunidad habían tenido de matarle los que le rodeaban. Ahora tenemos por primera vez el crimen impersonal, los asesinatos de un loco. El crimen desde fuera.

—¡Es horrible! —exclamé estremeciéndome.

—¡Hay que contener los nervios! —exclamó Poirot con impaciencia—. Esto no es peor que un asesinato vulgar.

—Es… es…

—¿Es peor matar a un desconocido o a un amigo que cree y confía en nosotros?

—Es peor porque es obra de un loco.

—No, Hastings, no es peor, sólo es más difícil.

—No estoy de acuerdo contigo. Es más horripilante.

—Debería ser más fácil porque es loco —murmuró pensativo mi amigo—. Un crimen cometido por una persona inteligente debería ser más complicado, Si pudiéramos describir la idea… Eso del orden alfabético discrepa en algunos puntos. Si pudiera encontrar el motivo todo aparecería claro y sencillo.

Lanzó un suspiro y movió la cabeza.

—Es necesario que esos crímenes no continúen. Debo ver pronto la verdad. Durmamos un poco, Hastings. Mañana habrá mucho trabajo.

CAPÍTULO XV

FRANKLIN CLARKE

Churston se encuentra entre Brixham, Paignton y Torquay. Diez años antes del crimen era simplemente unos campos de golf que llegaban hasta el mar, y dos o tres casas de campo por toda habitación humana. Pero en los últimos años se habían levantado numerosas casas entre Churston y Paignton.

Sir Carmichael Clarke había comprado dos acres de terreno, desde donde se disfrutaba de una maravillosa vista del mar. La casa que hizo construir era de una estructura moderna, un blanco rectángulo que no era muy desagradable a la vista. Aparte de las dos galerías que albergaban la colección de porcelanas, la casa no era muy espaciosa.

Llegamos a Churston a las ocho de la mañana, aproximadamente. Un oficial de policía que nos esperaba en la estación nos puso al corriente de la situación.

Sir Carmichael Clarke tenía costumbre de dar un paseo cada noche, después de la cena. Cuando la policía llamó a su casa, poco después de las once, se le dijo que sir Carmichael no había regresado aún. Como en su paseo el coleccionista seguía siempre el mismo camino, no costó gran trabajo encontrar su cuerpo. Éste presentaba un fuerte golpe en la nuca causado por un instrumento muy pesado. Junto al cadáver fue hallada una guía de ferrocarriles «A. B. C.».

Llegamos a Combeside (así se llamaba la casa) a las ocho y minutos. La puerta fue abierta por un viejo criado cuyo trastornado rostro y temblorosas manos demostraban cuán profundamente le

había afectado la tragedia.

—Buenos días, Deveril —le saludó el policía.

—Buenos días, señor Wells.

—Estos señores, Deveril, son policías de Londres.

—Por aquí, señores; tengan la bondad —y nos guió a un amplio comedor donde estaba servido el almuerzo. Llamaré al señor Franklin. Vuelvo inmediatamente. Voy corriendo.

Unos minutos después un hombretón de atezado rostro entraba en el comedor.

Era Franklin Clarke, el único hermano del muerto.

Tenía los modales resueltos de un hombre acostumbrado a encontrarse en situaciones embarazosas.

—Buenos días, señores.

—Aquí el inspector Crome, del D.I.C.[1]

—El señor Hércules Poirot y… el capitán Hayter.

—Hastings —corregí fríamente.

Franklin Clarke nos estrechó las manos por turno y cada apretón iba acompañado de una inquisitiva mirada.

—Permítame que les invite a almorzar; mientras tanto podremos hablar de lo ocurrido.

Ninguno de nosotros rechazó la invitación y a los pocos momentos estábamos haciendo los honores a unos excelentes huevos con jamón y una taza de café fuerte.

—Ayer noche —empezó Franklin Clarke— el inspector Wells me dio una sumaria explicación de este terrible crimen. Es lo más horrible que he oído en mi vida. ¿Debo creer, inspector Crome, que mi pobre hermano fue víctima de un monomaniaco homicida y que el de ahora es el tercer crimen y que en cada uno de los anteriores se ha encontrado también una guía de ferrocarriles junto a las víctimas?

—Así es, Clarke.

—Pero, ¿por qué? ¿Qué beneficio podría sacar de este crimen el asesino, aunque éste sea el loco más loco del mundo?

Poirot movió aprobadora mente la cabeza.

—Va usted recto al misterio, señor Franklin —respondió.

—Es inútil buscar motivos a ese crimen —intervino Crome—. Esto es trabajo de un psiquiatra.

—¿Está de acuerdo, señor Poirot?

Clarke no parecía dispuesto a creer lo que oía. Su pregunta al más viejo de nosotros hizo fruncir el ceño a Crome.

—En efecto, señor Clarke —replicó mi amigo.

—Sea como fuere, ese hombre no puede tardar mucho en ser detenido —murmuró pensativo Franklin Clarke.

—*Vous croyez?* Por desgracia, *ces gens là* son muy listas. Tenga en cuenta que esos hombres son de tipo insignificante, no se diferencian en nada de los que cada día pasan junto a nosotros sin que nos demos cuenta de su presencia.

—Le agradeceré que me cuente lo que sepa, señor Clarke —intervino el inspector Crome.

—Perfectamente.

—Tengo entendido que ayer noche su hermano gozaba de perfecta salud y humor, ¿verdad? ¿Recibió alguna carta que no esperaba? ¿Le preocupaba algo?

—No. Yo lo encontré igual que siempre.

—¿No estaba preocupado?

—No he querido decir eso, señor inspector. El estar preocupado era cosa normal en mi hermano.

—¿Por qué?

—Mí cuñada goza de muy poca salud. Hablando confidencialmente les diré que tiene un cáncer incurable y no podrá vivir mucho. La enfermedad de su mujer trastornó terriblemente a mi hermano. Hace poco llegué aquí y me sorprendió el terrible cambio especialmente físico que se había operado en él.

—¿Qué hubiera usted creído —intervino Poirot— si su hermano hubiera sido hallado muerto de un tiro en la sien y con un revólver junto a él?

—Hablando con franqueza hubiese creído que se trataba de un suicidio —contestó Clarke.

—*Encore!* —exclamó Poirot.

—¿Qué quiere usted decir? —Un hecho que se repite. No tiene importancia.

—Lo cierto es que no fue un suicidio —intervino secamente Crome—. Tengo entendido, señor Clarke, que su hermano tenía por costumbre dar un paseo cada noche.

—Es verdad.

—¿Cada noche?

Excepto cuando llovía, naturalmente.

—¿Todos los de la casa conocían esa costumbre?

—Desde luego.

—¿Y los de fuera?

—No sé lo que quiere usted decir con eso. Puede ser que el jardinero estuviera también enterado, no puedo asegurarlo.

—¿Y en el pueblo?

—Empleando la palabra en su verdadero sentido no hay ningún pueblo aquí. En Churston Ferrer está la estación y Correos, pero no hay en absoluto pueblo ni tiendas.

—Supongo que la presencia de un forastero en el lugar llamaría la atención, ¿verdad?

—Al contrario En agosto, toda esta parte del país está llena de forasteros. Todos los días llegan a Brixham, Torquay y Paignton en automóviles, autobuses y a pie. Broadsands, que está allá abajo (señaló con el dedo), es una playa muy concurrida y también lo es Elbury Cove. La gente va en tropel a merendar allí. Ojalá no lo hicieran. No tienen ustedes idea de lo hermosos que son esos lugares en el mes de junio y a principios de julio.

—¿Entonces usted no cree que un forastero hubiera sido notado?

—No, a menos que pareciera… loco.

—El hombre en cuestión no tiene aspecto de loco —aseguró Crome—. Ese criminal ha debido de pasar por aquí y se habrá enterado de las costumbres de su pobre hermano de salir a pasear de noche. Supongo que ayer no vino nadie a preguntar por sir Carmichael, ¿verdad? ¿No opina como yo?

—Que yo sepa, no…, pero podemos preguntar a Deveril.

Pulsó el timbre y cuando llegó el criado le hizo la pregunta.

—No, señor, no vino nadie a preguntar por sir Carmichael. Ya lo he preguntado a las criadas.

El criado aguardó un poco y al fin preguntó:

—¿Eso es todo, señor?

—Sí, Deveril, puedes retirarte.

El criado se dirigió hacia la puerta del comedor retrocediendo unos pasos para dejar pasar a una joven.

Al verla entrar, Franklin se levantó.

—Les presento a la señorita Grey. La secretaria de mi hermano.

Me llamó en seguida la atención el aspecto escandinavo de la joven. Su cabello era de un rubio ceniciento, los ojos grises y el cutis de una transparencia como sólo se encuentra entre los suecos y noruegos. Representaba unos veintisiete años y parecía ser tan eficiente como bella y decorativa.

—¿Puedo ayudarles en algo? —preguntó al sentarse.

Clarke le ofreció una taza de café, pero la joven la rechazó.

—¿Se cuidaba usted de la correspondencia de sir Carmichael? —preguntó Crome.

—Sí, señor.

—¿Recibió alguna carta o cartas firmadas con las iniciales A, B. C.?

—¿A. B. C.? —la joven movió la cabeza—. No, estoy segura de que no.

—¿Dijo si en alguno de sus paseos nocturnos había visto a alguien espiándole?

—No, señor.

—¿Y usted no ha notado la presencia de algún desconocido?

—Sí, he visto, pero no rondando la casa. En este tiempo se ven muchos forasteros.

Poirot movió pensativo la cabeza.

El inspector Crome pidió que le guiase al lugar del crimen. Franklin Clarke nos guió y salimos acompañados de la señorita Grey.

Ella y yo quedamos un pozo rezagados.

—Este suceso habrá sido un golpe terrible para ustedes —dije.

—Parece completamente increíble. Cuando ayer noche nos visitó la policía yo ya estaba en la cama. Me despertó el ruido de sus voces. Cuando bajé, el señor Clarke y Deveril acababan de salir juntos con linternas.

—¿A qué hora acostumbraba volver de sus paseos sir Carmichael Clarke?

—Alrededor de las diez menos cuarto. Al volver entraba por la puerta trasera v unas veces se iba directamente a la cama y otras se entretenía contemplando su colección. Por eso, al no llegar la

policía, es muy probable que su ausencia no hubiera sido descubierta hasta esta mañana.

—Su mujer debe de estar desesperada.

—La esposa del señor Clarke pasa la mayor parte del tiempo bajo el efecto de la morfina. Creo que está demasiado enferma para darse cuenta de qué ocurre alrededor de ella.

Habíamos salido a los campos de golf y atravesando el extremo de uno de ellos llegamos a un caminito que descendía en zigzag.

—Este camino conduce a Elbury Cove —explicó Franklin Clarke —. Hace dos años construyeron una carretera que conduce a Broadsands y a Elbury, por lo tanto el camino está ahora poco frecuentado.

Descendimos siguiendo la senda hasta llegar a una plazoleta desde la que se divisaba el mar y la playa de guijarros blancos. Altos árboles azul oscuro descendían hasta el mar. Era un sitio encantador en el que dominaban los colores blanco, verde y azul zafiro.

—¡Qué maravilla! —exclamé.

Clarke volvió rápidamente hacia mí.

—¿No es cierto? No comprendo que la gente quiera ir a la Riviera teniendo esto aquí. He recorrido casi todo el mundo y jamás he visto nada tan hermoso como esto.

Después, como avergonzado de sus palabras, continuó más seriamente:

—Éste era el paseo nocturno de mi hermano. Llegaba hasta aquí y luego volvía a subir torciendo a la derecha en lugar de la izquierda y entraba por la puerta trasera.

Seguimos nuestro camino hasta llegar al lugar donde fue hallado el cadáver.

—Muy fácil —murmuró Crome—: El asesino permaneció en la sombra. Su hermano no debió de notar nada hasta que recibió el golpe.

La muchacha, que estaba junto a mí, se estremeció de horror.

—Ánimo, Thora —dijo Franklin Clarke.

Thora Grey…, el nombre le cuadraba perfectamente.

Volvimos a la casa, donde el cadáver había sido conducido después de ser fotografiado.

En el momento en que subíamos por la amplia escalera, el forense salió de una habitación; en la mano llevaba un maletín negro.

—¿Tiene usted algo que decirnos, doctor? —pregunté Clarke.

El forense negó con la cabeza.

—Es un caso muy sencillo. Guardaré todas las frases técnicas para la encuesta. Murió instantáneamente —antes de marcharse añadió—: Voy a ver a lady Clarke. No sé si sabe algo.

Una enfermera salió de la habitación del fondo del corredor y el médico se reunió con ella.

Entramos en el cuarto que acababa de abandonar el médico.

No tardé ni dos segundos en salir de allí. Thora Grey seguía en el extremo de la escalera. En su rostro se reflejaba un profundo horror.

—Señorita Grey… ¿Le ocurre algo?

La secretaria me miró.

—Estaba pensando en… —contestó.

—¿En D? —pregunté mirándola de modo ambiguo.

—Sí, en el próximo asesinato. Es necesario hacer algo para impedirlo.

Clarke salió de la habitación.

—¿Qué es lo que hay que evitar, Thora? —preguntó.

—Esos horribles asesinatos.

—Sí —el hombre apretó furiosamente los dientes—. Quiero hablar con el señor Poirot… ¿Vale algo ese Crome? —preguntó inesperadamente.

Contesté sin gran entusiasmo que tenía fama de ser un excelente policía.

—Tiene una manera de obrar muy antipática —dijo Clarke—. Parece que lo sepa todo. Y en realidad, ¿qué es lo que sabe? Nada en absoluto.

Calló durante un par de minutos. Después continuó:

—El señor Poirot es el hombre que yo necesito. Tengo un plan. Pero ya hablaremos de eso más tarde.

Marchó por el corredor y fue a llamar al mismo cuarto en que había entrado el médico.

Vacilé un momento. La secretaria miraba fijamente ante ella.

—¿En qué piensa usted, señorita Grey?

—Me pregunto dónde estará en estos momentos el… asesino —replicó con la mirada perdida en el vacío.

—La policía le busca… —empecé.

Mis palabras rompieron el hechizo. Thora Grey movió la cabeza y murmuró:

—Sí, claro, sí.

A su vez bajó por la escalera y yo me quedé arriba murmurando:

—A. B. C., ¿dónde estará en estos momentos?

CAPÍTULO XVI

(APARTE DEL RELATO PERSONAL EL CAPITÁN HASTINGS)

El señor Alexander Bonaparte Cust salió del Torquay Pavillon mezclado entre el público que abandonaba la sala después de presenciar la emocionante película *Ningún gorrión*.

Al llegar a la calle parpadeó al ser heridos sus ojos por el sol poniente y miró a su alrededor con aquella expresión de perro perdido, tan peculiar en él.

—Es una idea… —murmuró.

Los vendedores de periódicos gritaban:

—¡Últimas noticias…! ¡El crimen de un loco en Churston!

El señor Cust sacó una moneda del bolsillo y compró un periódico. No lo abrió en seguida.

Pausadamente se dirigió al Princess Gardens y se sentó en un banco situado frente a la playa de Torquay y abrió el diario.

En grandes titulares se leía:

EL ASESINATO DE SIR MICHAEL CLARKE
—HORRIBLE CRIMEN EN CHURSTON—
LA OBRA DE UN LOCO HOMICIDA

Y debajo:

> Hace apenas un mes toda Inglaterra se conmocionó ante la noticia del asesinato de una joven llamada Elizabeth Barnard, de Bexhill. Se recordará que junto a su cadáver apareció una

> guía de ferrocarriles «A. B. C.» Otra guía semejante se ha hallado junto a sir Carmichael Clarke, y la policía está convencida de que ambos crímenes han sido cometidos por una misma persona. ¿Será posible que un loco homicida recorra nuestras playas cometiendo esos crímenes espantosos?

Un joven con pantalones de franela y camisa azul eléctrico que se hallaba sentado junto al señor Cust, comentó:

—Un crimen repugnante, ¿verdad?

El señor Cust dio un respingo.

—¡Oh…! Sí, si…

El joven notó que las manos de su vecino temblaban de tal manera que apenas podían sostener el periódico.

—Uno nunca sabe lo que puede hacer un lunático —siguió el veraneante—. Además, no se diferencia en nada de una persona normal. Son iguales que usted y yo…

—Supongo que sí —contestó el señor Cust.

—Muchos de ellos están así a causa de la guerra.

—Creo que tiene usted razón.

—No me gustan las guerras —continuó el joven.

Su compañero se volvió hacia él y declaró:

—A mí tampoco me gustan: el cólera, la enfermedad del sueño, el cáncer y el tifus… sin embargo, siguen existiendo.

—La guerra se puede evitar —aseguró el joven.

El señor Cust se echó a reír largamente.

El joven empezó a alarmarse.

«Me parece que éste no está muy, bien de la cabeza», pensó.

Y en voz, alta dijo.

—Perdóneme, señor. Supongo que usted debió de estar en la guerra.

—Sí —replicó Bonaparte Cust—. Desde entonces no he vuelto a tener sana la cabeza. A veces me duele horriblemente, ¿comprende?

—¡Oh! Lo siento mucho —tartamudeó el joven.

—Hay momentos en que no sé lo que hago…

—¿De veras? Bueno, perdóneme, pero tengo que ir a un recado urgente —el joven se alejó apresuradamente; sabía por experiencia lo que es la que gente que empieza a hablar de su salud.

El señor Cust se quedó solo con su periódico.

Lo leyó y releyó…

Numerosa gente pasaba ante él.

Muchos de los paseantes hablaban del crimen:

—¡Es horrible!… ¿No te parece que los chinos tienen algo que ver con ese crimen? ¿No era camarera de un café chino?

—Esta vez ha sido en los campos de golf…

—Yo entendí que había sido en la playa…

—… ayer mismo tomamos el té en Elbury…

—… la policía está segura de detenerle…

—… dicen que lo arrestarán de un momento a otro…

El señor Cust dobló cuidadosamente el periódico y lo dejó en el banco. Luego se levantó y lentamente se dirigió hacia la población.

Junto a él pasaban numerosas muchachas vestidas de blanco amarillo y azul, unas con pijamas de playa, otras con faldas pantalones. Reían estrepitosamente y miraban con gran atención a los hombres que se cruzaban con ellas.

Ni una sola de sus miradas se posaron en el señor Cust…

Éste fue a sentarse a una mesita y pidió té con leche…

CAPÍTULO XVII

DOS CARTAS

Con el asesinato de sir Carmichael Clarke, el misterio de la guía de ferrocarriles entró en su apogeo. Los periódicos no se ocupaban de otra cosa. Se indicaban un sinfín de pistas. Anunciábanse innumerables detenciones. Aparecían fotografías de todas las personas y lugares que tenían alguna referencia, aunque remota, con el crimen. Se relataban entrevistas con todos aquellos que se mostraban dispuestos a dejarse interpelar. En el mismo Parlamento tuvieron lugar algunas interpelaciones.

El asesinato de Andover fue unido a los otros dos…

En Scotland Yard se creía que cuanta más publicidad se diera al asunto, mayores serían las oportunidades de detener al criminal. La población entera de la Gran Bretaña se convirtió en un tropel inmenso de detectives aficionados.

El *Daily Flicker* anunció en grandes titulares, dirigiéndose a sus numerosos lectores:

¡EL ASESINO PUEDE ESTAR EN SU CIUDAD!

Desde luego, Poirot estaba muy enredado en toda esa publicidad. Las cartas recibidas por él fueron reproducidas en todos los periódicos y revistas y sufrió numerosos ataques por no haber evitado los crímenes que le habían sido anunciados. En cambio, otros aseguraban que el famoso detective estaba a punto de detener al asesino.

Los periódicos se pasaban el día solicitando entrevistas, y con lo

poco que mi amigo les decía, llenaban columnas enteras con tonterías.

HÉRCULES POIROT SIGUE DE CERCA LA MARCHA DE LOS ACONTECIMIENTOS

HÉRCULES POIROT EN VÍSPERAS DEL ÉXITO

EL CAPITÁN HASTINGS, EL GRAN AMIGO DE HÉRCULES POIROT, HACE SENSACIONALES DECLARACIONES A NUESTRO REDACTOR

Tales declaraciones me hicieron exclamar:

—¡Poirot, te juro que yo no he dicho en absoluto nada de eso!

—Ya lo sé, ya —replicó bondadosamente mi amigo—. Entre lo que se dice y lo que se escribe, existe un abismo insondable.

—Es que no quisiera que creyeses…

—No te preocupes, hombre. Todo eso no tiene la menor importancia. Las tonterías ésas pueden sernos de gran utilidad.

—¿Cómo?

—*Eh bien*, si nuestro loco lee lo que el *Daily Flicker* asegura que yo he dicho, perderá todo su respeto hacia mí como contrincante.

Quizá todo dé la impresión de que no se hacía nada práctico. Al contrario, Scotland Yard y la policía local de todas las comarcas seguían infatigablemente la menor pista.

En hoteles y casas de huéspedes se hicieron minuciosas investigaciones. Centenares de relatos acerca de hombres vistos que tenían los ojos de tal o cual manera y que caminaban furtivamente, fueron desmenuzados, hasta el último detalle. Ninguna información, por insignificante que fuera se dejó de lado. Conductores de trenes, tranvías, autobuses y taxis fuero, llamados a declarar.

Por fin se detuvo a numerosas personas que no pudieron explicar sus movimientos en las noches en cuestión.

El resultado no fue completamente nulo. Algunas declaraciones fueron anotadas como de posible importancia en lo futuro.

Así como Crome y sus colegas trabajaban infatigablemente, Poirot me parecía extrañamente supino. Esto daba motivos a numerosas discusiones.

—Pero, ¿qué quieres que haga? Las pesquisas rutinarias las hace

mucho mejor la policía que yo. Tú siempre querrías verme corriendo como un perro.

—En lugar de lo cual te estás sentado en casa como… como…

—Como un hombre sensible. Mi fuerza, Hastings, reside en mi cerebro, no en mis pies. Siempre que tú me crees haraganeando, lo que estoy haciendo es reflexionar.

—¿Reflexionar? —exclamé—. ¿Son éstos momentos para reflexionar?

—¡Ya lo creo!

—¿Qué puedes ganar reflexionando? Sabes de memoria todos los detalles de los tres casos.

—No pienso en los detalles, sino en la mente del asesino.

—¿En el cerebro de un loco?

—Eso mismo. Ya puedes figurarte que eso no se consigue en un minuto. Cuando sepa qué clase de hombre es el asesino, podré descubrir dónde se encuentra. Cada vez sé más cosas. Después del asesinato de Andover, ¿qué sabíamos de nuestro hombre? Casi nada. ¿Y después del de Bexhill? Algo más. ¿Y después del crimen de Churston? Bastante más. Empiezo a ver… no lo que tú quisieras que viese, sino el perfil de un cerebro. Un cerebro que se mueve y trabaja en cierta dirección. Después del próximo crimen…

—¡Poirot!

Mi amigo me miró impasible.

—Sí, Hastings; estoy seguro de que habrá otro crimen. Hay que fiar un poco en el azar. La próxima vez la chance puede volverse contra él. Sea como fuere, después del próximo crimen estaremos mejor informados. Un asesinato es algo terriblemente revelador. Por más esfuerzos que haga por variar los métodos, gustos y costumbres, un criminal siempre deja algo de su personalidad en su delito. A veces aparecen pistas confusas, pero al fin todo se aclara y yo lo sabré todo.

—¿Quién es?

—No, Hastings, no sabré su nombre y dirección. Lo que descubriré es la clase de hombre con quien nos enfrentamos…

—¿Y luego?

—*Eh alors, je vais à la peche*.

Notando mi asombro, continuó:

—Tú sabes, Hastings, que un experto pescador sabe perfectamente la clase de cebo que debe ofrecer a determinados peces. Pues bien, cuando sepa la clase de «pez» que es nuestro hombre, le puedo ofrecer el cebo apropiado.

—¿Y qué?

—¿Y qué? ¿Y qué? Eres tan malo como el inspector Crome con su eterno «¿De verdad?» Pues cuando sepa todo eso, cogeré la caña y saldré a pescar a nuestro hombre.

—Y entretanto irá muriendo gente.

—¡Tres muertes! ¿Qué importancia tiene eso si cada semana mueren por esas carreteras más de ciento cuarenta personas?

—Es muy distinto.

—Estoy seguro de que a los que mueren les parecerá igual. Para los demás, para los parientes, y los amigos, es distinto. Pero en este caso hay algo que me alegra enormemente: te lo aseguro.

—Explícame el motivo de esa alegría.

—Es inútil que te muestres sarcástico. Lo que me alegra es que sobre ningún inocente recae la menor sospecha de culpa.

—¿No es eso un mal?

—No. Nada hay tan terrible como vivir entre gente que se sabe sospechosa. Las miradas de terror que le dirigen a uno, ver el cariño convertirse en terror… nada tan espantoso como sospechar de los que se tiene al lado. En el caso de A. B. C. nos vemos libres de ello.

—Ya veo que pronto empezarás a excusar al criminal —dije amargamente.

—¿Por qué no? Puede que él se crea un hombre justiciero. Tal vez al final sus miras despierten nuestra simpatía.

—¿Tú lo crees?

—¡Quién sabe! Y a propósito, lee la carta que he recibido.

Me tendió una misiva escrita con exquisita letra que proclamaba un estudio concienzudo de la caligrafía. Leí:

Mi querido señor:

Espero que perdonará la libertad que me tomo al escribirle. He estado pensando mucho acerca de esos crímenes cometidos después del de mi pobre tía. Dan la impresión de que han sido cometidos por la

misma mano. En un periódico he visto la fotografía de la hermana de la joven que fue asesinada en Bexhill. Me atreví a escribirle diciéndole que pensaba ir a Londres y pidiéndole si me permitiría vivir con ella para ver si, uniendo nuestros esfuerzos, conseguimos descubrir al criminal. No le pedía ningún sueldo, sólo el deseo que, hablando, procuremos unir los cabos sueltos.

La joven me contestó muy amablemente diciéndome que vive en una pensión y que por lo tanto no podría tenerme en su casa, pero me aconsejaba le escribiera a usted. También me decía que había pensado lo mismo que yo y que deseaba nos uniésemos para hallar al asesino. Por ello le escribo para decirle que iré a Londres y le adjunto mi dirección en esa ciudad.

Rogándole me perdone la molestia que le causo, queda de usted muy atenta,

Mary Drower.

—Mary Drower es una joven muy inteligente —dijo Poirot.

Me tendió otra carta.

—Lee ésta.

Era una breve nota de Franklin Clarke, en la que decía que al día siguiente llegaría a Londres y visitaría a Poirot.

—La acción está a punto de empezar, *mon ami* —declaró solemnemente mi amigo.

CAPÍTULO XVIII

POIROT ECHA UN DISCURSO

Franklin Clarke llegó a las tres de la siguiente tarde y fue directo al asunto, sin entretenerse en circunloquios.

—Señor Poirot —dijo—, no estoy satisfecho.

—¿No?

—No dudo que Crome es un policía eficiente, pero francamente, me carga un poco. ¡Esa expresión suya de sabelotodo me ataca los nervios! Allá en Churston ya se lo dije a su amigo, pero he tenido que arreglar los asuntos de mi hermano y no he estado libre hasta ahora. Mi creencia, señor Poirot, es que no debemos dejar crecer la hierba bajo nuestros pies.

—Eso mismo dice siempre Hastings.

—Debemos ir directos al asunto. Es necesario que nos preparemos para el próximo crimen.

—Entonces, ¿usted cree que habrá un próximo crimen?

—¿Usted no?

—Sí, también lo creo.

—Muy bien, entonces. ¿Quiere que nos organicemos?

—Explíquese mejor.

—Lo que yo propongo, señor Poirot, es la formación de una brigada compuesta de los amigos y parientes de las víctimas de ese loco.

—*Une bonne idée*.

—Me alegro de que la apruebe usted. Uniendo nuestros esfuerzos quizá consigamos descubrir algo. Además, cuando llegue el próximo aviso, al trasladarnos al lugar en que se ha de cometer el

crimen, alguno de nosotros puede reconocer a alguna persona vista en uno de los anteriores escenarios.

—Comprendo lo que usted quiere, señor Franklin, pero debe recordar que los amigos y parientes de las demás víctimas no pertenecen a su esfera de vida. Son empleados y aunque obtengan algunas vacaciones…

Franklin Clarke se apresuró a interrumpirle.

—Tiene razón, yo soy la única persona en situación de poder financiar la empresa. No es que yo esté en muy buena situación, pero mi hermano era muy rico y su fortuna pasará a mí. Propongo el alistamiento de todos los que tienen algo que ver con los tristes sucesos, v formar con ellos una legión, cuyos miembros cobrarán por sus servicios lo mismo que ganan en sus trabajos habituales, añadiendo los gastos adicionales.

—¿Quiénes cree usted que deben formar esa legión?

—Ya lo he pensado. He escrito a la señorita Megan Barnard…; en realidad, la idea es casi suya. Los miembros que yo propongo son: la señorita Barnard, el señor Donald Fraser, que era el novio de la joven asesinada. Luego hay una sobrina de la estanquera de Andover, la señorita Barnard sabe su dirección. No creo que el marido pueda sernos de ninguna utilidad. Según tengo entendido se pasa la mayor parte del día borracho. He pensado también que los Barnard, el padre y la madre, son un poco viejos para estos trotes.

—¿Nadie más?

—Pues creo que también podríamos alistar a la señorita Grey.

Al pronunciar este nombre, enrojeció ligeramente Clarke.

—¡Oh! ¿La señorita Grey?

Nadie en el mundo hubiese podido dar a la frase la ironía que le comunicó Poirot. Se le habían quitado a Clarke más de treinta y cinco años de encima. Su aspecto en aquel momento era el de un colegial enamorado.

—Sí. La señorita Grey ha estado durante más de dos años al servicio de mi hermano. Conoce la comarca y a sus habitantes. Yo he estado fuera de Inglaterra durante más de año y medio.

Poirot se apiadó de él y varió la conversación.

—¿Ha estado en Oriente? ¿En China?

—Sí. mi hermano me encargó le comprara algunas porcelanas.

—Debe de haber sido muy interesante. *Eh bien*, señor Clarke, apruebo su idea. Creo que es necesario un *rapprochement* de todos los interesados, a fin de comparar pareceres y hablar mucho, mucho. De cualquier frase inocente puede salir la clave del misterio.

Días después la «Legión Especial» se reunió en casa de Poirot.

Mientras estaban sentados alrededor de Poirot, mirándole obedientes, les pasé revista confirmando o rehaciendo mi primera impresión.

Las tres jóvenes eran muy atractivas. Contrastaba la extraordinaria belleza de Thora Grey, rubia como el oro, con la de Megan Barnard, morena intensa, de rostro algo oriental, y Mary Drower, de cara aniñada e inteligente, vestida con un modesto traje negro. De los demás hombres, uno, Franklin Clarke, era alto, fornido, bronceado por el sol y muy hablador. El otro, Donald Fraser, tranquilo y muy dueño de sí. Ambos formaban un extraño contraste.

Poirot, incapaz de resistir la tentación, soltó un pequeño discurso.

—*Mesdames* y *messieurs*: Ustedes ya saben para qué nos hemos reunido aquí. La policía hace lo imposible por descubrir al criminal. Yo también lo hago, pero de distinta manera. Pero he creído que una reunión de aquellos que tienen algún interés personal en el asunto y, además, un conocimiento personal de las víctimas, puede dar resultados que la investigación corriente no igualaría.

»Tenemos tres asesinatos: Una vieja, una joven y un hombre ya maduro. Sólo una cosa une entre sí estas tres personas: el hecho de que fueron muertas por la misma mano. Esto significa que la misma persona estuvo presente en tres lugares distintos, y por lo tanto tuvo que ser vista por numerosas gentes. Que es un loco, no cabe la menor duda. Que su aspecto no lo demuestra, también es indudable.

»Ese hombre…, aunque le llame hombre no debemos olvidar que también podría ser una mujer…, posee toda la diabólica agudeza de un anormal. Hasta ahora ha conseguido ocultar perfectamente su rastro. La policía tiene indicios vagos, pero nada firmes.

»Sin embargo, forzosamente deben de existir indicios que no sean vagos, sino precisos. Por ejemplo: es imposible que ese

caballero llegase a Bexhill a medianoche y encontrase dispuesta en la playa a una joven, cuyo nombre empezaba con B.

—¿Es necesario sacar a relucir eso?

Estas palabras las pronunció Donald Fraser y brotaron de sus labios como impulsadas por una enorme angustia interna.

—Es necesario abordarlo todo, *monsieur* —replicó Poirot—. Usted no está aquí para ahorrarse preocupaciones, negándose a pensar en ciertos detalles, sino para removerlos bien, si es necesario, para llegar al fondo del asunto, cubrir su identidad, una víctima llamada Betty Barnard. La selección debió ser hecha deliberadamente por su parte, lo cual indica premeditación. O sea que antes del crimen, A. B. C. tuvo que reconocer el terreno. Tuvo que tomar ciertos informes: la mejor hora para cometer su delito en Andover; *la mise en scène* en Bexhill; las costumbres de sir Carmichael Clarke en Churston. Por mi parte me niego a creer que no exista ningún indicio o pista que pueda ayudarlos a descubrir su identidad.

»Estoy convencido de que todos ustedes saben algo que no saben que saben.

»Más pronto o más tarde, a causa de su asociación, algo saldrá a la luz y tendrá una importancia que ahora no suponen. Es lo mismo que un rompecabezas; cada uno de ustedes tiene una pieza sin significado aparente, pero todas esas piezas, reunidas, formarán cuando estén ordenadas, una figura completa.

—¡Palabras! —exclamó Megan Barnard.

—¿Eh? —inquirió Poirot, mirando fijamente a la joven.

—Todo eso que ha dicho usted no son más que palabras, sin el menor significado.

—Las palabras, señorita, no son más que el vestido de los pensamientos.

—Yo creo que lo que ha dicho el señor Poirot está muy bien, señorita —intervino Mary Drower—. Muchas veces, cuando se habla de cosas que no aparecen claras, de pronto se descubre un camino que no se había sospechado. El cerebro encierra muchas cosas que uno no sospecha, y esas cosas salen cuando se habla.

—Yo creo que debemos hablar lo más posible —dijo Franklin Clarke.

—¿Y usted, señor Fraser?

—Dudo que pueda aplicarse prácticamente lo que usted dice, señor Poirot.

—Y usted, Thora, ¿qué piensa? —preguntó Franklin Clarke.

—Creo que siempre es útil hablar de las cosas.

—Hagamos una cosa —sugirió Poirot—. Todos ustedes expliquen sus recuerdos de las horas precedentes al asesinato. Empiece usted, señor Clarke.

—Déjeme pensar… Durante la mañana del día en que Carmichael fue asesinado, salí a pescar en bote. Cogí ocho lenguados. El día era delicioso. Comí en casa. Estofado irlandés, lo recuerdo perfectamente. Dormí la siesta en una hamaca. Luego tomé el té, escribí unas cartas, llegué tarde al correo y fui en auto hasta Paignton para enviarlas desde allí. Cené y después, no me avergüenza decirlo, releí un libro de Salgari, que hizo mis delicias cuando era niño. De pronto sonó el timbre del teléfono…

—No siga. Procure recordar si vio a alguien cuando se dirigía hacia la playa, por la mañana.

—Mucha gente.

—¿Recuerda algo de las personas que vio?

—De momento, nadie en absoluto.

—¿Está seguro?

—Déjeme pensar. Recuerdo una mujer muy gorda, vestida con un traje de seda, llevando dos niños y un *terrier*. También vio a una joven de cabellos rojos como el fuego. Es curioso cómo vuelven los recuerdos. Parece como si uno estuviera viendo una película.

»Luego, por la tarde, en el jardín, vi al jardinero que regaba las flores. Al ir a Correos estuve a punto de atropellar a un ciclista. No recuerdo nada más. Lo siento.

Poirot se volvió hacia Thora Grey.

—¿Y usted, señorita Grey? —preguntó.

Con voz pausada, la joven contestó:

—Por la mañana redacté el correo de sir Carmichael, después vi al mayordomo. Por la tarde escribí unas cartas y trabajé un poco en un jersey. Es difícil recordar lo que hice, pues fue un día como los demás Me acosté temprano.

Con profundo asombro por mi parte, Poirot no hizo ninguna

pregunta más a la secretaria. Volviéndose hacia la señorita Barnard, le dijo:

—¿Puede usted recordar algún detalle de la última vez que vio a su hermana?

—Debí de verla quince días antes de su muerte. Fui a pasar el fin de semana a casa de mis padres. El tiempo era muy bueno y fuimos a la piscina de Hastings.

—¿De qué habló usted durante aquellos días?

—De cosas sin importancia.

—¿Y su hermana?

La joven pareció sumergirse en sus recuerdos.

—Me contó que tenía mucho trabajo arreglándose dos trajes de verano que se había comprado. Me habló un poco de Don… Me contó que Milly Higley, su compañera de trabajo, le era muy antipática. Luego nos reímos de la propietaria del café… Y no recuerdo nada más.

—¿No habló de algún hombre…; perdone, señor Fraser; con quien tuviera que verse?

—A mí no me habría contado nada de eso —contestó secamente Megan.

Poirot se dirigió al novio de Betty Barnard.

—Señor Fraser… deseo que procure recordar. Usted ha dicho que la noche fatal fue al café. Su primera intención fue esperar allí y seguir a su novia. ¿Puede recordar a alguien a quien viera salir estando allí?

—Vi mucha gente. No puedo recordar a nadie en particular.

—Perdone, pero, ¿lo intenta de veras? Por muy preocupado que uno esté, siempre se fija en alguien…

—No recuerdo a nadie —insistió el joven.

Poirot lanzó un suspiro y se volvió entonces hacia Mary Drower.

—¿Recibía usted cartas de su tía?

—Sí, señor.

—¿Cuándo recibió la última?

Mary reflexionó unos instantes.

—Dos días antes de que la asesinaran.

—¿Y qué le decía?

—Me contaba que su marido la había estado molestando y le

envió a freír espárragos, perdone esta expresión señor. Me decía también que esperaba verme el miércoles… era el día que yo tenía libre…, para ir al cine juntas. Era mi cumpleaños.

Algo, acaso el recuerdo de la festividad, llenó de lágrimas los ojos de Mary.

—Usted perdone, señor —se excusó—. Ya sé que las lágrimas no están bien, pero me ha sido imposible contenerlas.

—Comprendo lo que le pasa a usted —intervino Franklin Clarke —. Son los pequeños detalles los que más nos recuerdan a los seres queridos.

—Es verdad —murmuró Megan—. Lo mismo me pasó a mí cuando la muerte de Betty. Mamá le había comprado unas medias nuevas el mismo día en que la encontraron muerta. Cuando llegué a la casa la hallé llorando sobre las medias. No hacía más que decir: «Las compré para Betty. Las compré para Betty… y ella ni siquiera las ha visto.»

Su voz se quebró en sollozos. Se inclinó hacia delante y su mirada se encontró con la de Franklin Clarke. Súbitamente se estableció entre ambos una gran simpatía, una fraternidad en el dolor.

Donald Fraser se agitó inquieto en su silla.

Fue Thora Grey quien varió el rumbo de la conversación.

—¿No vamos a formar algún plan para el futuro? —preguntó.

—Desde luego —contestó Franklin Clarke, recobrando su carácter habitual—. Mi parecer es que tan pronto como se reciba la cuarta carta unamos nuestras fuerzas. Hasta ese momento creo que debemos obrar independientemente. Creo que el señor Poirot puede aconsejarnos muy bien lo que debemos hacer.

—Puedo hacer algunas indicaciones —dijo Hércules Poirot.

—Perfectamente. Las anotaré para no olvidarlas —y el señor Franklin sacó del bolsillo una libreta—. Adelante, señor Poirot.

—Quizá la camarera Milly Higley esté enterada de algo interesante.

—Milly Higley… —escribió Clarke.

—Sugiero dos métodos de aproximación. Usted, señorita Barnard, puede intentar la aproximación ofensiva.

—Supongo que usted cree que eso está de acuerdo con mi

carácter —dijo secamente Megan.

—Haga por pelearse con ella. Dígale que está enterada de que jamás apreció a su hermana, y que Betty contó todo lo de ella… Si no me engaño, esto provocará un alud de recriminaciones… ¡Le dirá todo cuanto pensaba acerca de su hermana! Algo útil puede salir de ello.

—¿Y el otro método?

—¿Me permite sugerirle, señor Fraser, que debería demostrar algún interés por la muchacha?

—¿Es necesario?

—No, no lo es. Se trata sólo de una posible línea de exploración.

—¿Quiere que pruebe yo fortuna? —preguntó Franklin—. Tengo bastante experiencia, señor Poirot. Déjeme ver lo que saco de esa joven.

—Usted tiene ya su parte en el drama —dijo bruscamente Thora Grey.

Clarke inclinó la cabeza.

—Es verdad —murmuró.

Poirot le dirigió una aguda mirada.

—¿Cómo está lady Clarke? —preguntó.

Estaba observando el débil color en las mejillas de Thora Grey. Y casi perdí la respuesta de Clarke.

Bastante mal. Y. a propósito, señor Poirot: ¿podría hacerle una visita en Dorou? Antes de marcharme me dijo que deseaba verle. Si usted quisiera ir. Yo le abonarla los gastos.

—Perfectamente, señor Clarke. ¿Le parece bien, pasado mañana?

—Bien. Avisaré a la enfermera para que tenga preparada a la paciente.

—En cuanto a usted, jovencita —siguió Poirot volviéndose hacia Mary—, creo que podrá ayudarnos bastante en Andover. Se encargará de los chiquillos.

—¿Los chiquillos?

—Sí. Los niños no se muestran propicios a hablar con los desconocidos. En cambio, usted es conocida en la calle donde vivía su tía. Por allí jugaban numerosos chiquillos. Tal vez se fijaron en quien entraba y salía del estanco.

—¿Y qué hay de la señorita Grey y yo? —preguntó Clarke.

—¿Cuál era el matasellos de la tercera carta, señor Poirot? —preguntó Thora Grey.

—Putney, *mademoiselle*.

—S. W. 5, Putney, ¿verdad? —inquirió pensativa la joven.

—Por rara casualidad, los periódicos la reprodujeron correctamente.

—Esto parece indicar que A. B. C. vive en Londres.

—¿Qué le parece, señor Poirot —preguntó Franklin—, si insertáramos un anuncio por este estilo: «A. B. C, Urgente. H. P. sobre tus pasos. Cien libras por mi silencio. X. Y. Z.»? Desde luego, podría hacerse mejor, pero usted ya comprenderá lo que quiero decir. Tal vez con ello lográsemos que se descubriera.

—Es posible.

—Quizá se decidiera a pegarme un tiro.

—Pues a mí me parece una locura bastante peligrosa.

—Usted qué cree, ¿señor Poirot?

—No puede resultar ningún daño de hacer la prueba. Estoy seguro de que A. B. C. será lo bastante listo para no contestar —Poirot sonrió levemente—. No lo tome como ofensa, señor Clarke, pero en el fondo, sigue siendo usted un chiquillo.

Un poco avergonzado, Franklin inclinó la cabeza.

—Bien —dijo al fin, consultando la libreta de notas—. Estamos ya empezando la investigación: A.— Señorita Barnard y Milly Higley. B.— Señor Fraser y señorita Higley. C.— Niños de Andover D.— Anuncio.

»No espero mucho de todo ello, pero nos servirá como ayuda.

Se puso en pie y unos minutos más tarde, la reunión había terminado.

CAPÍTULO XIX

UNA CANCIÓN

Poirot regresó a su asiento, tarareando una canción.

—Es una lástima que sea tan inteligente —murmuró.

—¿Quién?

—*Mademoiselle* Megan Barnard. En seguida se dio cuenta de que cuanto yo decía no tenía la menor importancia. Todos los demás se dejaron engañar.

—Pues a mí me pareció una cosa muy plausible.

—Plausible, sí. Eso fue lo que ella notó.

—Entonces no creías lo que estabas diciendo, ¿eh?

—Lo que decía se podía haber condensado, en una sentencia muy corta. En lugar de eso, estuve repitiendo *ad libitum*, sin que, aparte de la señorita Megan, se diera nadie cuenta de ello.

—Pero, ¿por qué?

—*Eh bien*… ¡para que las cosas siguieran su curso! ¡Para imbuir a todos de la impresión de que era necesario trabajar! ¡Para empezar, llamémosle así, las conversaciones!

—¿Y no crees que alguno de los caminos que has trazado pueda llevarte a algún sitio?

—Siempre existe esa posibilidad —rió secamente—. En medio de la tragedia empezamos la comedia.

—¿Qué quieres decir?

—El drama humano, Hastings. Reflexiona un momento. Tenemos tres muestras de seres humanos unidos por una tragedia común. En seguida y *tout à part*, empieza un segundo drama. ¿Recuerdas mi primer caso en Inglaterra? ¡Hace muchos años de él!

Pero el solo hecho de arrestar a uno de ellos, uní a dos seres que se amaban en silencio. ¡Sin el arresto jamás se hubieran confesado su amor! En medio de la muerte encontraron la vida, Hastings. El asesinato, lo he notado infinidad de veces, es un gran casamentero, no lo dudes.

—¡Estoy seguro de que ninguna de esas personas pensaba otra cosa que…! —protesté.

—¡Querido amigo! ¿Qué me dices de ti?

—¿De mí?

—*Mais oui*, cuando se marcharon, ¿no volviste tarareando una canción?

—Se puede hacer eso sin tener el corazón insensible.

—En efecto; pero esa canción me reveló tus pensamientos.

—¿De veras?

—Sí. Cantar es algo peligroso. Revela lo que piensa nuestro subconsciente. La canción que entonabas data, si no me engaño, de los días de la guerra, *comme ça* —y Poirot cantó con una abominable voz de falsete:

Unas veces adoro a las morenas
otras amo a una rubia,
llegada del mismo cielo.
por los campos de Suecia.

»¿Qué podía ser más revelador? *Mas je crois que la blonde l'emporte sur la brunette!*

—¡Poirot! —exclamé, enrojeciendo ligeramente.

—*C'est tout naturel*. ¿Observaste cómo Franklin Clarke se sentía en seguida arrastrado por una simpatía loca hacia *mademoiselle* Megan? ¿Cómo se inclinaba hacia ella, devorándole con la mirada? ¿Y no notaste lo mucho que tales demostraciones molestaban a *mademoiselle* Thora Grey? Y el señor Donald Fraser…

—Poirot —le dije—, eres un incorregible sentimental.

—¡Eso es lo último que soy! El sentimental eres tú, Hastings.

Estaba a punto de discutir calurosamente esa afirmación, cuando de pronto se abrió la puerta. Con indecible asombro, vi entrar a la señorita Thora Grey.

—Perdone que vuelva —dijo muy serena—, pero deseo contarle algo, señor Poirot.

—Perfectamente, *mademoiselle*. Tenga la bondad de sentarse.

Thora Grey se sentó, y vacilando, como si escogiera las palabras, dijo:

—Se trata de lo siguiente, señor Poirot El señor Clarke tuvo la generosidad de darle a entender que yo había abandonado voluntariamente Combeside. Es muy bondadoso y leal. Fue lady Clarke quien deseó que me marchase. Puedo presentar varias excusas a esa decisión de la señora. Está muy enferma y a menudo su cerebro se enturbia a causa de las medicinas que le administran. Esto la hace sumamente suspicaz. Me tomó una gran antipatía, y a pesar del mucho trabajo que aún exige la colección, insistió en que abandonara la casa.

No pude por menos de admirar el valor de la joven, No intentó vanagloriarse, como hubiera hecho cualquier otro, y fue recta a la verdad, con una maravillosa franqueza. Me sentí lleno de admiración sincera y profunda simpatía hacia ella.

—¡Es muy meritorio que haya usted venido a contarnos eso! —dije.

—La verdad debe decirse siempre —replicó con una sonrisita—. No quiero escudarme detrás de la caballerosidad del señor Clarke.

Era indudable que la secretaria admiraba extraordinariamente a Franklin Clarke, y una señal de ello era la luz que brillaba en sus ojos al hablar del joven.

—Ha sido usted muy honrada, *mademoiselle* —le dijo Poirot.

—Para mí ha sido una bofetada muy dolorosa —murmuró tristemente Thora—. Nunca creí que mi presencia disgustara tanto a lady Clarke. En realidad, suponía que me apreciaba. En fin, una vive y sueña.

Se puso en pie.

—Esto es todo cuanto tenía que decirle. Adiós.

La acompañé hasta la puerta y en cuanto estuve de regreso junto a mi amigo, dije:

—Realmente es una muchacha valiente.

—O calculadora.

—¿Qué quieres decir?

—Que tiene la cualidad de prever los acontecimientos.

Miré dubitativamente a Poirot y dije:

—Es una mujer muy atractiva.

—Y viste muy bien. Su traje de *crêpe morocain* y el *renard*… *dernier cri!*

—Eres un verdadero modista, Poirot. Yo nunca me fijo en lo que llevan las personas.

—Pues deberías ingresar en una colonia de nudistas. Antes de que pudiera replicar adecuadamente, siguió:

—Has de saber, Hastings, que no puedo apartar de mi cerebro la idea de que en la conversación de esta tarde se ha dicho algo muy significativo. Es extraño… Sé que se trata de una impresión que no he podido captar… Esto me recuerda algo que he oído, visto o notado…

—¿En Churston?

—No, ha sido antes… No importa, ya lo recordaré.

Me miró fijamente, tal vez no le había prestado toda la atención que él deseaba, se echó a reír, y empezó a cantar.

—Es un ángel, ¿verdad? Llegado del mismo cielo, por los campos de Suecia…

—¡Poirot! —exclamé—. Vete al diablo.

CAPÍTULO XX

LADY CLARKE

Nuestra segunda visita a Combeside nos mostró el lugar sumido en honda melancolía. Tal vez se debía esto al tiempo: era un húmedo día de setiembre en que el otoño se adivina ya muy próximo. También se debió a la oscuridad que reinaba en la planta baja de la casa, cuyas puertas y ventanas estaban herméticamente cerradas. La mal aireada habitación donde nos hicieron esperar parecía oler a humedad y polvo.

Una enfermera de aspecto firme y decidido entró al poco rato en la habitación, arreglándose los rizos que se escapaban por debajo de su cofia.

—¿El señor Poirot? —preguntó secamente—. Soy la señorita Capstick. He recibido una carta del señor Clarke anunciándome su visita.

Poirot se apresuró a informarse de la salud de lady Clarke.

—No es del todo mal, teniendo en cuenta las circunstancias.

Sin duda esas circunstancias se referían a la sentencia de muerte de la enferma.

—Desde luego —continuó la enfermera—, no se puede esperar una mejoría importante, pero el nuevo tratamiento la ha aliviado bastante. El doctor Logan se muestra bastante satisfecho.

Pero lady Clarke no puede curarse, ¿verdad?

—Eso es algo que no se puede asegurar —replicó la señorita Capstick, algo extrañada por el interrogatorio de Poirot.

—La muerte de su marido debió de ser un golpe terrible para ella, ¿verdad? —siguió mi amigo.

—Pues…, señor Poirot, en realidad no fue así, mejor dicho, no fue para lady Clarke un golpe tan terrible como hubiera sido para una persona en perfecto estado de salud y de sus facultades mentales. La enfermedad que sufre quita importancia a todos los hechos.

—Perdone mi interrogatorio: ¿podría decirme si lady Clarke amaba profundamente a su marido y era correspondida?

—¡Ya lo creo! Eran una pareja muy feliz. El pobre señor Clarke estaba muy preocupado e inquieto por ella. Una situación así es siempre peor para un médico, pues no puede hacerse falsas ilusiones. Al principio el doctor debió de sufrir mucho.

—¿Al principio? ¿Luego no?

—Uno se acostumbra a todo, ¿verdad? Además, sir Carmichael tenía una colección. Una ocupación es un gran consuelo para un hombre. A menudo iba de compras y después él y la señorita Grey tenían trabajo para días arreglando el museo.

—¡Ah!, la señorita Grey. Se ha marchado hace poco, ¿verdad?

—Sí, yo lo sentí mucho, pero las enfermas cometen muchas rarezas. Es inútil discutir y vale más darle la razón. La señorita Grey lo sintió mucho.

—¿Sintió siempre lady Clarke antipatía hacia la secretaria de su marido?

—No, antipatía no sintió nunca. Al principio puede decirse que no simpatizó con ella. Pero no debo entrometerme más comadreando. Lady Clarke se pregunta qué ha sido de nosotros.

La señorita Capstick nos guió hasta una habitación del primer piso. Lo que antes había sido dormitorio se hallába ahora convertido en una agradable salita.

Lady Clarke estaba sentada en un cómodo sillón junto a la ventana. Estaba enfermizamente delgada y su rostro tenía la demacrada palidez de una persona que sufre mucho. Su mirada era ligeramente soñadora y noté que sus pupilas no eran mayores que una punta de alfiler, desde luego valga la exageración.

—El señor Poirot —anunció respetuosamente la enfermera.

—¡Ah!, sí, el señor Poirot —murmuró vagamente lady Clarke al mismo tiempo que extendía la mano.

—Lady Clarke, le presento a mi amigo el capitán Hastings.

—¿Cómo están ustedes? Han sido muy buenos viniéndome a ver.

Obedeciendo a un débil ademán de la enferma, nos sentamos junto a ella. Durante unos minutos reinó el más profundo silencio. Lady Clarke parecía haberse sumido en un hondo sueño. Al fin hizo un esfuerzo y empezó.

—Se trata de Car, ¿verdad? —preguntó—. De la muerte de Car. Sí, sí, ya recuerdo. —Lanzó un suspiro, continuando tan alejada del mundo como antes—. Nunca creímos que las cosas tomaran este rumbo —murmuró—. ¡Estaba tan segura de ser yo la primera…! —De las siguientes palabras sólo percibimos el movimiento de sus labios—. Car era muy fuerte —prosiguió—. Maravillosamente fuerte para su edad. Nunca estaba enfermo. Estaba cerca de los sesenta años, pero no representaba más de cincuenta… ¡Sí, muy fuerte…!

De nuevo se sumió en sus sueños. Poirot, que estaba habituado a los efectos de ciertas drogas sobre el organismo, no pronunció una palabra.

—Sí, han sido muy buenos viniendo. Me olvidaría de decírselo a usted, señor Poirot. Espero que Franklin no cometa ninguna locura. A pesar de los tumbos que ha dado por el mundo sigue siendo un niño… Todos los hombres son iguales… Siempre son chiquillos… Y Franklin sobre todo.

—Es muy impulsivo —dijo Poirot.

—Sí, sí… Y todo un caballero. Todos los hombres lo son. Hasta Car lo era… —La voz de la enferma se apagó en un susurro.

Movió la cabeza con febril impaciencia y prosiguió:

—Todo es tan vago. El cuerpo es un estorbo, señor Poirot. Sobre todo cuando nos domina. No se puede pensar más que en el dolor. Lo otro carece de importancia.

—Lo comprendo, lady Clarke. Es una de las tragedias de esta vida.

—¡Y cómo me atonta! En estos momentos no puedo, por más que hago, recordar por qué le he mandado llamar.

—¿Era algo acerca de la muerte de su marido?

—¿La muerte de Car? Sí, tal vez… Pobre loco… El asesino, quiero decir. Es a causa del estrépito y la velocidad de nuestros días. Mucha gente no puede soportarlo. A mí los locos siempre me han dado lástima. Sus pobres cerebros deben de imaginar unas

cosas tan raras. Después, al ser encerrados, deben de sufrir horriblemente. Pero ¿qué otra cosa podemos hacer si se convierten en asesinos? —La dama movió dolorida la cabeza—. No le han cogido aún, ¿verdad? —preguntó.

—No, no; todavía no.

—Aquel día debió de rondar alrededor de esta casa.

—Había muchos forasteros, Lady Clarke. Es la temporada de baños.

—Es verdad, lo olvidaba… Pero los bañistas acostumbran frecuentar las playas, no las alturas, y menos los alrededores de esta casa.

—Ningún forastero fue visto cerca de este lugar.

—¿Quién lo ha dicho? —preguntó con súbito vigor la enferma.

Poirot pareció ligeramente desconcertado.

—Los criados —contestó—. La señorita Grey.

—Esa muchacha miente —aseguró la enferma.

Estuve a punto de salir de mi asiento, pero me contuvo una rápida mirada de Poirot.

Lady Clarke seguía hablando febrilmente.

—No me gusta esa mujer. Nunca me ha gustado. Car la tenía por el ser más perfecto del mundo. Siempre estaba diciendo que era una pobre huérfana sola en la tierra. ¿Qué inconveniente significa ser huérfano? A veces es una bendición disfrazada. El tener un padre que no sirve para nada y una madre que cada día se emborracha, es algo que uno puede lamentar. Decía que era muy valiente y trabajadora. No niego que hiciese bien su trabajo, pero no sé de dónde sacaba mi pobre marido su valor.

—No se excite, señora —intervino la enfermera—. Es preciso que no se canse.

—¡Pronto la alejé de mi presencia! Franklin tuvo la impertinencia de insinuar que esa Grey sería un alivio para mí. ¡Un alivio! «¡Cuanto antes la pierda de vista, mejor!», fue lo que le contesté. Franklin es un tonto. No quería verle enredado con ella. ¡Es un chiquillo insensato! «Le pagaré el sueldo de tres meses, si quieres», le dije. «Pero es necesario que se marche. No quiero tenerla ni un día más en casa.» La ventaja de estar enferma consiste en que nadie le discute a una sus decisiones. Franklin hizo lo que yo

le pedía y la Grey se marchó. Supongo que lo hizo como una mártir, llena de dulzura y valor.

—Por favor, señora, no se altere. Es muy malo para su salud.

Lady Clarke apartó bruscamente a la señora Capstick.

—Usted estaba tan loca por ella como lo estábamos los demás.

—¡Por Dios, señora, no hable usted así! La señorita Grey me parecía una joven muy simpática. Su aspecto era muy romántico. Parecía sacada de una novela.

—¡No sé cómo tengo paciencia para soportar a todos ustedes! —murmuró la enferma.

—Ahora ya se ha marchado, señora. Se ha marchado del todo.

—¿Por qué dijo usted que la señorita Grey mentía? —preguntó Poirot.

—Porque es una mentirosa. Le dijo que ningún desconocido se había acercado a esta casa, ¿verdad?

—Sí, señora.

—Pues bien, fíjese en lo que le digo. Yo misma, con mis propios ojos, la vi desde esta ventana hablar con un perfecto desconocido junto a la puerta de entrada.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—En la mañana del día en que Car murió. Serían más o menos las once.

—¿Qué aspecto tenía ese hombre?

—Pues un aspecto corriente. Nada de particular.

—¿Era un señor… o un vendedor?

—No era un vendedor. Era un hombre bastante desaliñado. En realidad, no recuerdo bien su aspecto.

De pronto una dolorosa crispación contrajo su rostro.

—Por favor, les ruego que se retiren… Estoy un poco cansada… ¡Enfermera!

Obedecimos la indicación de la enfermera y salimos del cuarto.

—Es un relato verdaderamente extraordinario —dije a Poirot, mientras regresábamos a Londres—. Me refiero a lo de la señorita Grey y al desconocido.

—¿Lo ves, Hastings? Es lo que te digo siempre: siempre se encuentra algo.

—¿Por qué nos engañó la señorita Grey, diciéndonos que no

había visto a nadie?

—Se me ocurren varias y diversas razones; una de ellas…

—¿Es una reprensión? —pregunté.

—Más bien es una invitación para que uses tu ingenuidad. Pero no es necesario que nos cansemos. La mejor manera de obtener una respuesta es interrogar a la señorita Grey.

—Supón que nos conteste con otra mentira.

—Pues no dejaría de ser interesante… y muy significativo.

—Es monstruoso suponer que una muchacha así pueda estar coaligada con un loco.

—En efecto… Yo no lo creo, Recapacité durante unos segundos.

—La vida es dura contra las mujeres hermosas —dije, al fin, lanzando un suspiro.

Du tout. Aparta esa idea de la cabeza.

—Es verdad —insistí—. Todos están contra la mujer hermosa, sólo porque es bella.

—Estás diciendo *bétises*, amigo mío. ¿Quién estaba contra ella en Combeside? ¿Sir Carmichael? ¿Franklin? ¿La enfermera? *Mon ami*, estás lleno de caritativos sentimientos hacia las jóvenes hermosas. Por mi parte me siento caritativo hacia las damas enfermeras. Puede ser perfectamente que lady Clarke sea la única que ve claro, y que su marido, el señor Franklin Clarke, y la señorita Capstick estuvieran ciegos, lo mismo que el capitán Hastings.

»Ten en cuenta, Hastings, que si los acontecimientos hubieran seguido su curso normal, esas tres damas no se hubieran unido nunca. Habrían continuado su marcha sin que el uno influyera en el otro. ¡Realmente la vida es fascinadora!

—¡Estamos en Paignton! —fue, mi contestación.

Cuando llegamos a las Whitehaven Mansion's nos dijeron que un caballero deseaba ver a Poirot.

Esperaba que fuese Franklin, o acaso Japp, pero con profundo asombro por mi parte, resultó no ser otro que Donald Fraser.

Parecía muy embarazado y su tartamudez era más notable que nunca.

Poirot no le presionó para que expusiera el motivo de su visita y encargó unos emparedados y una botella de vino.

Hasta el momento en que hicieron su aparición, mi amigo

monopolizó la conversación, explicando nuestra visita a la viuda del doctor Clarke. Hasta que hubimos terminado los emparedados y el vino, no cambió la clase de temas de la conversación.

—¿Viene usted de Bexhill, señor Fraser?

—Sí.

—¿Ha obtenido algo de Milly Higley?

—¿Milly Higley? ¿Milly Higley? —Fraser repitió varias veces el nombre, como si no recordase a quién pertenecía—. ¡Ah!, se refiere a aquella muchacha. No, no he hecho nada aún. Es…

Se interrumpió un instante, juntando nerviosamente las manos.

—No sé por qué he venido a verle —dijo al fin.

—Yo lo sé —murmuró Poirot.

—No es posible. ¿Cómo puede saberlo?

—Ha venido a verme porque hay algo que necesita usted contar a alguien. Ha hecho muy bien. Yo soy la persona indicada.

La expresión de absoluta seguridad de Poirot surtió su efecto. Fraser le miró con expresión de agradecimiento.

—¿Lo cree usted así?

—*Parbleu!*, estoy seguro.

—Señor Poirot, ¿entiende usted algo de sueños? Realmente éstas eran las últimas palabras que esperaba oírle pronunciar.

Sin embargo, Poirot no pareció sorprenderse en lo más mínimo.

—Sí —contestó—. ¿Ha estado soñando?

—Sí. Ya sé que me dirá que soñar es la cosa más natural del mundo, pero no se trata de un sueño vulgar.

—¿No?

—Lo he tenido tres noches seguidas… Creo que voy a volverme loco.

—Cuénteme…

El joven estaba lívido. Tenía los ojos casi fuera de las órbitas. Parecía a punto de enloquecer.

—Siempre es el mismo. Estoy en la playa, buscando a Betty. Se ha perdido… sólo perdido, ¿entiende? Tengo que encontrarla. Debo darle su cinturón, que llevo en la mano. Y de pronto…

—Siga —le animó Poirot.

—De pronto el sueño cambia… Ya no busco más. Ella se encuentra delante de mí, sentada en la arena. No me ve llegar…

¡Oh, no puedo continuar!

—Continúe —ordenó firmemente Poirot.

—Llegado hasta su espalda… Betty me oye… Rodeo su garganta con el cinturón y tiro… ¡Oh!… tiro…

Era escalofriante la angustia que se reflejaba en la voz del joven… No pude evitar una sensación de terror ante lo vívido del relato, y aferré las manos en los brazos del sillón.

—¡Tose… está muerta… la he estrangulado y, de pronto, su cabeza cae hacia atrás y veo su rostro!… ¡Y es Megan, no Betty!

Pálido y tembloroso, se dejó caer hacia atrás. Poirot llenó otro vaso de vino y se lo tendió.

—Beba… —ordenó mi amigo.

El joven obedeció y después preguntó, ya más sereno.

—¿Qué significa esto, señor Poirot? ¿Por qué lo sueño cada noche?

No sé lo que contestó Poirot, pues en aquel momento oí llamar al cartero y automáticamente abandoné la habitación.

Lo que me entregó el cartero desvaneció todo mi interés por las extraordinarias revelaciones de Donald Fraser.

A toda prisa regresé al salón.

—¡Poirot, ha llegado! —exclamé—. Ya está aquí la cuarta carta.

Se levantó de un salto, me arrancó de las manos la carta, y cogiendo su plegadora, la abrió en un momento y extendió sobre la mesa la hoja de papel que sacó del sobre.

Los tres, inclinados sobre ella, leímos:

> ¿Aún no ha conseguido nada? ¡Vergüenza! ¡Vergüenza! Pero ¿qué hacen usted y la policía? ¿No le parece una cosa la mar de divertida? ¿Dónde trabajaremos ahora?
> Pobre señor Poirot. Créame que lo siento por usted.
> Aún tenemos que recorrer un largo camino para llegar a ¿A Tipperary?[2]. No, queda demasiado lejos. En la letra T.
> El próximo incidente tendrá lugar el 11 de septiembre en Doncaster.
>
> Adiós,
>
> A. B. C.

CAPÍTULO XXI

DESCRIPCIÓN DE UN ASESINO

Creo que fue en aquel momento cuando lo que Poirot llamaba el elemento humano empezó a desvanecerse de nuevo en el cuadro. Todos habíamos sentido la imposibilidad de hacer nada hasta que llegase la cuarta misiva, revelando el escenario del crimen «D». La sorpresa trajo consigo el relajamiento de la tensión.

En aquel momento, con las palabras impresas en la carta bailando sobre la blanca hoja de papel, la caza recomenzaba.

El inspector Crome había acudido desde Scotland Yard, y mientras estaba en casa, llegaron Franklin Clarke y Megan Barnard.

La joven expresó que ella también había llegado de Bexhill.

Quería preguntar algo al señor Clarke. Parecía ansiosa por excusar y explicar su proceder. Aunque me di cuenta del hecho, no le concedí mucha importancia.

Naturalmente, la carta ocupaba por entero mi cerebro, con exclusión de todo lo demás.

Me parece que Crome no estaba tan complacido al ver allí a varios de los participantes en el drama. Se comportó de una manera muy fría y oficiosa.

—Me llevo la carta, señor Poirot. Si desea sacar copia de ella…

—No, no es necesario.

—¿Cuáles son sus proyectos, señor inspector? —inquirió Clarke.

—Muy sencillos.

—Esta vez tenemos que cogerle —dijo Franklin—. Debo decirle, inspector, que hemos formado una sociedad entre nosotros para aclarar el misterio. Una legión de partes interesadas.

—¿De veras? —inquirió con sus mejores modales el inspector Crome.

—Me parece que usted, inspector, no tiene formada una gran idea de los aficionados, ¿verdad?

—No tienen las mismas bases de apoyo que nosotros.

—El interés personal que sentimos nos compensará.

—¿De veras?

—Me parece que su tarea, inspector, no va a ser tampoco muy fácil. En realidad, creo que el viejo A. B. C. se burlará de nuevo de usted.

Había notado que Crome se dejaba arrastrar muchas veces a la discusión cuando la prudencia aconsejaba silencio.

—No creo que el público pueda criticar esta vez nuestras precauciones —dijo—. El loco nos ha avisado con suficiente anticipación. El día once corresponde al miércoles próximo. Esto nos da amplio margen para una campaña de Prensa. Doncaster será eficazmente revisado. Todos aquellos cuyo nombre empiece con «D» estarán en guardia. También llevaremos allí numerosas fuerzas de orden público. Esto se arreglará de acuerdo con los jefes de policía de Inglaterra. Todo Doncaster, policías y ciudadanos, estarán dispuestos para coger a un hombre… y por poco que nos sonría la suerte lo conseguiremos.

—Se nota que no es usted un deportista, inspector —dijo Clarke.

Crome le miró fijamente.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó.

—Pero, hombre de Dios, ¿no recuerda usted que el miércoles próximo se corre en Doncaster la carrera de Saint Leger?

La mandíbula inferior del policía sufrió un significativo descenso. Por una vez no pronunció su sempiterno: «¿De veras?» En su lugar murmuró:

—Es verdad. Sí; esto complica la situación de una manera extraordinaria.

—A. B. C. no es tonto, aunque a juzgar por sus acciones sea loco.

Durante unos minutos todos permanecimos callados, reflexionando sobre la situación. La muchedumbre de aficionados a las carreras de caballos…, las infinitas complicaciones.

—*C'est ingénieux. Tout de même c'est imaginé, ça* —murmuró

Poirot.

—Creo que el asesinato tendrá lugar en el hipódromo, tal vez mientras se corra el Leger —dijo Franklin.

El inspector Crome se levantó y cogió la carta.

—El Saint Leger es una desgraciada complicación —reconoció.

Salió. Oímos un murmullo de voces en el exterior y poco después entraba Thora Grey.

—El inspector me ha dicho que hay otra carta —dijo, ansiosa—. ¿Dónde es esta vez?

Llovía intensamente en la calle. Thora Grey llevaba un impermeable negro. Un sombrerito también negro se ladeaba graciosamente sobre su rubia melena.

Fue a Franklin Clarke a quien interrogó, dirigiéndose recta a él, y apoyando una mano en su brazo derecho aguardó impaciente la contestación.

—Doncaster y el día del Saint Leger.

Entablóse una animada discusión. La carrera de caballos complicaba extraordinariamente los proyectos que habíamos hecho. Un profundo pesimismo me había embargado. ¿Qué podía hacer aquel grupito de seis personas, aunque se fortaleciesen con el interés personal que tenían en el caso? Habría en Doncaster numerosos y sagaces policías, ¿qué podrían obtener seis pares más de ojos?

Como contestando a mis pensamientos, Poirot rompió el silencio. Habló como un maestro.

—*Mes enfants* —dijo—. No debemos dispersar la fuerza. Es necesario que abordemos este asunto con método y orden en nuestros cerebros. Hemos de encontrar la verdad. Cada uno de nosotros debe preguntarse: «¿Qué sé yo del asesino?» Y así tenemos que hacernos un retrato del hombre a quien vamos a buscar.

—No sabemos nada de él —murmuró desolada Thora Grey.

—No, no, *mademoiselle*. Eso no es verdad. Cada uno de nosotros sabe algo de él. ¡Si al menos supiésemos lo que sabemos! ¡Estoy seguro de que la verdad está aquí, a nuestro alcance!

Clarke movió dubitativamente la cabeza.

—¡No sabemos nada, ni si es viejo o joven, rubio o moreno! ¡Ninguno de nosotros le ha visto ni hablado! Una y otra vez hemos

repasado cuanto sabemos.

—¡Todo no! Por ejemplo, la señorita Grey nos ha asegurado que en el día en que sir Carmichael Clarke fue asesinado ella no vio ni habló a ningún desconocido.

—Es la verdad —aseguró Thora.

—¿Sí? *Mademoiselle*, lady Clarke nos dijo que desde su ventana la vio a usted en la puerta principal hablando con un hombre.

—¿Que me vio hablando con un desconocido? —la joven parecía realmente asombrada. Era indudable que la limpidez de su mirada no podía reflejar otra cosa que la verdad Movió la cabeza y añadió —: Lady Clarke debe de estar confundida, yo no… ¡oh!

La exclamación fue inesperada, como si le hubiera sido arrancada de súbito. Una ola de rubor se extendió por su rostro.

¡Ahora recuerdo! ¡Qué tonta! Lo había olvidado por completo. Pero era una cosa sin importancia. Se trataba de uno de esos hombres que van por las casas vendiendo medias. Antiguos marineros. Son muy insistentes. Me costó un gran trabajo verme libre de él. Cruzaba yo el vestíbulo cuando llegaba a la puerta. Le abrí antes de que llamase. De todas maneras se trataba de un ser inofensivo. Supongo que a eso se debe que me olvidara por completo. Poirot se balanceaba con las manos en la frente. Murmuraba algo con tanta vehemencia que nadie pronunció una palabra más y todos clavamos la vista en él.

—Medias —musitaba—. Medias…, medias…, medias, *ça vient*…, medias…, medias… Sí, es el *motif*… Hace tres meses… y el otro día… y ahora… *Bon Dieu*, ¡ya lo tengo!

Se irguió en su asiento y me miró imperiosamente.

—¿Te acuerdas, Hastings? Andover. La tienda. Subimos al piso. El cuarto. Sobre una silla. Un par de medias de seda nuevas, Ahora recuerdo lo que me llamó la atención hace dos días… —se volvió hacia Megan—. Usted habló de su madre, que lloraba porque el mismo día del asesinato había comprado unas medias nuevas para su hermana…

Nos abarcó con la mirada.

—¿Lo ven? Es el mismo motivo repetido por tres veces. No puede ser coincidencia. Cuando la señorita hablaba tenía la convicción de que cuanto decía ligaba con algo. Ahora ya sé con

qué. Lo que dijo la señora Fowler, vecina de la señora Ascher. Fue algo acerca de los hombres que tratan constantemente de vender algo… y mencionó las medias. Dígame, señora, ¿es verdad o no que su madre compró las medias no en una tienda, sino a un vendedor ambulante?

—Sí, sí. Ahora lo recuerdo que expresó su compasión hacia la pobre gente que va por las casas vendiendo cosas.

—¿Qué tiene que ver todo eso? —preguntó Franklin—. Que un hombre venda medias no prueba nada.

—Les digo, amigos míos, que no puede ser coincidencia. Tres veces y cada una de ellas un hombre que vende medias y reconoce el terreno.

Volvióse rápido hacia Thora.

—*A vous la parole!* Describa a ese hombre.

La joven le miró desconcertada.

—No puedo… No sé cómo… Creo que llevaba lentes… y un vieja gabardina.

—*Mieux que ça, mademoiselle*.

—Iba encorvado… No sé. Apenas me fijé en él. No era un hombre que llamara la atención.

—Tiene usted razón, *mademoiselle*. El secreto de los asesinatos reside en su descripción del asesino, pues sin duda el hombre que usted vio era el asesino. «No era un hombre que llamara la atención.» ¡Sí, no cabe la menor duda!… ¡Ha descrito usted al asesino!

CAPÍTULO XXII

(APARTE DEL RELATO DEL CAPITÁN HASTINGS)

El señor Alexander Bonaparte Cust estaba sentado muy erguido. Su almuerzo permanecía intacto y frío ante él. Apoyado sobre la cafetera se veía un diario que era leído con ávido interés por el señor Cust.

De pronto se puso en pie, dio unos pasos por la habitación y se dejó caer en una silla junto a la ventana. Lanzando un ahogado gemido, escondió el rostro entre las manos.

No oyó el ruido que hizo la puerta al abrirse. Su patrona, la señora de Marbury, se detuvo en el umbral.

—Está pensando, señor Cust… Pero ¿qué le pasa? ¿No se encuentra bien?

El señor Cust levantó la cabeza.

—Nada, no es nada, señora Marbury. No me encuentro muy bien esta mañana.

La patrona examinó la bandeja del almuerzo.

—Ya lo veo. No ha probado el desayuno. ¿Le duele otra vez la cabeza?

—No. Bueno, sí… Me encuentro un poco descentrado.

—Lo siento, señor Cust. Supongo que hoy no saldrá, ¿verdad?

El señor Bonaparte se levantó bruscamente.

—No no. Tengo que salir. Asuntos de negocios. Importantes. Muy importantes.

Le temblaban las manos. Viéndole tan agitado la mujer trató de calmarlo.

—Bien, si es por necesidad… ¿Va usted muy lejos esta vez?

—No. Voy a… —Vaciló unos segundos—. A Cheltenham.

Había algo tan raro en la manera cómo pronunció el nombre, que la señora Marbury le miró realmente sorprendida.

—Cheltenham es un lugar muy bonito —dijo indiferente—. Una vez fui allí, desde Bristol. Las tiendas son muy hermosas.

—Sí, creo que sí.

La patrona se inclinó, recogiendo el periódico, que había caído al suelo.

—Los diarios no hablan de otra cosa que de esos asesinatos —dijo echando una mirada a los titulares—. Me dan escalofríos los relatos de crímenes. Nunca los leo. Me hace el efecto que hemos vuelto a los tiempos de Jack el «Destripador».

—Doncaster es el lugar donde cometerá su próximo asesinato —prosiguió la patrona—. ¡Y mañana! Realmente causa miedo, ¿verdad? Si yo viviera en Doncaster y mi apellido empezase por «D» tomaría el primer tren y escaparía del sitio. No correría riesgos ¿Qué dice usted, señor Cust?

—Nada, nada.

—Hay además las carreras. No cabe la menor duda de que en el hipódromo se le presentará una oportunidad… Pero, señor Cust, tiene usted muy mal aspecto. ¿Quiere que le haga una taza de algo? Realmente no creo que debiera usted salir hoy de viaje.

El señor Bonaparte se levantó.

—Es necesario, señora Marbury. Estoy un poco angustiado por asuntos particulares. Es la única manera de salir adelante en los… negocios.

—Pero si está usted enfermo…

—No lo estoy. Sólo inquieto… He dormido mal. Me encuentro bien del todo.

Su acento era tan firme que la señora Marbury recogió el almuerzo y de mala gana salió de la habitación que ocupaba Cust.

El señor Cust sacó una maleta de debajo de la cama y empezó a llenarla. Pijamas, estuches de aseo, pañuelos para el cuello, cinturones. Después, abriendo un armario, sacó unas cuantas cajas de cartón alargadas, de unos treinta centímetros de largo por doce de ancho.

Echó una mirada a la guía de ferrocarriles y cogiendo la maleta

salió del cuarto.

Al llegar al vestíbulo dejó en el suelo la maleta y se puso el sombrero y una vieja gabardina. Al hacerlo suspiró hondamente, tan hondamente que la joven que salió de una habitación inmediata lo miró, preocupada.

—¿Le pasa algo, señor Cust?

—Nada, señorita Lily.

—¡Suspiraba usted de una manera!

—¿Cree usted en los presentimientos, señorita Lily? —preguntó bruscamente el señor Cust—. ¿En las premoniciones?

—No sé. Realmente hay días en que una presiente que todo le va a salir mal, y otros en que cree que todo irá perfectamente.

—Eso mismo —asintió, suspirando, el señor Cust—. Bueno, adiós, señorita Lily. Ha sido siempre muy buena conmigo.

—No se despida como si nunca más nos tuviéramos que volver a ver —rió Lily.

—No, no, de ninguna manera.

—Hasta el jueves —rió la joven—. ¿Dónde va esta vez? ¿Junto al mar?

—No… no… a Cheltenham.

—Es un lugar bonito. Pero no tanto como Torquay. El año que viene tengo ganas de ir allí. Y a propósito: estuvo usted muy cerca de donde ocurrió el crimen de A. B. C. Fue cometido mientras usted estaba de viaje, ¿verdad?

—Sí… Pero Churston está a unos nueve o diez kilómetros.

—¡De todas formas debió de ser muy emocionante! ¡Quizá se cruzó usted con el asesino! ¡Es posible que estuviera a pocos pasos de él!

—Sí, es posible —asintió el señor Cust con una sonrisa tan desmayada, que Lily Marbury se dio cuenta de ella.

—¡Oh, señor Cust! ¿No se encuentra bien?

—Estoy perfectamente, perfectamente. Adiós, señorita Marbury.

Saludó con el sombrero y cogiendo la maleta se dirigió a toda prisa a la puerta.

—¡Pobre hombre! —musitó, indulgente, Lily Marbury—. Me parece que está un poco loco.

* * *

El inspector Crome dijo a su subordinado:

—Hágame una lista de todos los fabricantes de medias y mándeles una circular. Deseo una lista de todos los agentes, me refiero a los que venden a comisión, o recorren las tiendas para ofrecer una mercancía.

—¿Es el caso A. B. C.?

—Sí, Se trata de una idea del señor Poirot —el tono del inspector era desdeñoso—. Probablemente no conseguiremos nada, pero no se puede despreciar ninguna probabilidad, por pequeña que sea.

—Tiene usted razón, señor: Hércules Poirot ha obtenido algunos éxitos, pero ahora me parece que ya ha perdido sus facultades.

—Es un charlatán y un fanfarrón. Convence a mucha gente, pero a mí no. En cuanto lo de Doncaster…

* * *

Tom Hartigan dijo a Lily Marbury:

—Esta mañana he visto a vuestro huésped.

—¿A quién? ¿Al señor Cust?

—Sí, en Euston. Como de costumbre, parecía perdido. Me parece que éste no está en sus cabales. Necesita alguien que cuide de él. Primero dejó caer el periódico: luego el billete. Se lo recogí. No tenía la menor idea de haberlo perdido. Me dio las gracias muy agitado, pero no creo que me reconociese.

—Te ha visto muy poco, y sólo en el vestíbulo.

De nuevo bailaron.

—Bailas muy bien —dijo Tom.

—No seas tonto —sonrió Lily, acercándose más a su pareja.

Siguieron bailando.

—¿Has dicho Euston o Paignton? —preguntó de súbito Lily.

—Euston.

—¿Estás seguro?

—Desde luego. ¿Por qué?

—Es extraño. Creta que para ir a Cheltenham había que tomar el tren en Paignton.

—Y así es. Cust no iba a Cheltenham. Iba a Doncaster.

—Cheltenham.

—Doncaster. ¡Lo sabré yo! Recuerdo que recogí su billete.

—Bien, pues él me dijo que iba a Cheltenham. Estoy segura de ello.

—Te has debido equivocar. Iba a Doncaster. Hay gente que tiene suerte. He apostado un poco por *Firifly* en Leger, y me hubiera gustado verle correr.

—No creo que el señor Cust vaya a las carreras. No tiene aspecto de aficionado. ¡Oh. Tom, ojalá no le asesinen! El crimen de A B. C. se cometerá en Doncaster.

—A Cust no le ocurrirá nada. Su nombre no empieza por «D».

—La última vez pudieron asesinarle. Estaba en Churston cuando el otro asesinato.

—¿De veras? Es bastante coincidencia, ¿verdad? Supongo que la vez anterior no estaría en Bexhill.

Lily arqueó las cejas.

—Estaba fuera… Sí, recuerdo que estaba fuera porque olvidó su traje de baño. Mamá se lo tenía que zurcir. Al día siguiente dijo: «¡Oh, el señor Cust se ha olvidado el traje de baño!», y yo repliqué: «No te inquietes por eso. En Bexhill se ha cometido un crimen horrible. Han estrangulado a una joven.»

—Pues si necesitaba su traje de baño es que iba junto al mar. Te digo, Lily —añadió con burlona seriedad—, ¿no será tu viejo huésped el propio asesino?

—¿El pobre señor Cust? Es incapaz de matar una mosca. Siguieron bailando alegremente, sin otra cosa en sus conciencias que el placer de estar juntos.

En sus subconscientes algo se agitaba…

CAPITULO XXIII

DONCASTER, 11 DE SEPTIEMBRE

¡Doncaster!

Estoy seguro de que recordaré toda mi vida aquel 11 de septiembre. Por otra parte, siempre que veo u oigo algo relativo a Saint Leger, mí pensamiento vuela automáticamente, no a una carrera de caballo, sino a un asesinato.

Cuando recuerdo mis sensaciones, lo que predomina es una impresión de horrible impotencia. Estábamos allí: Poirot, yo, Clarke, Fraser, Megan Barnard, Thora Grey y Mary Drower. ¿Y qué pudo hacer ninguno de nosotros?

Edificábamos la vana esperanza de reconocer entre los anillares de asistentes a la carrera a un rostro que sólo uno de nosotros había visto.

Gran parte de la serenidad de Thora Grey había desaparecido a causa de la tensión de su espíritu. Sentada, estrujándose las manos, repetía casi llorando:

—Apenas me fijé en él… ¿Por qué no lo hice? ¡Oh, qué loca fui! Todos confían en mí y yo no puedo hacer nada por ustedes. Y lo peor es que aunque me hubiera fijado en él, no podría reconocerle ahora, pues tengo una malísima memoria para las caras.

—No se ponga nerviosa, *petite* —la tranquilizó Poirot—. Estoy seguro de que si volviera a verle lo reconocería.

—¿Cómo lo sabe?

—Por muchas razones, Una de ellas porque el rojo sucede al negro.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—Hablo en dialecto de las masas. En la ruleta puede haber una larga racha de negro, pero al fin tiene que salir el rojo. Son las matemáticas leves de la suerte.

—¿Quieres decir que la suerte cambió?

—Eso mismo, Hastings. Y aquí es donde el jugador (y el criminal es al fin y al cabo una variante del jugador, ya que si no arriesga el dinero, en cambio expone su vida) peca de confiado. Porque ha tenido suerte piensa que seguirá teniéndola. No se sabe retirar a tiempo con los bolsillos llenos. ¡Así, en el crimen, el asesino que se ve acompañado del éxito no concibe que éste le abandone! Se adjudica todo el mérito de la feliz realización de sus fechorías, pero les aseguro, amigos míos, que por muy bien planeado que esté, ningún crimen puede salir bien sin suerte.

—¿No va usted muy lejos, señor Poirot? —inquirió Franklin.

Poirot movió excitado las manos.

—No, no. Puede que sea una casualidad si usted quiere, pero fíjese bien. Podría haber ocurrido que alguien entrara en el estanco de la señora Ascher en el momento en que salía el asesino. A esa persona, se le hubiese podido ocurrir mirar detrás del mostrador, descubriendo a la mujer asesinada… Y, o bien coger por sí mismo al asesino, o dar a la policía una descripción tan perfecta de él que habría sido detenido en pocas horas.

—Sí, desde luego, es muy posible —admitió Clarke—. Lo que resulta es que un asesino tiene que correr algún riesgo.

—Eso mismo. Un asesino es siempre un jugador. Y como los jugadores, un asesino no sabe, a menudo, cuándo debe detenerse. Con cada crimen se afirma su opinión sobre la excelencia de su habilidad. Pierde el sentido de la proporción. No se dice: «He sido listo y afortunado.» Y su vanidad se acrecienta. Y entonces, *mes amis*, la bola salta, va a caer en otro número y el *croupier* anuncia: «Rojo»

—¿Cree usted que eso ocurrirá en este caso? —preguntó Megan, frunciendo el ceño.

—¡Debe ocurrir tarde o temprano! Hasta ahora la suerte ha estado con el criminal, más pronto o más tarde tiene que cambiar y estar con nosotros. ¡Creo que ya ha cambiado! ¡La pista de las medidas es el principio! ¡Ahora, en vez de ir todo bien para él, irá

mal! Y también empezará a cometer errores…

—Es usted muy alentador —dijo Franklin Clarke—. Todos necesitamos un poco que nos animen. Desde que me he despertado no he podido librarme de una abrumadora sensación de impotencia.

—A mí me parece muy problemático que podamos hacer nada práctico —dijo Donald Fraser.

—No seas pesimista, Don —le recriminó Megan.

Ruborizándose levemente, Mary Drower exclamó:

—Lo que yo digo es que uno nunca sabe cómo se arreglan las cosas. Ese maldito criminal está aquí, lo mismo que nosotros… y muy a menudo uno se encuentra con personas a las que suponía en el otro extremo del mundo.

—¡Si por lo menos pudiéramos hacer algo más! —murmuré.

—Recuerda, Hastings, que la policía hace lo humanamente posible. Se han traído numerosos agentes. El buen inspector Crome puede ser un hombre de modales irritantes, pero es un oficial eficiente, y el coronel Anderson, jefe de la policía, es un hombre de acción. Han tomado todas las medidas de vigilancia en la ciudad y en el hipódromo. Por doquier hay agentes de paisano Existe también la campaña de Prensa. El público está plenamente advertido.

—Creo que el asesino no se atreverá —dijo Donald Fraser, moviendo desesperanzado la cabeza—. ¡Estaría loco!

—Por desgracia lo está —replicó secamente Clarke—. ¿Qué cree usted, señor Poirot? ¿Lo dejará correr, o lo llevará a cabo?

—¡Mi opinión es que la fuerza de su obsesión es tanta que debe tratar de cumplir su promesa! No hacerlo significaría fracaso, y esto no se lo permitiría su vanidad. Ésa es también la opinión del doctor Thompson. Nuestra esperanza es que sea cogido en el intento.

Donald movió de nuevo la cabeza.

—Será muy astuto.

Poirot echó una mirada a su reloj. Se había convenido que pasaríamos toda la mañana recorriendo las calles de la población y por la tarde ocuparíamos lugares estratégicos en el hipódromo.

Desde luego, mi caso era bastante particular, pues era completamente imposible que ni una sola vez pudiera clavar la mirada en A. B. C. Sin embargo, como era necesario separarnos para

cubrir una mayor extensión de terreno, sugerí que yo podía actuar como escolta de alguna de las damas.

Poirot, con brillo en los ojos, accedió a mi demanda.

Las jóvenes salieron a ponerse los sombreros. Donald Fraser, de pie junto a la ventana, miraba a la calle, sumido en sus meditaciones.

Franklin Clarke le miró un momento y decidiendo sin duda que estaba demasiado abstraído para contar como oyente, bajó un poco la voz y dirigiéndose a Poirot preguntó.

—Óigame —le dijo—. Usted vio a mi cuñada en Churston. ¿Dijo… o insinuó… sugirió…? —se interrumpió embarazado.

La réplica de Poirot fue acompañada de tal expresión de inocencia que despertó mis mayores sospechas.

—*Comment?* ¿Que si su cuñada insinuó, o dijo, o sugirió?

Franklin enrojeció vivamente.

—Tal vez creo que éste no es el momento de tratar de asuntos personales.

—*Du tout!*

—Pero me gustaría previamente poner las cosas en orden.

—Excelente deseo.

Creo que al fin Clarke empezó a sospechar de la buena disposición de ánimo de mi amigo. Así, añadió con voz tranquila.

—Mi cuñada es una excelente persona. Siempre la he apreciado enormemente…, pero ha estado enferma bastante tiempo, y a causa de su enfermedad y de las drogas que le dan… Bueno, quiero decir que sus medicinas han alterado un poco la buena marcha de su cerebro y se imagina cosas que no son acerca de otras personas.

—¡Ah!

No cabía el menor error en el parpadeo de Poirot. Pero Franklin Clarke, absorto en su diplomática tarea, no lo notó.

—Se trata de Thora… de… la señorita Grey —aclaró.

—¡Oh! ¿Se refiere usted a la señorita Grey? —el tono de Poirot estaba cargado de inocente sorpresa.

—Sí. Lady Clarke ha albergado cien ideas en su mente. Thora… es una muchacha muy bonita…

—Sí, realmente —concedió Poirot.

—Y las mujeres, hasta las mejores no sienten simpatía por las

que son hermosas. Desde luego, Thora era inapreciable para mi hermano (siempre decía que era la mejor secretaria que había tenido). Y la estimaba en mucho. Desde luego, ese aprecio era recto. Quiero decir que Thora no es de esas mujeres…

—¿No?

—Pero a mi cuñada se le metió en la cabeza ser… celosa. Nunca demostró nada, pero después de la muerte de Car, cuando se trató de la señorita Grey… pues, Charlotte se mostró intransigente. Desde luego, todo es debido a la enfermedad, y la enfermera asegura que no debe tenérsele en cuenta… —hizo una pausa.

—Bien —murmuró Poirot.

—Lo que yo deseo que comprenda, señor Poirot, es que no hay nada en ello. Se trata sólo de las fantasías de una enferma. Mire… —rebuscó en los bolsillos—. Aquí tengo una carta que recibí de mi hermano mientras estaba en Malasia. Me gustaría que la leyese, para que viera en qué términos se llevaba con la señorita Grey.

Poirot tomó la carta y Franklin, inclinándose sobre él, le enseñó con el dedo varios pasajes, que leyó en voz alta…

> … las cosas siguen aquí como de costumbre. Charlotte está menos aquejada por los dolores. Quisiera que hubiesen desaparecido por completo. ¿Te acuerdas de Thora Grey? Es una muchacha excelente y una ayuda mucho más grande de cuanto puedo decirte. Sin ella no sé que hubiera hecho en estos tiempos. Su simpatía e interés son infalibles. Tiene un exquisito gusto para las cosas hermosas y comparte mi pasión por el arte chino. Fue para mí una verdadera suerte encontrarla. Ni una hija sería una compañera más amable. Su vida ha sido difícil y no siempre feliz, pero me hace feliz comprobar que ahora tiene un hogar y un verdadero afecto.

—¿Lo ve? —dijo Franklin. Esto es lo que mi hermano sentía por ella. La tenía como a una hija. Lo que me apena es el hecho de que tan pronto como mi hermano ha muerto su esposa la ha echado de casa. ¡Las mujeres son realmente malas, señor Hércules Poirot!

—Recuerde que su cuñada está gravemente enferma.

—Ya lo sé. Lo recuerdo muy a menudo. No se la debe juzgar. De todas formas, creí que debía enseñarle a usted esta carta evitando

que forme usted un falso juicio de Thora. ¡Pobre muchacha!

Poirot devolvió la carta.

—Puedo asegurarle —dijo sonriendo— que jamás me permití falsas impresiones a causa de lo que se me dice. Las formo de propios juicios.

—Bien —dijo Clarke, guardando la misiva—. De todas formas, me alegro de haberle mostrado la carta. Ahí vienen las señoras. Es hora ya de salir.

Al abandonar la estancia, Poirot me llamó aparte.

—¿Estás decidido a acompañar la expedición, Hastings? —me preguntó.

—¡Ya lo creo! ¡No podría quedarme aquí inactivo!

—Lo mismo que la del cuerpo, existe la inactividad de la mente. ¿Es verdad que deseas acompañar a una de las damas?

—Ésa es mi intención.

—¿Y a qué dama piensas honrar con tu compañía?

—Pues… aún no lo he pensado.

—¿Qué te parece la señorita Barnard?

—Me parece que es una joven bastante independiente.

—¿Y la señorita Grey?

—La creo preferible.

—¡Te encuentro transparentemente deshonesto, Hastings! Desde que ha amanecido no has tenido otro deseo que pasar el día con tu rubio ángel.

—¡Poirot!

—Siento echar por tierra tus proyectos, pero te suplico que escoltes a otra persona.

—Perfectamente. Veo que siente una gran debilidad por esa muñeca holandesa de Megan Barnard.

—La persona a quien debes acompañar en Mary Drower y te encargo que no te apartes de ella.

—Pero, ¿por qué, Poirot?

—Porque su nombre empieza con «D», amigo mío. No debemos correr riesgos.

Vi en seguida lo justo de su indicación. Al principio me pareció un poco exagerado su temor, pero comprendí inmediatamente que si A. B. C. odiaba a muerte a Poirot, podía estar perfectamente

informado de sus movimientos. En este caso, la eliminación de Mary Drower podría parecerle un golpe maestro. Por ello me prometí ser digno de su fe.

Me marché, dejando a Poirot sentado junto a la ventana. Frente a él tenía una pequeña ruleta. En el momento en que yo salía la hizo rodar, y en seguida me llamó.

—Rojo es un buen presagio, Hastings. ¡La suerte cambia! ¿No te parece?

CAPÍTULO XXIV

(APARTE DEL RELATO DEL CAPITÁN HASTINGS)

Entre dientes, el señor Leadbetter lanzó un gruñido de impaciencia cuando su vecino se puso en píe y vaciló un momento al pasar ante él, dejando caer su sombrero en el asiento que tenía delante e inclinándose en seguida para recogerlo.

Todo esto es el momento culminante de *Ningún Gorrión*, el espectacular y emocionante drama que desde hacía una semana el señor Leadbetter estaba ansiando ver.

La rubia heroína, encarnada por Katherine Royal (en opinión del señor Leadbetter la mejor actriz cinematográfica del mundo), lanzaba en aquel momento un grito de indignación.

—«¡Nunca! ¡Antes moriré de hambre! ¡Pero no desfalleceré! Recuerda estas palabras: Ningún gorrión cae…»

Enfadado, el señor Leadbetter movió la cabeza de derecha a izquierda. ¡Qué gentes! ¡Por qué no pueden esperar el final de las películas! ¡Escoger un momento tan emocionante para abandonar la sala!

¡Ah, aquello ya era mejor! El molesto caballero ya había pasado. Al señor Leadbetter se le ofrecía una amplia perspectiva de la pantalla y de Katherine Royal de pie junto a la ventana de la mansión de Van Schneider en Nueva York.

La escena siguiente se desarrollaba en un tren. ¡Qué trenes más raros tienen en América! ¡No se parecen en nada a los ingleses!

—¡Ah!, allí aparecía Steve en su cabaña del bosque…

La película siguió su curso hasta su emocionante final. El señor Leadbetter lanzó un suspiro de alivio cuando las luces se

encendieron.

Se levantó lentamente, parpadeando un momento.

Nunca se apresuraba a salir del cine. Le costaba unos minutos regresar a la prosaica realidad de la vida vulgar. Miró a su alrededor. Poco público aquella tarde, naturalmente. Todos estaban en las carreras. El señor Leadbetter no aprobaba las carreras de caballos, ni los juegos de naipes, ni el vicio de fumar o de beber. Esto le dejaba mayores energías para disfrutar de las películas.

Todos se apresuraron hacia la salida. El señor Leadbetter se dispuso a seguirles. El hombre sentado ante él estaba dormido, derrumbado en su butaca. El señor Leadbetter contuvo difícilmente su indignación al pensar que existía gente capaz de dormirse con un drama como *Ningún Gorrión*.

Un airado caballero decía al durmiente, cuyas piernas le cerraban el paso:

—¿Me hace el favor, señor?

El señor Leadbetter llegó a la salida. Miró hacia atrás.

Parecía ocurrir algo. Un acomodador… un grupito de gente… Tal vez el espectador estaba borracho coma una cuba.

Vaciló un momento y al fin siguió adelante. Y haciendo esto se perdió la nota sensacional del día… Más sensacional que el hecho de que *Not Half* ganase la carrera de Saint Leger, pagándose las apuestas 85 a 1.

El acomodador estaba diciendo:

—Creo que tiene razón, señor… Está enfermó… Pero, ¿qué pasa?

El interrogado había retirado la mano derecha, lanzando una exclamación y contemplaba una mancha rojiza.

—¡Sangre!

El acomodador lanzó una exclamación ahogada.

Había vislumbrado el borde de algo amarillo que aparecía debajo de la butaca.

—¡Dios santo! —exclamó—. Es una «A. B. C.»

CAPITULO XXV

(APARTE DEL RELATO DEL CAPITÁN HASTINGS)

El señor Cust salió del cine Regal y miró al cielo. Una tarde hermosa. Una tarde realmente hermosa…

Una cita de Browning le acudió a la mente. «Dios está en su cielo. Todo va bien en el mundo.»

Siempre le había gustado este pasaje. Sólo que a menudo le había parecido falso.

Siguió calle adelante sonriendo, hasta que llegó al «Cisne Negro», donde se hospedaba.

Subió a su cuarto, una pequeña y calurosa habitación del segundo piso con ventana a un patio interior que hacía las veces de cochera.

Al entrar en el aposento su sonrisa se desvaneció súbitamente. En la manga, cerca del puño, descubrió una manchita. La tocó levemente y retiró el dedo húmedo de… sangre.

Metió la mano en el bolsillo y sacó algo… un largo y fino cuchillo. La hoja estaba también manchada de sangre.

El señor Cust permaneció sentado unos segundos.

Hubo un momento en que su mirada recorrió la habitación. Parecía un animal acosado.

Se humedeció los labios febrilmente.

—No es culpa mía —dijo.

Parecía disculparse ante alguien. Como un colegial ante su maestro.

De nuevo se humedeció los labios… Y de nuevo también tocó la mancha de su manga.

Su mirada se posó en el lavabo.

Un segundo después llenaba la palangana con el agua de una vieja jarra. Quitándose la americana, lavó cuidadosamente la manga, escurriendo un segundo el agua.

¡Oh! El agua estaba teñida de rojo.

Una llamada a la puerta.

El hombre permaneció inmóvil, como petrificado, fija la vista en la puerta.

Ésta se abrió. Una regordeta jovencita entró con una jarra en la mano.

—¡Oh, perdón, señor! El agua caliente.

—Muchas gracias… —pudo decir al fin—. Me he lavado con agua fría.

¿Por qué había dicho esto? Inmediatamente su mirada fue al lavabo.

—Me he… cortado en la mano —tartamudeó.

Hubo una pausa… sí, realmente una pausa muy larga, antes de que la criada dijera:

—Bien, señor —y salió, cerrando la puerta.

El señor Cust se quedó como de piedra.

El fin había llegado.

Escuchó.

¿Se oían voces… exclamaciones… pasos en la escalera?

No pudo oír nada, excepto el latido de su corazón.

De pronto, abandonando su pétrea inmovilidad, se puso en movimiento.

Se puso la americana y dirigiéndose de puntillas a la puerta la abrió. Ningún ruido todavía, excepto el familiar murmullo que subía del bar. Se deslizo escalera abajo.

Nadie aún. Era una suerte. Hizo una pausa al pie de la escalera. ¿Por qué camino?

Tomando una decisión, se encaminó rápidamente hacia el patio, por un estrecho pasillo. Unos chóferes estaban de pie junto a sus coches, discutiendo sobre los caballos ganadores.

El señor Cust atravesó presuroso el patio y salió a la calle.

Torció a la derecha, luego a la izquierda, de nuevo a la derecha.

¿Se atrevería a arriesgarse yendo a la estación?

Sí, el lugar estaría lleno de gente… trenes especiales… Si la suerte le acompañaba, lo llevaría a cabo felizmente.

Si por lo menos le acompañara la suerte…

CAPITULO XXVI

(APARTE DEL RELATO DEL CAPITÁN HASTINGS)

El inspector Crome escuchaba las nerviosas explicaciones del señor Leadbetter.

—Le aseguro, señor inspector, que el corazón se me detiene al pensarlo. ¡Durante todo el programa estuvo sentado junto a mí!

Indiferente por completo a las dolencias del corazón del señor Leadbetter, el inspector Crome dijo:

—¿Quiere explicarse con claridad? El hombre en cuestión se levantó hacia el final de la película larga…

—«Ningún Gorrión», Katherine Royal —murmuró automáticamente el señor Leadbetter.

—Pasó ante usted y tropezó.

—Hizo ver que tropezaba, ahora lo comprendo. Luego se inclinó sobre el asiento de delante para recoger su sombrero. Entonces debió de apuñalar al pobre hombre.

—¿No oyó nada? ¿Ningún grito? ¿O un gemido? ¿Ni un suspiro?

El señor Leadbetter no había oído otra cosa que los lamentos de Katherine Royal, mas en su viva imaginación invento un gemido.

El inspector Crome valoró el gemido en su justo precio e indicó al señor Leadbetter que podía continuar.

—Y entonces salió…

—¿Puede describirlo?

—Era un hombre muy alto. Un metro ochenta, al menos. Un gigante.

—¿Rubio o moreno?

—Pues… pues… No estoy seguro. Creo que era calvo. Un

hombre de aspecto siniestro.

—¿No cojeaba?

—Sí, sí… Ahora que lo dice creo que cojeaba. Era muy moreno. Sin duda un mestizo.

—¿Estaba sentado junto a usted cuando se encendieron las luces antes de la película larga…?

—No, vino después de haber empezado *Ningún Gorrión*.

El inspector Crome asintió, tendiendo al señor Leadbetter su declaración para que la firmase.

—Sería difícil encontrar un testigo peor —hizo notar el inspector ——. No diría ni una palabra si no le empujara. Es clarísimo que no tiene la menor idea del aspecto de nuestro hombre. Interroguemos inmediatamente al acomodador.

El acomodador, muy erguido, se detuvo ante el coronel Anderson.

—A ver. Jameson, oigamos su historia.

Jameson se inclinó.

—Bien, señor. Al final del espectáculo me dijeron que había un señor enfermo El señor estaba caído en su butaca. Le rodearon otros caballeros El señor me pareció estar muy enfermo. Uno de los que le rodeaba me señaló la mancha de la chaqueta. Estaba manchada de sangre. Era indudable que estaba muerto, apuñalado. Me llamaron la atención sobre una guía de ferrocarriles «A. B. C.» que estaba debajo de la butaca. Deseando obrar correctamente no toqué nada y avisé en seguida a la policía.

—Muy bien, Jameson; obró cuerdamente.

—Muchas gracias.

—¿Se fijó si algún hombre salía del cine unos cinco minutos antes de terminar el programa?

—Hubo varios, señor.

—¿Puede describírnoslos?

—Imposible, señor. Uno era el señor Geoffrey Farnell y otro un joven llamado San Baker, con su novia. No reconocí a nadie más.

—¡Qué lástima! Nada más, Jameson.

—Bien, señor —y el acomodador saludó y se retiró.

—Ya tenemos los detalles médicos —dijo el coronel Anderson—. Será mejor que hablemos con el hombre que encontró el cadáver.

Un policía entró, saludando.
—El señor Hércules Poirot y otro caballero —anunció.
El inspector Crome frunció el ceño.
—Bien, creo que será mejor que los recibamos.

CAPÍTULO XXVII

EL ASESINO DE DONCASTER

Al entrar detrás de Poirot escuché las últimas palabras de Crome.

Tanto él como Anderson parecían hondamente preocupados.

El coronel nos saludó con un movimiento de cabeza.

—Me alegro de que haya usted venido, señor Poirot —dijo cortés—. Ya estamos en otro apuro.

—¿Otro crimen de A. B. C.?

—¡Sí! Ha sido un trabajo condenablemente audaz. El hombre se inclinó sobre su víctima y le apuñaló.

¿Esta vez intervino el cuchillo?

—Sí. Varía de método… Mire, aquí tenemos los detalles del forense.

Mostró un papel a Poirot.

—A los pies del muerto había una guía de ferrocarriles «A. B. C.» —añadió.

—¿Ha sido identificado el muerto? —preguntó el coronel.

—Sí. Esta vez A. B C. ha cometido un error… si es que ello puede satisfacernos. El muerto se llama George Earsfield, y era peluquero.

—Es curioso —contestó Poirot.

—Tal vez haya confundido la letra —sugirió el coronel.

Mi amigo movió dubitativamente la cabeza.

—¿Hacemos pasar al siguiente testigo? —preguntó Crome—. Está deseando marchar a su casa.

—Sí, sí; que entre.

Un hombre de mediana edad, un duplicado casi exacto de la

rana, criado de Alicia en el País de las Maravillas, entró en la estancia. Estaba muy emocionado y hablaba con perceptible temblor.

—Es la aventura más terrible que me ha ocurrido —dijo—. Tengo el corazón muy débil; pude haber sido yo el asesinado.

—Su nombre, haga el favor —dijo el inspector.

—Roger Emmanuel Dowues.

—¿Profesión?

—Maestro de la Highfield School.

—Señor Dowues, tenga la bondad de explicarnos, a su manera, lo ocurrido.

—Se lo contaré en muy poco tiempo, señores. Al acabar la película me levanté. La butaca de mi izquierda estaba desocupada. En la inmediata se sentaba un hombre aparentemente dormido. Me era imposible salir al pasillo, pues sus piernas me cerraban el paso. Le rogué que las apartase. Como no se movió, repetí la demanda un poco más fuerte. Siguió sin hacerme caso. Entonces le toqué el hombro para despertarle, y se desplomó hacia delante. Supuse que había perdido el sentido y exclamé: «¡Este señor está enfermo!» Se acercó el acomodador y al retirar yo la mano del hombro del señor aquél, noté que estaba manchada de sangre… Entonces me di cuenta de que lo habían apuñalado. En el mismo instante alguien descubrió una guía «A. B. C.». ¡Les aseguro que aún no sé cómo no caí muerto en el acto! Hace años que sufro del corazón.

El coronel Anderson observaba curiosamente al señor Dowues.

—Se puede usted considerar un hombre afortunado, señor Dowues.

—Mucho, señor. ¡Ni siquiera una palpitación!

—No me ha comprendido. ¿Dice que se sentaba dos butacas más allá del muerto?

—Primero me senté junto al pobre señor, pero cambié de sitio a fin de tener ante mí una localidad vacía. Sólo por eso lo hice.

—Tiene usted la misma estatura que el muerto, ¿verdad? Además, como él, llevaba una bufanda arrollada al cuello, ¿no es así?

—No comprendo…

—Le estoy demostrando cuál ha sido su suerte, buen hombre.

Sea como fuere, el asesino, que le seguía a usted, se confundió en la oscuridad, ¡clavó el puñal en otro cuerpo que el deseado! Apostaría doble contra sencillo a que usted era a quien iba destinado.

Por muy bien que el corazón del señor Dowues se hubiera portado en los anteriores ataques, en éste fracasó por completo, y cayendo sobre una silla, el pobre hombre sólo tuvo fuerzas para poder replicar:

—¡Agua… agua!

Le ofrecieron un vaso que vació con el cuerpo sacudido por febril temblor.

—¿A mí? ¿A mí? —pudo decir al fin.

—Así parece —dijo Crome—. En realidad, es la única explicación.

—¿Quieren ustedes decir que el asesino… ese diablo redivivo… ese ser sediento de sangre, me siguió en espera de la oportunidad de matarme?

—Todos los detalles lo confirman.

—Mas… ¿por qué tenía que ser yo, precisamente, el elegido?

El inspector Crome replicó:

—No se le pueden pedir a un loco las razones que tiene para hacer lo que hace.

—¡Dios mío! —gimió Dowues.

Se puso en pie. Parecía que sobre él hubieran descargado una porción de años.

—Si no me necesitan para nada más, señores, me marcharé a mi casa —dijo—. No… no me encuentro muy bien; de veras.

—Puede usted retirarse. Le haré acompañar por un agente.

—Es preferible que le acompañen —sonrió el coronel—. Además, pondré una pareja de guardia en su casa para su tranquilidad.

El señor Dowues salió tambaleándose.

—¿Cree usted que cuando A. B. C. se dé cuenta de su error tratará de enmendarlo? —preguntó Poirot.

Anderson movió negativamente la cabeza.

—Cabe dentro de lo posible —dijo—. Ese A. B. C. parece un sujeto muy metódico. Le trastornará ver que las cosas no van de acuerdo con su programa.

Poirot movió pensativo la cabeza.

—Ojalá pudiéramos obtener una descripción perfecta del criminal —refunfuñó el coronel Anderson—. Estamos tan a oscuras como antes.

—Acaso la obtengamos aún —dijo Poirot.

—¿Usted lo cree? Sí, es posible. ¡Maldita sea! ¿Es que la gente no tiene ojos en la cara?

—Paciencia, coronel.

—Usted parece muy confiado, señor Poirot. ¿Tiene algún motivo para ese optimismo?

—Sí, coronel Anderson. Hasta ahora el asesino no ha cometido ningún error. Pronto cometerá uno.

—Si eso es todo… —empezó el jefe de Policía. Le interrumpió la súbita entrada de un policía, que anunció:

—El señor Ball, del «Cisne Negro», está aquí con una joven. Dice que tiene que decirle algo de interés.

—Hágale pasar en seguida. No podemos descuidar ningún detalle.

El señor Ball, del «Cisne Negro», era un pesado hombretón, en cuyo cerebro no parecían caber un excesivo número de ideas. Todo su cuerpo emanaba un inconfundible olor a cerveza. Le acompañaba una regordeta joven cuyos brillantes ojos revelaban la excitación de que se hallaba poseída.

—Espero que no molestaré o les haré perder un tiempo valioso —dijo con lentitud el señor Ball—. Lo que ocurre es que aquí Mary dice que tiene que decirles algo que ustedes deben saber.

—Bien, hija mía, ¿de qué se trata? —preguntó Anderson—. ¿Cómo te llamas?

—Mary Sroud, señor.

—Bien, Mary, cuéntanos lo que sepas.

Mary dirigió una mirada interrogadora a su patrón. Su trabajo es subir agua caliente a las habitaciones de los huéspedes —explicó el señor Ball, acudiendo en su ayuda—. Tenemos una media docena de huéspedes. Unos han venido para asistir a las carreras; otros en viaje de negocios.

—Sí, sí ——dijo impaciente Anderson.

—Vamos, muchacha, cuenta lo que sepas —dijo el hotelero—.

No tengas miedo.

Mary abrió la boca, tartamudeando, y al fin, con un hilo de voz, empezó:

—Llamé a la puerta y no me contestaron, porque si me hubiesen contestado yo no hubiera entrado hasta que el señor me hubiera dicho: «Adelante», y como no me lo dijo yo entré y vi que se estaba lavando las manos.

Se interrumpió para cobrar aliento.

—Continúa, hija mía —le animó el coronel.

—«Le traigo agua caliente, señor —dije—. He llamado, pero usted no me contestó.» «¡Ah, sí! —me contestó—. Ya me he lavado con agua fría.» Entonces yo miré al lavabo y, ¡oh, señor, lo vi lleno de agua roja!

—¿Agua roja? —inquirió asombrado Anderson.

El señor Ball se apresuró a intervenir.

—La muchacha me dijo que el hombre se había quitado la americana y estaba limpiando la manga derecha. ¿No es verdad, Mary?

—Sí, señor —y volviéndose hacia el coronel, la joven prosiguió —: Tenía un aspecto tan extraño que me asustó.

—¿Cuándo ocurrió eso? —preguntó Anderson.

—A las cinco y cuarto, poco más o menos.

—O sea, hace tres horas. ¿Por qué no vinieron en seguida?

—Porque hasta hace un momento no nos hemos enterado de que se había cometido un crimen. Entonces fue cuando Mary me contó lo del agua teñida de rojo. Como no me parecía muy claro el asunto, subí con ella al cuarto y lo encontré vacío. Pregunté a unos muchachos que estaban en el patio y me dijeron que un hombre, cuya descripción estaba de acuerdo con mi huésped, había salido por allí. Entonces dije a Mary que lo que debía hacer era ir en seguida a la policía. Pero la chica no se atrevía a venir sola, y entonces le dije que yo mismo la acompañaría.

El inspector Crome cogió una hoja de papel y ordenó a Mary:

—Descríbame a ese hombre. Lo más de prisa posible. No podemos perder tiempo.

—Era de mediana estatura. Ni alto ni bajo. Andaba encorvado y llevaba lentes.

—¿Y su traje?

—Era negro y llevaba un sombrero *Hamburg*. Iba bastante desaliñado.

El inspector Crome no insistió. A los pocos minutos los hilos telefónicos vibraban con la rápida transmisión a todos los puntos de los detalles dados por Mary; pero ni el coronel Anderson ni el inspector Crome se sentían muy optimistas con respecto a los resultados.

Crome hizo resaltar el detalle de que al cruzar el patio el hombre no llevaba maleta ni maletín.

—Tal vez ese detalle nos sirva de algo.

Dos policías fueron enviados al «Cisne Negro».

El señor Ball, henchido de gozo y considerándose el ser más importante del mundo, los acompañó junto con Mary, que se hubiera visto muy apurada para explicar el motivo de las lágrimas que vertía.

Los policías regresaron a los diez minutos.

—He traído el libro de registro —dijo el sargento—. Aquí está la firma.

Nos apiñamos alrededor del libro. La firma era pequeña y casi ilegible.

—A. B. Case… ¿O es Cash? —inquirió el coronel.

—A. B. C. —dijo significativamente Crome.

—¿Qué hay del equipaje? —preguntó Anderson.

—Una maleta bastante grande, señor, llena de cajas de cartón.

—¿Cajas? ¿Y qué contenían?

—Medias, señor. Medias de seda.

Crome se volvió hacia Poirot.

—Le felicito —dijo—. Su suposición era cierta.

CAPÍTULO XXVIII

(APARTE DEL RELATO DEL CAPITÁN HASTINGS)

El inspector Crome se hallaba en su despacho de Scotland Yard.

El teléfono colocado sobre su mesa emitió un discreto zumbido.

—Soy Jacobs —dijo una voz en el otro extremo del hilo—. Hay aquí un joven que cuenta una historia que creo le interesará a usted.

El inspector Crome lanzó un suspiro de alivio. Veinte personas por lo menos acudían diariamente con historias interesantes acerca de A. B. C. Parte eran inofensivos locos, otros visitantes eran seres que creían de buena fe que sus informes eran valiosos.

—Bien, bien, Jacobs —dijo Crome—. Hágale pasar.

Unos segundos después se oía una llamada a la puerta del despacho y el sargento Jacobs aparecía, seguido de un joven de bastante buen aspecto.

—Aquí el señor Tom Hartigan —presentó—. Tiene que decirnos algo importante sobre el caso A. B. C.

El inspector estrechó la mano de Tom.

—Buenos días, señor Hartigan —saludó—. Siéntese, haga el favor. ¿Un cigarrillo?

Tom Hartigan se sentó desmañadamente, y miró con profundo respeto al que él consideraba el jefe de Scotland Yard. Sin embargo, a los pocos momentos se dijo que para desempeñar tan alto cargo su aspecto era muy vulgar.

—Veamos lo que sabe usted —dijo Crome.

—Desde luego, puede que no tenga importancia —empezó, nervioso, Tom—. Es una idea mía y tal vez le haga perder el tiempo

por nada.

De nuevo el inspector Crome suspiró imperceptiblemente. ¡Las cantidades de tiempo que tenía que perder tranquilizando a los que acudían a verle!

—No se preocupe, amigo. Cuéntenos lo que sepa.

—Pues verá, señor. Yo tengo una novia y su madre tiene una casa de huéspedes. Vive en Candem Town. En el segundo piso se hospeda un hombre llamado Cust.

—¿Cust?

—Sí. Es un sujeto de mediana edad, bondadoso, suave y… un poco lelo. Ésta es la palabra más apropiada. Uno de esos seres a quienes se juzga incapaces de hacer daño a una mosca, y jamás se me hubiera ocurrido pensar mal de él a no ser por un suceso bastante raro.

Confusamente, y entre multitud de repeticiones, Tom relató su encuentro en la estación de Euston con el señor Cust y el incidente del billete perdido.

—Lo mire como lo mire, señor, es raro. Lily, mi novia, estaba segura de que el señor Cust iba a Cheltenham, lo mismo dice su madre. Cuando ocurrió eso no presté ninguna atención al suceso, pero al hablar con mi novia y decirme ella que en el anterior crimen de A. B. C. el señor Cust se hallaba en Churston, dije que no tendría nada de extraño que fuese el mismo A B. C. en persona. Reímos la ocurrencia y no volvimos a hablar de ello, aunque yo seguí pensando en el señor Cust.

Tom descansó un momento y prosiguió:

—Después del crimen de Doncaster leí lo que traían los periódicos La descripción del asesino estaba de acuerdo con la del señor Cust y las iniciales de sus nombres y apellidos con A. B. C. Además, las fechas de los primeros crímenes concuerdan con ausencias del señor Cust, o sea que siempre que A. B. C. mataba a alguien, él desde luego estaba fuera de Londres.

El inspector escuchaba atentamente, tomando de cuando en cuando alguna nota.

—¿Eso es todo? —preguntó.

—Sí, señor. Le aseguro que si he venido aquí ha sido por creer que podía ayudar a la policía.

—Muy bien. Ha hecho perfectamente viniendo, y se lo agradecemos profundamente. Desde luego, las pruebas son muy leves y puede tratarse simplemente de una coincidencia de iniciales y fechas. Sin embargo, ¿me permiten interrogarle? ¿Está ahora en casa?

—Sí, señor.

—¿Cuándo volvió?

—La tarde del crimen de Doncaster.

—¿Qué ha hecho desde entonces?

—Se ha pasado la mayor parte del tiempo en casa. Dice la señora Marbury que se porta de una manera muy rara. Compra una infinidad de periódicos. Se levanta a primera hora y compra los de la mañana y en cuanto oscurece sale por los de la noche. Parece que se está volviendo loco.

—¿Dónde vive la señora Marbury? —preguntó Crome.

Tom se lo indicó.

—Muchas gracias. Seguramente hoy mismo le haré una visita. No creo necesario advertirle la importancia de que no repita ni una palabra de cuánto hemos hablado. Muchas gracias por todo, señor Hartigan.

—¿Qué le parece, señor? —preguntó unos momentos más tarde el sargento Jacobs, regresando de acompañar a Tom Hartigan.

—La cosa promete. Eso si lo que nos ha contado el muchacho es verdad. Hasta ahora no hemos tenido suerte con los fabricantes de medias. Lo mejor sería que envíe a dos hombres para que vigilen a ese pájaro de Candem Town, pero procurando no asustarle. Quiero hablar con el asistente. Luego creo que lo mejor será traer aquí a ese Cust y pedirle que haga una declaración completa.

Tom Hartigan se había reunido con Lily Marbury, que le esperaba fuera, en el Embankement.

—¿Todo bien, Tom?

El joven asintió.

—He visto al inspector Crome.

—¿Qué aspecto tiene?

—El de un hombre como otro cualquiera.

—¿Y qué ha dicho?

Tom hizo un breve resumen de la entrevista.

—Así, creen que él ha sido el asesino, ¿verdad?

—Creen que puede serlo. Hoy mismo sin falta irán a interrogarle.

—¡Pobre señor Cust!

—No hay que llamarle pobre. Piensa que si es realidad A. B. C. ha cometido cuatro asesinatos.

Lily movió la cabeza y lanzó un suspiro.

—¡Es horrible! —murmuró.

—Bueno, ahora lo que tenemos que hacer es comer un poco. Piensa que si nuestras sospechas son ciertas mi nombre aparecerá en los periódicos.

—¡Oh, Tom! ¿De veras?

—¡Ya lo creo! Y el tuyo también. Y el de tu madre. Y casi aseguraría que hasta publicarán tu retrato.

—¡Oh, Tom! —y Lily se sumió en un éxtasis.

—¿Qué te parece si mientras llega todo eso nos fuésemos a Corner House?

Lily vaciló.

—Anda, vamos.

—Está bien, pero tendrás que esperar un momento. He de telefonear.

—¿A quién?

—A una amiga mía a quien tenía que ir a ver.

Cruzó la calle y tres minutos más tarde se reunía de nuevo con su novio. En su rostro se encendía un vivo rubor.

—Vamos ya, Tom. Cuéntame más cosas de Scotland Yard. ¿No viste allí al otro?

—¿A qué otro?

—Al belga. Ése a quien escribe A. B. C.

—No, no estaba allí.

—Es igual, explícame lo que viste.

* * *

El señor Cust colgó el teléfono y se volvió hacia la señora Marbury, que desde el otro extremo de la habitación le miraba devorada por la curiosidad.

—Recibe usted pocas llamadas telefónicas, señor Cust.

—Sí, muy pocas, señora Marbury.

—Espero que no se tratará de ninguna mala noticia.

—No, no.

—¡Qué pesada era aquella mujer! Con el rabillo del ojo leyó en el periódico que llevaba en la mano: «Casamientos. - Nacimientos. - Muertes.»

—Mi hermana ha tenido un niño —dijo al fin.

¡Él que nunca había tenido una hermana!

—¡Oh, qué bien! ¡Qué noticia más agradable! —¡Qué hombre! En tantos años jamás se le había ocurrido mencionar el hecho de que tenía una hermana—. Le aseguro que me sorprendió cuando una voz de mujer me pidió hablar con el señor Cust. Al principio creí que era la voz de Lily, sólo que ésa era más aguda. Bien, señor Cust, le felicito. ¿Es su primer sobrino?

—Es el único que he tenido y… tendré. Bueno, tengo que marcharme en seguida. Si me doy prisa, aún podré tomar el tren.

—¿Estará fuera mucho tiempo, señor Cust?

—No, no. Dos o tres días.

El señor Cust desapareció dentro de su cuarto y la señora Marbury se retiró a la cocina, pensando en el encantador sobrino del señor Cust.

Éste descendió poco después por la escalera. Llevaba una maleta en la mano. Su mirada se posó un momento en el teléfono y la breve conversación sostenida poco antes volvió a sonar en sus oídos.

«—¿Es usted, señor Cust? Creo que le interesaría saber que un inspector de Scotland Yard vaya tal vez a verle hoy mismo…»

¿Qué había contestado a esto? No podía recordarlo.

«—Muchas gracias… muchas gracias… Muy amable.»

Sí, fue algo por el estilo.

¿Por qué le había telefoneado Lily? ¿Era posible que sospechara…? ¿Sería acaso que le avisaba para que no se moviese de casa hasta que llegara el inspector?

Pero, ¿cómo sabía que el inspector tenía que ir a verle? Además, falseó la voz para engañar a su madre.

Todo daba a entender que Lily sabía… Pero si realmente supiera

no habría…

Las mujeres son muy raras. A veces muy buenas y a veces muy crueles. Una vez había visto a Lily soltar a un ratón cogido en una trampa.

Una buena muchacha.

Una buena y hermosa muchacha.

Se detuvo junto al perchero del recibidor.

¿Debería…?

Un ligero ruido llegado de la cocina le hizo decidirse.

No, no había tiempo… La señora Marbury podría salir…

Abrió la puerta de la calle y salió, cerrando tras él.

¿Dónde…?

CAPÍTULO XXIX

EN SCOTLAND YARD

Otra conferencia.

El asistente, el inspector Crome, Poirot y yo.

El asistente decía:

—Fue una buena idea la suya, señor Poirot. Lo de buscar una importante venta de medias ha dado buen resultado.

Poirot separó las manos.

—Era lo indicado. Ese hombre no podía ser un agente regular. Lo mismo vendía medias que otra cosa.

—¿Está todo claro, inspector?

—Sí, señor —consultó una larga lista—. ¿Quiere que le lea lo que hemos descubierto?

—Sí, haga el favor.

—Me he puesto en contacto con Churston. Paignton y Torquay. Tengo una lista de personas a quienes ofreció medias. Hay que decir que lo hizo perfectamente. Se hospedó en Pitt, pequeño hotel cerca de la torre Station. La noche del crimen volvió al hotel a las diez y media. Pudo tomar el tren en Churston a las diez y cinco, llegando a Paignton a las diez y cuarto. Ni en el tren ni en la estación se le vio, pero aquel jueves se corría la regata de Darmouth y los trenes que venían de Kingswear iban atestados.

»En Bexhill ocurrió casi lo mismo. Se hospedó en el Globe con su verdadero nombre. Ofreció medias en distintas casas, inclusive en la de los Barnard y el café Ginger. Abandonó el hotel al atardecer. Llegó a Londres a las once y media del día siguiente. En cuanto a lo de Andover, idéntico procedimiento. Se hospedó en el Faethers.

Ofreció medias a la señora Fowler, vecina de la señora Ascher, y a otras cuantas personas. El par de medias que compró la señora Ascher y que me ha entregado su sobrina es idéntico a las que encontramos en la maleta de Cust.

—Hasta ahora todo va bien —dijo el asistente con satisfacción.

—De acuerdo con los informes recibidos —siguió el inspector—, me dirigí a la dirección que me dio Hartigan, pero me encontré con que Cust había abandonado la casa media hora antes. Me dijeron que había recibido una llamada telefónica. Según declaración de su patrona, era la primera vez que esto ocurría.

—¿Un cómplice? —sugirió el asistente.

—No lo creo —replicó Poirot—. Es extraño que… a menos que…

Todos nos miramos inquisitivamente. Movió la cabeza y el inspector continuó:

—Hice un minucioso registro del cuarto que había ocupado. Esto acabó de desvanecer todas las dudas. Encontré un bloc de papel exacto al que sirvió para escribir las cartas, una gran cantidad de medias y calcetines y, detrás del armario donde se guardaban las medias, un paquete con ocho guías «A. B. C.» completamente nuevas.

—Una prueba positiva —dijo el asistente.

—He encontrado otra cosa, además —y la voz del inspector se humanizó con el acento de triunfo—. No lo he descubierto hasta esta mañana. En la biblioteca no se halló ni rastro del cuchillo…

—Hubiera sido propio de un imbécil conservar semejante prueba.

—Hay que tener en cuenta que no se trata de un ser normal —hizo notar el inspector—. Se me ocurrió que pudo llevar consigo el cuchillo, y una vez en su habitación, dándose cuenta del peligro de ocultarlo allí, haber buscado otro lugar. ¿Qué lugar era lógico que escogiera? Lo descubrí en seguida. El perchero. Nadie mueve jamás un perchero. Con bastante trabajo logré apartarlo de la pared… y ¡allí estaba!

—¿El cuchillo?

—Sí. No cabe la menor duda acerca de él. Aún conserva la sangre seca.

—¡Buen trabajo, Crome! —aprobó el asistente—. Sólo nos falta

una cosa ahora.

—¿Cuál?

—El hombre.

—Lo cogeremos. No tema —aseguró confiado el inspector.

—¿Qué dice usted, señor Poirot?

Mi amigo pareció despertar de un sueño.

—¿Cómo?

—Decíamos que es sólo cuestión de tiempo detener a nuestro hombre. ¿No lo cree usted?

—¡Oh, sí! ¡Ya lo creo!

La extraña entonación que dio a estas palabras hizo que los demás le mirásemos sorprendidos.

—¿Le preocupa algo, señor Poirot?

—Hay algo que me preocupa mucho. Es el porqué, el motivo.

—Pero, amigo mío, ¡ese hombre está loco!

—Comprendo lo que quiere decir el señor Poirot —intervino el inspector Crome—. Tiene razón Debe existir algo, alguna obsesión definida. Creo que encontraremos la raíz del asunto en algún intensificado complejo de inferioridad. Puede ser manía persecutoria, y en este caso puede haber asociado con ella al señor Poirot. Tal vez tenga la idea de que el señor Poirot es un detective empleado en perseguirle.

—¡Hum! —musitó el asistente—. Ésta es la jerga que se habla ahora. En mis tiempos si un hombre estaba loco, estaba loco, y no buscábamos términos científicos para suavizar la demencia. Estoy seguro que uno de esos médicos modernos nos diría que a un hombre como A. B. C. hay que trasladarlo a un sanatorio y tenerlo un par de meses al cuidado de una enfermera que le repitiese a toda hora lo buen chico que es. Transcurrido este tiempo lo soltaría como si fuese un miembro responsable de la sociedad.

Poirot sonrió, guardando silencio.

La conferencia terminó.

—Bien —dijo el asistente—. Como dice usted. Crome, el detener al asesino es sólo cuestión de tiempo.

—Ya le tendríamos en nuestro poder si no fuera por su aspecto tan vulgar. Hemos molestado a un sinfín de personas inocentes.

—Me gustaría saber dónde está ahora nuestro A. B. C. —dijo el

asistente.

CAPÍTULO XXX

(APARTE DEL RELATO DEL CAPITÁN HASTINGS)

El señor Cust se detuvo junto a una verdulería. Miró al otro lado de la calle. Sí, aquélla era.

SEÑORA ASCHER - ESTANCO

En el vacío escaparate veíase un letrero:

SE ALQUILA

Vacío… Sin vida…

—¿Me permite, señor?

La mujer del verdulero trataba de alcanzar unos limones.

El señor Cust se excusó y se hizo a un lado.

Lentamente se alejó de allí, en dirección a la calle principal del pueblo… Era difícil, muy difícil, ahora que estaba sin dinero…

El no comer en todo un día aligera extrañamente la cabeza…

Dirigió una mirada a los carteles de anuncio de un quiosco.

«El caso de A. B. C. —El asesino sin ser detenido. Entrevista con el señor Hércules Poirot.»

—Hércules Poirot. Me gustaría saber si está enterado… —murmuró el señor Cust.

Continuó andando y pensó:

«No puedo seguir así mucho tiempo.»

Un pie delante del otro… ¡Qué manera extraña de andar era

aquélla! Como si cruzase una maroma… ¡Ridículo! ¡Enormemente ridículo!

Pero el hombre es un animal ridículo… Y él, Alexander Bonaparte Cust, era particularmente ridículo… Siempre lo había sido… La gente se rió siempre de él… No podía criticarlos…

¿Dónde iba? No lo sabía. Tenía que llegar al final.

Pie tras pie…

Levantó la cabeza. Luces frente a él. Y letras.

Delegación de Policía.

—Es curioso —dijo el señor Cust soltando una ligera carcajada. Luego entró dentro. De pronto, al hacerlo, vaciló y cayó de bruces.

CAPÍTULO XXXI

HÉRCULES POIROT HACE UNAS PREGUNTAS

Era un claro día de noviembre. El doctor Thompson y el inspector jefe Japp habían venido a vernos para dar cuenta a Poirot de los resultados del proceso que empezaba a seguirse contra Alexander Bonaparte Cust.

Un ligero resfriado impidió a mí amigo asistir a la encuesta. Por suerte no me pidió que me quedara en casa a hacerle compañía.

—Se ha decidido que Cust comparezca ante los tribunales —dijo Japp—. Su defensor, el joven Lucas, no podrá echar mano a otro recurso que la demencia de su defendido.

Poirot se encogió de hombros.

—Con locura no puede haber absolución. Encarcelamiento mientras Su Majestad lo juzgue conveniente; no es muy preferible a la muerte.

—Supongo que Lucas cree conseguir algo —repuso Japp—. Con una coartada como la existente en el asesinato de Bexhill la acusación queda debilitada, No se debe dar cuenta de lo abrumador de las pruebas que poseemos. Además, Lucas es un abogado muy original. Es joven y desea llamar la atención del público.

Poirot se volvió hacia Thompson, preguntándole:

—¿Qué opina usted, doctor?

—¿Acerca de Cust? Si le he de contestar con franqueza, diré que no lo sé. Está haciendo el cuerdo de una manera perfecta. Desde luego es un epiléptico.

—¡Qué asombroso desenlace ha tenido este caso! —dije.

—¿Se refiere a lo de la caída en la delegación de Policía? Sí, fue

un final muy dramático. A. B. C. ha sabido siempre calcular bien los efectos escénicos.

—¿Es posible cometer un crimen y no darse cuenta de ello? —pregunté—. Parece haber una gran nota de verdad en las negativas de nuestro hombre.

El doctor Thompson sonrió brevemente.

—No debe dejarse engañar por lo que diga ese hombre. Estoy seguro de que él sabe perfectamente que ha cometido esos crímenes…

—Si fuera inocente no negaría como lo hace —intervino Japp.

—En cuanto a su pregunta —prosiguió Thompson— es perfectamente posible que un epiléptico lleve a cabo en estado de sonambulismo una acción y que luego no la recuerde en absoluto. Mas es opinión general que tal acción «no será contraria a los deseos de esta persona en estado normal».

Siguió hablando, enfrascándose en una serie de explicaciones técnicas que me llenaron de confusión, sin que pudiera sacar nada en claro.

—Sin embargo, soy contrario a la teoría de que Cust cometió esos crímenes sin darse cuenta de ello. Podría sospecharse esto si no fuera por las cartas, que echan por tierra tal suposición. Demuestran premeditación y cuidados y planteamientos de los crímenes.

—De las cartas no tenemos aún convincente explicación —dijo Poirot.

—¿Le interesan?

—Desde luego, puesto que me fueron dirigidas a mí. Y en la cuestión de las cartas, Cust se muestra completamente incoherente. Hasta que no aclare el motivo de que tales cartas me fueron enviadas no consideraré resuelto el caso.

—Comprendo lo que usted piensa. Aparentemente no existe ningún motivo para que el hombre sienta por usted el menor odio.

—Ninguno, en efecto.

—Puedo indicar uno: ¡su nombre!

—¿Mi nombre?

—Sí. Al parecer, Cust se siente arrastrado por la manía de grandezas de su madre, que al nacer le puso dos nombres tan gloriosos como Alejandro y Bonaparte. ¿Comprende lo que esto

significa? Alejandro, el conquistador invencible, que suspiraba por más mundo que conquistar. Bonaparte, el gran emperador de los franceses. Desea un adversario, un adversario digno de él, y éste es usted. Hércules, *el Fuerte*.

—Sus palabras son muy justas, doctor.

—No son más que una sugerencia. Bien, tengo que marcharme.

El doctor se retiró, dejándonos con Japp.

—¿Le preocupa esta coartada? —preguntó Poirot.

—Un poco —admitió el inspector—. No creo en ella porque sé que es falsa. Pero nos va a ser difícil demostrarlo. Ese Strange es un carácter firme.

—Descríbamelo.

—Tiene unos cuarenta años. Es ingeniero de minas, hombre fuerte, enérgico, seguro de sí mismo. Creo que él fue quien insistió en que se le tomara declaración. Quiere marchar a Chile y no deseaba ocultar la cosa. Es uno de los hombres que he visto más seguros de la verdad de su declaración.

—El tipo de hombre a quien no gusta reconocer que está en algún error —dijo, pensativo, Poirot.

—Se aferra a la veracidad de su declaración y no hay quien le haga vacilar. Jura por todo lo jurable, que encontró a Cust en el hotel de Eastbourne la noche del veinticuatro de julio. Estaba solo y deseaba hablar con alguien. Por lo que se ha visto hasta ahora, Cust es el oyente ideal. ¡No interrumpe! Después de cenar, el ingeniero y Cust jugaron al dominó. Parece ser que Strange es una fiera en ese juego, y con profunda sorpresa comprobó que Cust es también de primera línea. Un juego curioso el del dominó. A la gente le gusta con locura. Se pasa las horas enteras jugándolo. Y es lo que hicieron. Cust y Strange. Se separaron a las doce y diez de la noche. Y si Cust estaba en el Hotel Whitecross de Eastbourne a las doce y diez de la noche del veinticuatro de julio, no podía estrangular a Betty Barnard en Bexhill entre las doce y la una.

—El problema aparece realmente insoluble —murmuró pensativo Hércules Poirot—. Decididamente, da mucho que pensar.

—A Crome ya le ha hecho quebrarse la cabeza —dijo Japp.

—¿Se muestra muy seguro ese Strange?

—Sí Es un hombre obstinado. Y es difícil encontrar un punto

débil de su declaración. Supongamos que Strange comete un error y que su compañero de juego no era Cust, ¿por qué tenía, pues, que decir ese desconocido que se llamaba Cust? Además, la firma del libro de registro es la suya. No puede decirse que fuera un cómplice, pues los locos no tienen cómplices. ¿Murió más tarde la joven? El forense se mostró muy seguro de la hora, y además Cust hubiera tardado bastante en poder abandonar el hotel sin ser notado, y recorrer los veinticuatro kilómetros que separaban Eastbourne de Bexhill.

—Realmente, es un problema —convino Poirot.

—Desde luego, no debíamos preocuparnos tanto. Tenemos las pruebas necesarias contra Cust en el crimen de Doncaster. La chaqueta manchada de sangre y el cuchillo. ¡Ni una falla! No existe jurado capaz de absolverle. Pero ese pequeño detalle de Bexhill estropea un hermoso caso. Cometió el crimen en Doncaster, el de Churston y el de Andover. Por lo tanto, debía de haber cometido el de Bexhill. ¡Pero no veo cómo!

Movió la cabeza y se puso en pie.

—Ésta es su ocasión, señor Poirot —dijo—. Crome está en medio de una densa niebla. Exprima esas células suyas de las cuales tanto he oído hablar. Demuéstreme cómo llevó a cabo su hazaña.

Y Japp se despidió de nosotros.

—¿Qué me dices, Poirot? —pregunté— ¿Están tus células grises al nivel de la tarea?

Poirot contestó con otra a mi pregunta.

—Dime, Hastings, ¿crees que el caso ha terminado ya?

—Pues… Creo que sí. Tenemos al culpable, y casi todas las pruebas. Sólo faltan los accesorios.

Poirot movió la cabeza.

—¡El caso está terminado! ¡El caso! El caso es el hombre, Hastings. Hasta que no ignoremos nada del hombre, el misterio seguirá tan profundo como antes. ¡No hemos logrado ninguna victoria por haber conseguido encerrarle!

—Sabemos infinidad de cosas de él.

—¡No sabemos nada! Conocemos el sitio donde nació. Sabemos que luchó en la guerra, siendo herido ligeramente en la cabeza. Sabemos también que durante dos años se hospedó en casa de la

señora de Marbury; que era apacible y sencillo; la clase de hombre en quien nadie se fija. Sabemos que ideó y llevó a cabo un intenso y eficiente esquema del crimen sistematizado. Sabemos también que mató salvaje y despiadadamente. Sabemos que era lo bastante bueno para no dejar que se acusara a ninguna otra persona de los crímenes que él cometía. Si deseaba matar sin ser molestado, ¡cuán fácil era cargar sus culpas sobre otros! ¿Te das cuenta de que el hombre es una masa de contradicciones? Estúpido y listo; despiadado y magnánimo… y debe existir forzosamente algún factor dominante que concilie sus dos naturalezas.

—Desde luego, si le tratas como un estudio psicológico.

—¿Qué otra cosa ha sido este caso desde el principio? He tratado de abrirme paso entre las sombras, procurando conocer al asesino. ¡Y ahora comprendo, Hastings, que no lo conozco en absoluto!

—Tal vez el ansia de ser famoso… —empecé.

—Sí, eso puede explicar algo…, pero no me satisface. Hay cosas que deseo conocer. ¿Por qué cometió esos asesinatos? ¿Por qué escogió a sus víctimas?

—Por el orden alfabético.

—¿Era Betty Barnard la única persona en Bexhill cuyo nombre empezaba con «B»? En lo de Betty Barnard tengo una idea… Podría ser cierta… ¡Debe de serlo! Pero si no…

Calló durante unos segundos, no quise interrumpirle. No sé cómo ocurrió, pero el caso fue que me quedé dormido.

Me despertó la presión de la mano de Poirot sobre el hombro.

—*Mon cher* Hastings —dijo, afectuoso—. Mi genio bueno.

Me confundió esta súbita manera de aprecio.

—Es verdad —insistió Poirot—. Siempre… siempre me ayudas. Me traes suerte. Me inspiras.

—¿Cómo te he inspirado esta vez? —inquirí.

—Mientras me hacían ciertas preguntas he recordado una observación tuya… una observación resplandeciente en su clara visión. ¿No te he dicho más de una vez que eres un genio descubriendo lo evidente? Es lo evidente, lo palpable, lo obvio, lo que yo he descuidado.

—¿Cuál es esa brillante observación mía? —pregunté.

—Lo hace todo tan diáfano como el cristal. Veo las respuestas a todas mis preguntas El motivo del asesinato de la señora Ascher (éste, en realidad, hace tiempo que lo descubrí). El motivo del asesinato de sir Carmichael Clarke, el motivo del crimen de Doncaster, y por fin, y esto es lo más importante, el motivo de Hércules Poirot.

—¿Quieres hacer el favor de explicarte? —pedí.

—No es aún tiempo. Antes necesito algunos informes complementarios, que podrá proporcionarme nuestra «Legión Especial». Y después, cuando reciba la respuesta a determinada pregunta, iré a ver a A. B. C. Al fin nos enfrentaremos… A. B. C. y Hércules Poirot… los adversarios.

—¿Y luego?

—Luego hablaremos. *Je t'assure*, Hastings, que para aquel que algo tiene que esconder, ¡nada hay tan peligroso como una conversación! La conversación, como me dijo una vez un sabio francés, es un invento del hombre para impedir pensar. Es también un medio infalible para descubrir lo que desea ocultar. Un ser humano, Hastings, no puede resistir la posibilidad que de revelarse y expresar su personalidad le ofrece la conversación.

—¿Qué esperas que te diga, Cust?

—¡Una mentira! —dijo—. ¡Y por ella hallaré la verdad!

CAPÍTULO XXXII

Y COGER UNA ZORRA

Durante los días siguientes Poirot estuvo muy ocupado. Se ausentó misteriosamente, habló muy poco. Se pasó horas enteras con el ceño fruncido, y constantemente se negó a satisfacer mi natural curiosidad acerca de la claridad de visión que, según él, había demostrado tiempo atrás.

No fui invitado a acompañarle en sus misteriosas idas y venidas, cosa que me disgustó sobremanera.

Sin embargo, hacia el final de la semana, anunció su intención de visitar Bexhill y sus alrededores y sugirió que yo podía acompañarle. No es necesario decir que acepté con presteza.

Más tarde descubrí que la invitación no se me había hecho a mí solo, extendiéndose a los miembros de nuestra Legión Especial.

Estaban tan interesados como yo. Sin embargo, por la tarde me di cuenta de la dirección tomada por los pensamientos de mi compañero.

Su primera visita fue hecha a los señores Barnard, quienes le hicieron un relato exacto de la hora en que Cust fue a visitarlos, de cuánto les dijo. Después fue al hotel donde se hospedó Cust y se enteró concienzudamente de la hora en que se había marchado. Por lo que pude juzgar, sus preguntas no dieron poro resultado nada nuevo, pero mi amigo parecía muy satisfecho.

Luego fuimos a la playa, al lugar donde se descubrió el cadáver de Betty Barnard. Allí dio varias vueltas estudiando atento el sitio. No comprendí lo que buscaba, pues el lugar quedaba cubierto dos veces al día por la marea.

No obstante, nuestra antigua amistad me había demostrado que por muy incomprensible que fueran, las acciones de Poirot siempre eran dictadas por una idea.

De la playa fue al sitio más próximo donde podía dejarse un automóvil. Desde allí se encaminó a la parada de los autobuses de Bexhill a Eastbourne, Por fin nos llevó al café Ginger, donde Milly Higley nos sirvió un té ya pasado.

—¡Las piernas de las inglesas son siempre demasiado delgadas! —dijo Poirot, dirigiéndose a la regordeta camarera—. Pero usted, señorita, tiene las piernas perfectas.

Milly Higley rió, confusa, el piropo, y pidió a Poirot que no continuara. Sabía muy bien cómo eran los caballeros franceses.

Mi compañero no se molestó en sacarla de su error acerca de su verdadera nacionalidad, y continuó requebrándola de una manera que me llenó de confusión.

—*Voilà* —dijo de pronto—. Ya he terminado en Bexhill. Ahora iré a Eastbourne. Se trata sólo de una pequeña investigación… eso es todo. No es necesario que me acompañen todos. Entretanto, volvamos al hotel, a tomar unos combinados. El té era horrible.

Clarke añadió:

—Creo que todos suponemos lo que está usted tratando de conseguir Se trata de echar por tierra la coartada del asesino. Pero no comprendo su satisfacción. No ha descubierto nada nuevo.

—No, realmente.

—¿Y pues?

—Paciencia. Todo se arreglará con el tiempo.

—Parece usted muy contento de sí mismo.

—Hasta ahora nada ha echado por tierra la idea que yo me he formado —y con acento más serio, añadió—: Mi amigo Hastings me dijo un día que cuando era niño jugaba a un juego llamado «La verdad». Se trata de un pasatiempo en el cual se hacen por turnos a cada uno tres preguntas. A dos de ellas se debe contestar con la verdad. A la tercera se puede mentir. Las preguntas son, naturalmente, de la índole más indiscreta. Al empezar a jugar todos han de prometer decir la verdad, toda la verdad, y nada más que la verdad.

Hizo una pausa.

—Bien —dijo Megan.

—*Eh bien*, deseo jugar a «La verdad»; pero no será necesario hacer tres preguntas. Con una habrá suficiente. Una pregunta a cada uno de ustedes.

—Contestaremos a cuantas nos pregunte —aseguró Clarke.

—Les advierto que se trata de algo muy serio. ¿Juran ustedes decir la verdad?

Había tanta solemnidad en su voz que los demás, desconcertados, juraron, muy serios, de acuerdo con la demanda de mi amigo.

—*Bon*, empecemos —dijo Poirot.

—Estoy dispuesta —sonrió Thora Grey.

—No. En esta ocasión sería una falta de cortesía interrogar a las damas. Empezaremos por un hombre.

Se volvió hacia Franklin Clarke.

—¿Qué piensa usted, querido señor Clarke, de los sombreros que las señoras llevaron este año en Ascott?

Franklin Clarke, le miró asombrado.

—¿Se trata de una broma?

—Le aseguro que no.

—¿Se trata de una pregunta en serio?

—Sí.

Clarke esbozó una sonrisa.

—Bien, señor Poirot, no fui a Ascott, mas por lo que vi en los autos que allí se dirigían, los sombreros que se llevaron en Ascott fueron más ridículos que los de antes.

—¿Fantásticos?

—Completamente fantásticos.

Poirot sonrió y se volvió hacia Donald Fraser:

—¿Cuándo tuvo sus vacaciones este año? —preguntó.

Asombrado, el joven dijo:

—¿Mis vacaciones…? Pues en la primera quincena de agosto.

De pronto su rostro se contrajo. Supongo que la pregunta extraña trajo a su memoria el recuerdo de la mujer que amó.

Poirot no pareció prestar gran atención a la respuesta. Volvióse hacia Thora Grey y noté una leve variación en su voz. Se había hecho más tensa. Su pregunta brotó clara y vibrante.

—Señorita: en el caso de que la señora Clarke hubiera muerto, ¿se habría casado con el señor Carmichael si él se lo hubiese pedido?

La joven se irguió, muy pálida:

—¿Cómo se atreve a hacerme esa pregunta? ¡Es… es un insulto!

—Tal vez. Pero usted ha jurado decir la verdad. *Eh bien*… ¿Sí o no?

—Sir Carmichael era muy bondadoso conmigo. Me trataba como a una hija. Y así era mi afecto hacia él, como el de una hija llena de gratitud.

—Perdone, pero eso no es contestar «si» o «no», *mademoiselle*.

La joven vaciló.

—¡Mi contestación es, desde luego, no!

—Muchas gracias, *mademoiselle*.

Volvióse hacia Megan Barnard. La muchacha estaba muy pálida. Respiraba fatigosamente, como si se dispusiera a hacer algo muy difícil.

La voz de Poirot sonó como un latigazo.

—*Mademoiselle*: ¿cuál desea usted que sea el resultado de mis constantes investigaciones? ¿Desea o no que descubra la verdad?

Megan Barnard levantó altiva la cabeza. Yo estaba seguro de su contestación, Megan sentía una gran pasión por la verdad.

Su respuesta llegó clara y desconcertante:

—¡No!

Todos la miramos sobresaltados. Poirot se inclinó hacia ella, estudiando su rostro.

—*Mademoiselle* Megan —dijo—. Tal vez no desee usted decir la verdad, pero *ma foi*, ¡la dice!

Volvióse hacia la puerta y de pronto, deteniéndose, volvióse hacia Mary Drower.

—Dígame, *mon enfant*, ¿tiene usted novio?

—Oh, señor Poirot… no estoy segura.

—*Alors c'est bien, mon enfant* —sonrió Poirot, buscándome con la mirada—. Vamos, Hastings, tenemos que salir hacia Eastbourne.

El auto nos esperaba y al poco rato estábamos en la carretera que, bordeando la costa, conduce por Prevensey a Eastbourne.

—¿Servirá de algo práctico hacerte unas cuantas preguntas?

—No es aún el momento. Saca tus propias conclusiones, como hago yo.

—Esto me decidió a seguir callando.

Poirot, que parecía muy satisfecho de sí mismo, tarareaba una canción. Cuando llegamos a Prevensey, indicó que podríamos detenernos y visitar el castillo.

Cuando volvíamos hacia el auto nos detuvimos un momento para observar un coro de niñas que cantaba con muy poca armonía.

—¿Qué dicen, Hastings? No entiendo en absoluto las palabras.

Escuché atentamente, hasta entender el estribillo.

Y coger una zorra
y meterla en una jaula
y no dejarla escapar nunca

—Y coger una zorra, y meterla en una jaula, y no dejarla escapar nunca —repitió Poirot, cuyo rostro se había ensombrecido súbitamente—. Es algo muy terrible eso, Hastings —calló durante unos segundos—. ¿Cazáis la zorra aquí?

—Yo no, Nunca he podido hacerlo. Por otra parte, no creo que aquí se cace mucho.

—Me refiero a Inglaterra. Un deporte bien extraño. Los sabuesos persiguiendo a la zorra, que a veces logra burlarlos. Y detrás los cazadores, sin correr el menor peligro, Al fin los perros alcanzan a la zorra, que muere rápida y horriblemente.

—Reconozco que parece cruel, pero en realidad…

—¿La zorra disfruta? No digas *bétises*, amigo mío. *Tout de même*… es mejor eso… La muerte rápida y cruel, que lo que cantan esos niños.

«Estar encerrado siempre en una jaula…» No, esto no es agradable.

Movió la cabeza; después, cambiando de tono, añadió:

—Mañana iré a visitar a Cust —y dirigiéndose al chófer, ordenó —: A Londres.

—¿No vamos a Eastbourne? —pregunté.

—¿Para qué? Sé cuanto necesito.

CAPÍTULO XXXIII

ALEXANDER BONAPARTE CUST

No me hallé presente en la entrevista entre Poirot y el extraño Alexander Bonaparte Cust. Debido a su intimidad con la policía y lo peculiar del caso. Poirot no encontró ninguna dificultad en obtener del Ministerio de Estado un permiso Pero este permiso no me incluía a mí, pues Poirot deseaba que la entrevista entre él y Cust fuera totalmente privada.

No obstante, más tarde me hizo una exposición tan detallada de lo que pasó entre ellos, que traslado al papel con la misma seguridad que si me hubiera hallado presente.

El señor Cust parecía abrumado. Su encorvamiento era más perceptible.

Poirot permaneció callado durante unos minutos.

Se sentó y contempló atento al hombre que tenía en frente.

El ambiente se hizo apacible, suave.

Debió ser un momento dramático el del encuentro de los dos adversarios en el largo drama. En el lugar de Poirot yo hubiera notado la grandeza del instante.

Pero mi amigo sólo pensaba en causar algún efecto en el hombre que tenía ante él.

—¿Sabe usted quién soy yo? —preguntó al fin.

Cust negó con la cabeza.

—No, a menos que sea usted el… ¿Cómo se llama? ¡Ah, sí! El pasante del señor Lucas —su acento era cortés, pero el hombre no parecía nada interesado, y sólo absorto en alguna abstracción interna.

—Soy Hércules Poirot… —el detective pronunció estas palabras con toda claridad, aguardando el efecto que debían producir en su interlocutor.

Éste levantó ligeramente la cabeza.

—¿De veras?

Lo dijo con la misma naturalidad del inspector Crome, mas sin su altivez.

Al cabo de unos segundos repitió su observación.

—¿De veras? —y esta vez el tono había variado, conteniendo un interés súbitamente despierto. Levantó la cabeza y miró a Poirot.

—Sí —dijo—. Soy el hombre a quien escribió usted las cartas.

En seguida se rompió el contacto. El señor Cust bajó la mirada y exclamó irritado:

—¡Jamás le he escrito a usted! Esas cartas no fueron escritas por mí. ¡Lo he dicho un sinfín de veces!

—Ya lo sé —dijo Poirot—. Pero si no las escribió usted, ¿quién lo hizo?

—Un enemigo. Debo de tener un enemigo. Todos contra mí. Es una gigantesca conspiración.

Poirot no replicó, y Cust prosiguió:

—Todas las manos han estado contra mí… siempre.

—¿Hasta cuando era niño?

—No… entonces, no. Mi madre me quería mucho. Mas era ambiciosa… muy ambiciosa. Por eso me puso esos ridículos nombres. Tenía la absurda idea de que yo sería famoso en el mundo. Siempre me acuciaba para que destacase… hablándome de la voluntad… diciéndome que cada uno es dueño de su destino… ¡Decía que yo podía conseguirlo todo!

Calló durante unos segundos.

—Estaba equivocada, desde luego. Yo mismo lo pude comprobar muy pronto. No era de los que triunfan en la vida. Siempre estaba haciendo locuras, poniéndome en ridículo. Y además, era tímido, me asustaba de la gente. En la escuela pasé muy malos ratos, pues mis compañeros se burlaban constantemente de mis nombres… No pude distinguirme en los estudios ni en los juegos.

Movió la cabeza.

—Suerte que mi pobre madre murió. Se hubiera sentido

defraudada… Hasta cuando estudiaba en el Colegio Comercial era un estúpido… El aprender a escribir a máquina y la taquigrafía me llevaron mucho más tiempo que a los demás. Y a pesar de todo, no me sentía estúpido… ¡No sé si me comprenderá como quisiera…! —y dirigió una anhelante mirada a Poirot.

—Lo comprendo perfectamente —sonrió mi amigo—. Continúe.

—Lo terrible en mí era la sensación de que todos los demás me consideraban un estúpido. ¡Era algo que me anulaba! Lo mismo me ocurrió más tarde, cuando trabajé en una oficina.

—Y más tarde aún… en la guerra, ¿verdad? —inquirió Poirot.

El rostro del señor Cust se iluminó súbitamente.

—En la guerra, ¿sabe usted?, gocé mucho —dijo—. Me refiero a lo que obtuve de ella. Por primera vez me sentí un hombre como los demás. Todos estábamos en la misma caja. Y yo valía tanto como cualquier otro.

Su sonrisa se desvaneció.

—Entonces recibí la herida en la cabeza. Muy ligera. Pero ellos descubrieron que yo tenía convulsiones… Claro que yo sabía ya que había momentos en que no me daba cuenta de lo que hacía. Lapsos, ¿entiende? Y un par de veces caí al suelo. Pero no creo que todo eso fuera motivo suficiente para que ellos me licenciaran. ¡No, no estuvo bien hecho!

—¿Y luego? —preguntó Poirot.

—Obtuve un empleo de oficinista. Entonces se pagaba muy bien porque faltaba gente. Después de la guerra me rebajaron el sueldo a pesar de que no lo hacía mal del todo… No progresé. Los demás siempre me pasaban delante. No era lo bastante inteligente para mejorar mi situación. Las cosas se pusieron muy mal, muy mal… Sobre todo cuando llegó la depresión. Le digo de veras que apenas ganaba para conservar juntos el alma y el cuerpo (y cuando se trabaja en una oficina hay que vestirse bien) cuando me ofrecieron el negocio de las medias. ¡Sueldo y comisión!

—Supongo que ya sabrá usted que la casa para la cual dice usted que trabajaba niega este hecho, ¿verdad? —preguntó suavemente Poirot.

El señor Cust se excitó de nuevo.

—Eso es porque ellos también entran en la conspiración…

Calló un momento continuando:

—¡Tengo pruebas escritas… pruebas escritas! ¡Tengo sus cartas, en las cuales me dan instrucciones acerca de los lugares donde tengo que ir y una lista de las personas que tengo que visitar!

—No se trata de pruebas escritas, sino de pruebas dactilográficas.

—Es lo mismo. Una casa importante escribe sus cartas a máquina.

—¿No sabe usted, señor Cust, que una máquina de escribir puede ser identificada? Todas las cartas fueron escritas en una misma máquina.

—¿Y qué?

—Y esa máquina es la suya, la que se encontró en su cuarto.

—La máquina me la envió la casa de las medias al principio de trabajar yo para ella.

—Bien, pero esas cartas se recibieron después. Por lo tanto, todo parece indicar que usted escribió esas cartas y se las envió a usted mismo, ¿no le parece?

—¡No, no! ¡Todo forma parte de la conspiración contra mí! Además, las cartas pudieron ser escritas por una máquina igual.

—No; fueron escritas por la máquina que se halló en su cuarto.

—¡Es una conspiración! —repitió obstinado Cust.

—¿Y las guías «A. B. C.» que encontraron en su poder?

—No sé nada de ellas. Creía que eran cajas de medias.

—¿Por qué señaló el nombre de la señora de Ascher, en la primera lista, referente a Andover?

—Porque decidí empezar por ella. Uno tiene que empezar por algún sitio.

—Sí, es verdad. Uno debe empezar por algún sitio…

—¡No he querido decir eso! —exclamó Cust—. ¡No quiero decir lo que usted insinúa!

—Pero, ¿usted comprende lo que insinúo?

El señor Cust no replicó. Estaba temblando.

—¡No lo hice! —exclamó—. Soy inocente. Todo es una equivocación. Fíjese, si no, en el segundo crimen, el de Bexhill. ¡Yo estaba jugando al dominó en Eastbourne! ¡Tendrá que reconocer este hecho!

En su acento vibraba el triunfo.

—Sí —murmuró, meditabundo, Poirot—. Pero es muy fácil cometer un error un día, ¿no lo cree? Y si uno es un hombre obstinado, como el señor Strange, nunca considerará la posibilidad de haberse equivocado. Lo que se ha dicho, se sostiene… Strange es de esa clase y en lo que hace referencia al registro del hotel es muy sencillo poner al firmar la fecha del día anterior o posterior, probablemente nadie se fijaría en ello. Tengo entendido que juega usted muy bien al dominó.

Estas palabras aturdieron un poco al señor Cust.

—Sí… sí… Bueno, creo que sí.

—Es un juego muy absorbente, en el que hace falta poseer un cerebro muy despejado, ¿verdad?

—¡Sí, hay que saberlo jugar bien! En la ciudad, después de comer, lo jugábamos mucho. Le sorprendería ver con cuánta facilidad dos desconocidos se hacen amigos jugando al dominó.

»Recuerdo a un hombre, no le he olvidado jamás a causa de algo que me dijo. Tomábamos café juntos, y después jugamos al dominó. Pues bien, al cabo de veinte minutos de juego y charla me sentía como si le hubiera conocido de toda la vida.

—¿Y qué le dijo? —preguntó Poirot. El rostro del señor Cust se ensombreció.

—Me jugó una mala pasada. Me dijo que en las palmas de las manos tenemos escrito nuestro futuro. Me enseñó su mano izquierda y me dijo que en ella estaba escrito que por dos veces se libraría, de milagro, de morir ahogado. Y en efecto, eso le había ocurrido. Luego estudió mis manos y me dijo una serie de cosas asombrosas. Me aseguró que antes de morir sería uno de los hombres más famosos de Inglaterra. Que todo el país hablaría de mí. Pero dijo también…

La voz del señor Cust se quebró.

—¿Qué?

La mirada de Poirot buscó la del hombre. Cust trató de apartar la vista, pero al fin como hipnotizado conejillo, quedó presa de los brillantes ojos de mi amigo.

—Dijo… dijo que todo parecía indicar que yo moriría de muerte violenta, y riendo añadió: «Parece como si tuviera usted que morir

en el patíbulo», y se echó a reír otra vez, como si se tratase de una broma…

Cust se calló de pronto. Su mirada se libertó de su prisión.

—Mi cabeza… Me hace sufrir mucho la cabeza… Los dolores de cabeza a veces son terribles. Y hay momentos en que no sé… en que no sé…

Poirot se inclinó hacia él, y con gran suavidad y firmeza dijo:

—Pero usted sabe perfectamente que cometió los asesinatos, ¿verdad?

El señor Cust levantó la cabeza. Su mirada estaba llena de sencillez. Parecía haberle abandonado toda resistencia.

—Sí —dijo—. Lo sé.

—Pero, ¿verdad que no sabe por qué los cometió? El señor Cust negó con la cabeza.

—No —dijo—. No lo sé.

CAPÍTULO XXXIV

POIROT SE EXPLICA

Presa de gran curiosidad, nos hallábamos sentados, esperando que Poirot nos diese la explicación del caso.

—Desde el principio —empezó— me preocupó el porqué de este caso. Hastings me dijo el otro día que el caso había terminado. ¡Le repliqué que el caso era el hombre! El misterio de A. B. C. ¿Por qué consideró éste necesario cometer esos crímenes? ¿Por qué me escogió como adversario?

»No es responder contestar que el hombre no estaba en sus cabales. Decir que un hombre comete locuras porque está loco es una solemne idiotez. Un loco es tan lógico y razonable en sus actos como un cuerdo, dado su peculiar y desviado punto de vista. Por ejemplo, si un hombre se empeña en salir a la calle sin otras ropas que una sábana, su conducta parece extremadamente excéntrica. Pero en cuanto sepamos que el hombre está firmemente convencido de que es el Mahatma Gandhi, entonces su conducta se hace perfectamente razonable y lógica.

»Lo necesario en este caso era imaginar un cerebro constituido de manera que resulte lógica y razonable la comisión de cuatro o más crímenes y el anunciarlos de antemano en cartas escritas a Hércules Poirot.

—Tenía usted razón —dijo secamente Franklin Clarke.

—Sí; pero desde un principio cometí un grave error. Permití que mi sensación, mi fuerte sensación acerca de la carta se convirtiese en una mera impresión. La traté como si hubiese sido una intuición. En un cerebro bien equilibrado no existen las simples intuiciones.

Se puede suponer, y la suposición puede ser exacta o errónea. Si es exacta, se llama intuición. Si es errónea, lo más probable es que jamás vuelva a hablarse de ella. Pero lo que a menudo se llama intuición es, en realidad, una impresión basada en una deducción lógica o en la experiencia. Cuando un experto siente que hay algo irregular en un cuadro, en un mueble o en la firma de un cheque, basa, en realidad, esa sensación en un sinfín de pequeños detalles. No tiene necesidad de buscarlos minuciosamente, su experiencia se lo evita; el resultado neto es la definida impresión de que existe algo irregular. Pero no es una suposición, es la impresión basada en la experiencia.

»*Eh bien*, reconozco que no miré como debía aquella primera carta. Sólo me inquietó enormemente. La policía la miraba como una broma. Yo la tomé en serio. Estaba convencido de que, como se me decía, en Andover se cometería un crimen. Como saben, el crimen se cometió.

»En aquellos momentos no existía, como comprobé, medio alguno de descubrir al autor del crimen.

»El único camino que me quedaba abierto era intentar comprender qué clase de persona era el criminal.

»Tenía algunos indicios acerca de la personalidad del asesino. La carta, la manera como se cometió el crimen, la persona asesinada. Lo que me quedaba por descubrir era el motivo del crimen y el de la carta.

—Publicidad —sugirió Clarke.

—Seguramente quedaba velado por un complejo de inferioridad —añadió Thora Grey.

—Éste era evidentemente el camino a seguir. Pero, ¿por qué yo? ¿Por qué Hércules Poirot? Mayor publicidad se hubiera obtenido enviando la carta a Scotland Yard. Y más aún enviándola a un periódico. Es probable que la primera no hubiese sido publicada, pero al tener lugar el segundo asesinato, A. B. C. hubiera tenido asegurada cuanta publicidad hubiese podido ofrecer la Prensa. ¿Por qué, pues, Hércules Poirot? ¿Era por algún motivo personal? En la carta se notaba cierta xenofobia, pero esto no era suficiente para explicar el asunto a mi entera satisfacción.

»Llegó después la segunda carta, que fue seguida del asesinato

de Betty Barnard en Bexhill. Quedaba claramente de manifiesto (lo que yo había sospechado) que los asesinatos seguirían un orden alfabético, pero este hecho, que para muchos pareció final, dejó inalterable en mi mente la pregunta criminal. ¿Por qué necesitaba cometer A. B. C. esos crímenes?

Megan Barnard se revolvió en su silla.

—¿No existe algo llamado anhelo de sangre? —preguntó.

Poirot se volvió hacía ella.

—Tiene usted razón, *mademoiselle*. Existe ese anhelo. El ansia de matar. Pero no encaja en nuestro caso. Un loco homicida que ansía matar procura matar la mayor cantidad posible de víctimas. La idea principal de semejante asesino es ocultar sus huellas, no revelarlas. Cuando consideramos las cuatro víctimas escogidas, o por lo menos tres de ellas, pues sé muy poco del señor Dowues o del señor Earsfield, vemos que si lo hubiera deseado, el asesino se habría librado de ellos sin incurrir en ninguna sospecha. Franz Ascher, Donald Fraser o Megan Barnard, y posiblemente el señor Clarke. Éstas son las personas de quienes la policía pudiera haber sospechado, aunque no hubiese encontrado ninguna prueba contra ellos. ¡No se habría pensado para nada en un loco homicida! ¿Por qué, pues, consideró necesario el asesino atraer la atención hacia él? ¿Era la necesidad de dejar en cada cadáver un ejemplar de la guía «A. B. C.»? ¿Había algún complejo unido a la guía de ferrocarriles?

»En ese punto me fue completamente imposible entrar en la mente del criminal. ¿No sería magnanimidad? ¿Horror a que la responsabilidad del crimen recayera en una persona inocente?

»A pesar de no poder contestarme a la principal pregunta, noté que iba descubriendo ciertas cosas acerca del asesino.

—¿Cuáles? —preguntó Donald Fraser.

—La primera, que era de gran importancia para él que los crímenes siguieran una progresión alfabética. Otra era que no tenía preferencia por sus víctimas. La señora de Ascher, Betty Barnard, sir Carmichael Clarke, todos difieren diametralmente entre sí. No existía el complejo del sexo, ni el de la edad, lo cual me pareció un hecho muy curioso. Si un hombre mata sin hacer distinción, es usualmente porque quita de su camino a todo aquel que le estorba

el paso o le molesta. Pero el orden alfabético demostraba que éste no era el caso. El otro tipo de asesino escoge usualmente para víctima un tipo determinado de persona, casi siempre del sexo contrario. Había algo en el proceder de A. B. C. que me pareció reñido con la selección alfabética.

»La selección de A. B. C. me sugirió que poseía lo que podríamos llamar una «mente ferroviaria». Esto es más común en los hombres que en las mujeres. Los muchachos adoran los trenes; en cambio, las niñas no. Podría ser también la señal de un cerebro poco desarrollado. El motivo «infantil» quedaba, pues, predominante.

»El asesino de Betty Barnard y la manera cómo se llevó a cabo me ofreció nuevos indicios. La forma de su muerte era muy sugerente. (Perdóneme, señor Fraser.) Ante todo, recordemos que fue estrangulada con su propio cinturón, lo cual indica que fue asesinada por alguien con quien estaba en afectuosos términos. Cuando me enteré de ciertos detalles de la joven aquella me formé inmediatamente un retrato.

»Betty Barnard era una fresca. Le gustaban las atenciones de los hombres bien parecidos. Por lo tanto, A. B. C. debía tener, para convencerla de que saliera con él, cierta cantidad de atracción, de *sex appeal*. Debía de ser capaz de castigar. La escena en la playa me la imagino de la siguiente manera el hombre admira el cinturón de su compañera. Ésta se lo quita y se lo ofrece. El asesino lo toma y como jugando rodea con él el cuello de Betty, diciendo tal vez: «Te voy a estrangular.» La broma es divertida, y Betty ríe… y él aprieta…

Donald Fraser se puso en pie de un salto. Estaba lívido.

—¡Por el amor de Dios, señor Poirot!

Mi amigo movió la cabeza diciendo:

—Ya he terminado, No diré ni una palabra más. Pasemos al siguiente asesinato, el de sir Carmichael Clarke. Aquí el asesino regresa a su primer método… el golpe en la cabeza. El mismo complejo alfabético…, pero algo me desconcierta. Para ser consistente, al asesino debiera haber escogido la población con cierto orden definido.

»Si Andover es el ciento cincuenta y cinco de la «A», entonces el crimen «B» debiera ser también el ciento cincuenta y cinco, o el

ciento cincuenta y seis, y el «C» el ciento cincuenta y siete. De nuevo interviene el azar, esta vez en la selección de los lugares.

—¿No será debido todo eso a que tú. Poirot, eres terriblemente metódico y ordenado? A veces resultas enervante.

—No, de ninguna manera. ¡Enervante!… *Quelle idée!* De todas maneras reconozco que soy un poco exagerado sobre ese punto.

»El crimen de Churston me ofreció muy poca ayuda. Estuvimos bastante desafortunados con él, ya que la carta que lo anunciaba se extravió, y por ello no pudimos hacer ningún preparativo.

»Pero al anunciarse el crimen «D» se desplegó un formidable sistema defensivo. Era obvio que A. B. C. no podía continuar adelante con sus crímenes.

»Además fue en este punto cuando llegó a mis manos la pista de las medias. Era perfectamente claro que la presencia de un vendedor de medias en el escenario del crimen no podía ser una coincidencia. Así, el vendedor de medias debía ser el criminal. Debo decir que el retrato que de él me hizo la señorita Grey no concordaba con el que yo me había hecho del hombre que estranguló a Betty Barnard.

»Pasaré rápidamente sobre lo que sigue. Se cometió un cuarto asesinato… el de un hombre llamado George Earsfield; se supone que se le mató confundiéndose con un tal Dowues, cuya estatura era semejante y que se sentaba en la misma fila del muerto.

»Y ahora, al fin, llega el cambio de la marea. Las cosas se ponen en contra de A. B. C. en lugar de favorecerle. Está señalado, perseguido y al fin es arrestado.

»¡El caso, como dice Hastings, ha terminado!

»Cierto en cuanto al público se refiere. El hombre está en la cárcel y probablemente será encerrado en un manicomio. ¡No se cometerán más asesinatos! ¡Fin! ¡R. I. P.!

»¡Mas no para mí! ¡Yo no sé nada… nada en absoluto! ¡Desconozco el porqué!

»Y además existe un pormenor desconcertante. Cust tiene una coartada para la noche del crimen de Bexhill.

—A mí me ha preocupado mucho este hecho —dijo Franklin Clarke.

—¡Sí! A mí también me preocupó. Porque la coartada tiene

todas las apariencias de ser genuina. Pero no puede serlo a menos… y ahora llegamos a dos interesantes teorías.

»Supongamos, amigos míos, que Cust cometía tres crímenes, el «A», el «C» y «D», pero el segundo, el «B», no era cometido por él.

—Señor Poirot, no…

Poirot hizo callar con una mirada a Megan Barnard.

—No diga nada, *mademoiselle*. ¡Voy en pos de la verdad! Supongamos, digo, que A. B. C. no sea el autor del segundo crimen. Recuerden que tuvo efecto a primeras horas del día veinticinco, el día señalado por él para el asesinato. Supongamos que alguien se le hubiese anticipado ¿Qué haría en semejantes circunstancias? Pues cometer un segundo asesinato o aceptar el primero como un funesto regalo.

¡Señor Poirot, eso es una fantasía! —exclamó Megan—. ¡Todos los crímenes debieron ser cometidos por la misma persona!

Sin hacer caso de la interrupción, Poirot continuó:

—Esta hipótesis tiene la ventaja de explicar un hecho… la discrepancia entre la personalidad de Alexander Bonaparte Cust, quien jamás hubiera podido «castigar» a una joven, y la personalidad del asesino de Betty Barnard. Y no es la primera vez que unos asesinos se han aprovechado de los delitos de otros. No todos los crímenes de Jack el «Destripador» fueron cometidos por Jack el «Destripador».

»Pero entonces me encontré ante otra dificultad.

»Por la época del asesinato de Betty Barnard no había llegado hasta el público el menor detalle acerca de los delitos de A. B. C. El asesinato de Andover despertó muy poco interés. El incidente de la guía de ferrocarriles encontrada sobre el mostrador ni siquiera se había mencionado en la Prensa. Por consiguiente, aquel que asesinó a Betty Barnard tuvo que tener acceso a hechos conocidos sólo por ciertas personas, yo, la policía y algunos amigos y vecinos de la señora Ascher.

»Esta línea de investigación conducía a un callejón sin salida.

Cuantos rodeábamos a Poirot estábamos pálidos.

Donald Fraser dijo pensativo:

—Los policías, al fin y al cabo, son seres humanos, y muchos son hombres atractivos… —y se interrumpió, mirando inquisitivo a

Poirot.

—No, no es eso —replicó mi amigo—. Ya les dije que había otra teoría.

»Supongamos que Cust no sea responsable del asesinato de Betty Barnard. Supongamos que fuera otro hombre su asesino. ¿Podría ser éste responsable de los demás crímenes?

—¡Todo esto no tiene sentido! —exclamó Clarke.

—¿No? Entonces hice lo que debía haber hecho al principio. Examiné desde un punto de vista totalmente opuesto las cartas recibidas. Desde el principio noté que había algo irregular en ellas… como un experto en pintura nota que un cuadro es defectuoso…

»Sin detenerme a pensar había supuesto que el defecto o la irregularidad que en ellas notaba se debía a la locura del hombre que me las enviaba.

»Volví a examinarlas… y esta vez llegué a una conclusión totalmente distinta. Lo irregular en ellas era ¡el hecho de que estaban escritas por un hombre cuerdo!

—¡Cómo! —exclamé.

—¡Sí, esto mismo! Eran irregulares lo mismo que un cuadro es irregular… ¡porque era una fabricación! Pretendían ser las cartas de un demente… de un loco homicida, pero en realidad no eran nada de eso.

—¡Todo eso no tiene sentido! —replicó, alterado, Franklin Clarke.

—*Mais oui!* Uno debe razonar, reflexionar. ¿Cuál podía ser el objeto de tales cartas? ¡Enfocar la atención hacia el que las escribía, llamar la atención hacia los crímenes! *En verité*, a primera vista no parecía tener sentido. ¡De pronto vislumbré una luz! Era para atraer la atención hacia varios asesinatos… hacia un grupo de asesinatos… ¿No fue su gran Shakespeare quien dijo: «No puedes ver los árboles a causa del bosque»?

No me entretuve en corregir a Poirot su error literario. Estaba intentando ver adónde iba a parar. Me dirigió una rápida mirada y prosiguió:

—Tenía que vérmelas con un inteligente asesino, despiadado y audaz, no con el señor Cust. ¡Él jamás hubiese podido cometer esos

crímenes! No, tenía que luchar con un nombre totalmente distinto, un hombre de naturaleza infantil, lo demuestran sus cartas, propias de un colegial, y a la guía de ferrocarriles, un hombre atractivo para las mujeres, y con un despiadado desdén por la vida humana. ¡Un hombre que, forzosamente debía tener un papel prominente en uno de los crímenes!

»¿Cuáles son las preguntas que se hace la policía cuando se ha asesinado a un hombre o una mujer? Oportunidad. ¿Dónde se hallaba cada uno en el momento del crimen? Motivo. ¿A quién beneficia la muerte del asesinado? Si el motivo y la oportunidad son indudables, ¿qué ha de hacer el asesino? Falsificar una coartada, o sea manipular el tiempo de alguna manera. Pero éste es siempre un procedimiento azaroso. Nuestro criminal imaginó una defensa más fantástica. ¡Creó un loco homicida!

»No tuve más que revisar los crímenes y hallar al posible culpable. ¿El crimen de Andover? El más probable sospechoso en éste era Franz Ascher, pero no podía imaginarme a Ascher inventando y llevando a cabo un proyecto tan complicado; tampoco me lo imaginaba premeditando un crimen. ¿El crimen de Bexhill? Donald Fraser era una posibilidad. Tenía inteligencia y habilidad. Pero su motivo para matar a su novia podía ser sólo celos, y éstos no tienden a la premeditación. También supe que tuvo sus vacaciones en la primera quincena de agosto, lo cual hacía imposible que tuviera nada que ver con el crimen de Churston. Llegamos por fin al crimen de Churston, y en seguida nos hallamos en un terreno más prometedor.

»Sir Carmichael Clarke era un hombre riquísimo. ¿Quién hereda su fortuna? Su esposa, que está a punto de morir, goza de un interés vitalicio en ella, y luego va a parar a Franklin Clarke.

Poirot volvióse lentamente y su mirada se cruzó con la de Clarke.

—En aquel momento me sentía completamente seguro. El hombre que me había imaginado como asesino de Betty Barnard era el mismo que tenía delante. A. B. C. y Franklin Clarke eran la misma persona. El carácter aventurero, la vida agitada, la parcialidad por Inglaterra, los modales atractivos y libres… Nada más fácil para él que trabar amistad con una camarera. El cerebro

metódico aquí mismo hizo una vez una lista con las iniciales A. B. C. y por fin el espíritu infantil, mencionado por lady Clarke, y demostrado por él mismo en su afán de formar una legión. He descubierto en su biblioteca un libro titulado: *Los chicos del ferrocarril*, por A. Nesbit. Ya no me quedaba la menor duda. A. B. C., el hombre que escribió las cartas y cometió los crímenes era Franklin Clarke.

Clarke rompió en una estrepitosa carcajada.

—¡Muy ingenioso! ¿Y qué hay del hecho que cogieran al amigo Cust con las manos empapadas en sangre? ¿Qué hay de la sangre en su americana? ¿Y del cuchillo en su casa? Él puede negar que haya cometido los crímenes… Poirot se apresuró a interrumpirlo.

—Está usted equivocado. Cust se reconoce autor.

—¿Cómo? —Clarke parecía realmente desconcertado.

—Sí. Apenas empecé a hablar con él, me di cuenta de que Cust se creía culpable.

—¿Y eso no le satisfizo?

—No. Porque tan pronto como le vi ¡comprendí también que no podía ser culpable! No tiene nervio ni valor, ni… cerebro para ello. Durante todo el proceso me di cuenta de la doble personalidad del asesino. Ahora ya sé en qué consiste. Dos personas estaban envueltas en la trampa, el verdadero asesino, listo, fértil en recursos y atrevido… y el pseudo asesino, vacilante y sugestionable.

»Sugestionable. ¡En esta palabra se condensa el misterio del señor Cust! No tuvo usted bastante, señor Clarke, con idear ese plan de la serie de asesinatos para distraer la atención de un solo asesinato. Necesitaba también una cabeza de turco.

»Supongo que esa idea se le ocurrió al tropezar en un café con el infeliz Cust. Por entonces daba usted vueltas en su cerebro para deshacerse de su hermano.

—¿De veras? ¿Y por qué?

—Porque se sentía hondamente alarmado por el porvenir. No sé cuándo se dio usted cuenta de ello, señor Clarke, pero me lo demostró palpablemente el día en que me dio a leer una carta de su hermano. Éste demostraba bien claro en ella el afecto que sentía por la señorita Thora Grey. Tal vez el cariño era sólo paternal… o acaso él prefiriera creerlo así. De todas maneras existía el peligro de que

muriese su esposa, y en su soledad volviera los ojos hacia esa hermosa joven, en busca de consuelo y ayuda, acabando la cosa en boda, como ocurre a menudo con los hombres maduros. Su miedo se acrecentó al conocer a la señorita Grey. Usted es un excelente juez para los caracteres y supuso, acertadamente o no, que la señorita Grey aceptaría encantada el ofrecimiento de convertirse en lady Clarke. Su hermano era un hombre sano y fuerte, podían tener hijos, y la posibilidad de que usted heredara la fortuna se habría esfumado.

»Usted ha sido siempre, creo, un hombre desengañado: una piedra siempre rodando, y ha criado poco musgo. Sentía una envidia profunda por la riqueza de su hermano.

»Al encontrar al señor Cust y enterarse de sus extraños nombres y ataques de epilepsia, junto con su insignificante personalidad, comprendió que al fin tenía al hombre que necesitaba. En un momento planeó la trama del orden alfabético. Las iniciales de Cust, el hecho de que el apellido de su hermano empezaba con «C» y que vivía en Churston, fueron el punto de partida. Tan lejos fue usted que hasta insinuó a Cust el trágico final que le aguardaba, aunque no creo que sospechase el éxito que su sugerencia debía tener.

»Sus preparativos fueron excelentes. En nombre de Cust adquirió una gran cantidad de medias que debían ser enviadas a casa de la señora Marbury. Más tarde le envió una caja con las guías "A. B. C." en un paquete similar a los de las medias. Le escribió una carta, fingiendo ser de la casa de las medias, ofreciéndole un buen sueldo y una comisión. Lo tenía usted todo tan bien previsto que de antemano escribió a máquina todas las cartas que debían ser enviadas más tarde, y después regaló al señor Cust la máquina en que habían sido escritas.

»Sólo le faltaba encontrar dos víctimas, cuyos apellidos empezasen con A y B, respectivamente, y que viviesen en poblaciones que empezasen también con las mismas letras.

»En Andover encontró lo que buscaba. El nombre de la señora Ascher se leía encima de la puerta de entrada de su establecimiento. Además, pudo comprobar que corrientemente estaba sola en la tienda. Su asesinato exigía cierto valor, atrevimiento y un poco de suerte.

»El día señalado a Cust para que visitara a Andover se trasladó usted hasta allí y mató a la señora Ascher, sin que nadie estropeara sus planes.

»El asesinato número uno quedaba felizmente llevado a cabo. Antes me había enviado la carta correspondiente a la «A».

»En lo que respecta a la letra «B» tuvo que variar de táctica. Era muy probable que las dueñas de tiendas solitarias hubieran sido advertidas. Supongo que usted ha frecuentado siempre los salones de té, riendo y bromeando con las camareras, y al encontrar una cuyo nombre y apellido empezaban con la letra «B», decidió utilizarla para sus fines. Salió un par de veces con ella, contándole que estaba casado y que, por lo tanto, las reuniones deberían celebrarse, en adelante, en lugares solitarios.

»En el segundo asesinato tomó usted la precaución de cometerlo el día antes. Estoy seguro de que Betty Barnard murió bastante antes de las doce de la noche del veinticuatro de julio.

»Llegamos ahora al crimen número tres, el más importante, el verdadero asesinato, desde su punto de vista.

»Y aquí es donde jamás se alabará bastante el genio de mi querido Hastings, que hizo una simple y obvia indicación a la cual no presté la debida atención.

»¡Sugirió que en la tercera carta equivocó voluntariamente la dirección!

»¡Y era verdad!

»En este simple hecho está la respuesta a la pregunta que durante tanto tiempo me ha desconcertado. ¿Por qué ante todo las cartas eran enviadas a Hércules Poirot, un detective privado, y no a la policía?

»Erróneamente supuse alguna razón personal.

»¡Nada de esto! Las cartas me eran enviadas porque la esencia de su plan era que una de ellas fuese a otra dirección, ¡pero usted no podía hacer que una carta dirigida al Departamento de Investigación Criminal de Scotland Yard se extraviara! Era preciso que se tratara de una dirección particular. Me escogió por ser un hombre bastante conocido y, además, porque estaba seguro de que yo haría llegar la carta a manos de la policía. Además, en su xenofobia, gozaba jugando una mala pasada a un extranjero.

»Dirigió la carta muy hábilmente. Whiterhaven, Whitehorse. Un error muy lógico. ¡Sólo Hastings fue lo bastante perspicaz para no hacer caso de las sutilezas e ir recto a lo evidente!

¡Desde luego, la carta debía extraviarse! La policía sólo debía ser puesta sobre la pista una vez el crimen estuviera cometido. El paseo nocturno de su hermano le ofrecía la oportunidad deseada. Y tan eficazmente se había apoderado del público el terror a A. B. C. que a nadie se le ocurrió la posibilidad de que usted fuera el culpable.

Después de la muerte de su hermano, su objeto quedaba logrado. Ya no necesitaba cometer más crímenes. Mas por otra parte, si los crímenes se interrumpían bruscamente sin razón, alguien podía sospechar la verdad.

»Su cabeza de turco, el señor Cust, había desempeñado tan bien el papel del hombre invisible e insignificante, que nadie se fijó en que la misma persona había sido vista en la vecindad de los tres crímenes. Con profundo disgusto para usted, no se mencionó su visita a Combeside. El hecho se había borrado de la mente de la señorita Grey.

»Siempre atrevido, decidió usted que se cometiera otro crimen, pero esta vez de manera que la pista quedase bien clara.

»Escogió Doncaster como escenario de las operaciones.

»Su plan era muy sencillo. Usted se hallaría en Doncaster. El señor Cust sería enviado allí por sus jefes. Su plan era seguirle y esperar que se le presentase una oportunidad. Todo salió bien. El señor Cust entró en un cine. Era la sencillez materializada. Se sentó a poca distancia de él. Cuando se levantó para marcharse, usted hizo lo mismo. Fingió que tropezaba, se inclinó apuñalando a un hombre que dormitaba en una butaca, dejó caer sobre sus rodillas una guía «A. B. C.» y se procuró tropezar en la oscuridad con el señor Cust, secando el puñal en la manga de su americana y deslizándolo en su bolsillo.

»No se preocupó usted de buscar una víctima cuyo nombre empezara con «D». ¡Cualquiera serviría! Supuso, correctamente, que se consideraría un error. Seguramente entre el público habría alguien cuyo apellido empezara con «D» y al que se supondría debía ser la víctima.

»Y ahora, amigos míos, consideremos el asunto desde el punto

de vista del falso A. B. C., o sea, el señor Cust.

»El crimen de Andover no significa nada para él. Le sorprende y extraña el crimen de Bexhill. ¡Él estaba allí cuando se cometió! Luego llega el de Churston y los titulares en los periódicos. Un crimen de A. B. C. en Andover cuando él estaba allí: asesinatos, y él había estado en el escenario de cada uno de ellos. Los epilépticos sufren a menudo amnesia momentánea, y luego no recuerdan lo que han hecho. Recuerden que Cust es un ser muy nervioso, muy neurótico y extremadamente sugestionable.

»De pronto recibe la orden de ir a Doncaster.

»¡Doncaster! ¡Y su próximo crimen de A. B. C. debe tener lugar en Doncaster! Sin duda debió de quedar convencido de que era el Destino. Perdió el dominio de sus pobres nervios, cree que su patrona le mira suspicazmente y le dice que va a Cheltenham.

»Va a Doncaster, porque es su deber. Por la tarde va al cine. Es posible que se adormilase durante varios minutos.

»Imaginen su reacción cuando al volver a su posada descubre que hay sangre en la manga de su americana y un cuchillo ensangrentado en el bolsillo. Todas sus vagas suposiciones se convierten en certidumbre.

»¡Él, él en persona es el asesino! Recuerda sus dolores de cabeza… sus pérdidas de memoria. Está seguro de la verdad: él, Alexander Bonaparte Cust, es un loco homicida.

»Después de esto su conducta es la de un animal perseguido. Regresa a su hospedaje de Londres. Allí está seguro. Todos creen que ha estado en Cheltenham. Aún conserva encima el cuchillo, cosa bien estúpida. Lo oculta detrás del perchero del recibidor.

«De pronto, un día se le avisa que la policía va a buscarle. ¡Es el final! ¡Ha sido descubierto!

»El animal perseguido emprende su última carrera…

»No sé por qué fue a Andover, tal vez el mórbido deseo de visitar el sitio donde se cometió el crimen. El crimen cometido por él aunque no puede recordar nada de él…

»No tiene dinero y sus pies le conducen por su propia voluntad a la delegación de Policía.

»Pero hasta un animal acorralado lucha. El señor Cust está convencido de ser el criminal, pero se afirma fuertemente en sus

declaraciones de inocencia. Y se agarra, desesperado, a la coartada del segundo asesinato. Por lo menos, la muerte de Betty Barnard no se le puede cargar.

»Como he dicho, cuando le vi comprendí en seguida que no era el asesino y que mi nombre no le decía nada. Comprendí también que creía ser el asesino.

»Cuando me confesó su culpabilidad estuve más seguro que nunca de que mi teoría era justa.

—¡Su teoría es absurda! —exclamó Franklin Clarke.

Poirot negó con la cabeza.

—No, señor Clarke. Usted estaba seguro mientras nadie sospechase de usted. En cuanto llegara ese momento, las pruebas serían fáciles de obtener.

—¿Pruebas?

—Sí. En su armario de Combeside he encontrado el bastón que le sirvió para cometer los crímenes de Andover y Churston. Un bastón corriente, con puño de bola. Una parte de la bola había sido vaciada y en el agujero se vertió plomo derretido. Su fotografía fue señalada entre otras doce por dos personas que le vieron salir del cine, cuando se le suponía a usted en el hipódromo de Doncaster. El otro día Milly Higley le identificó y una muchacha de Scarlet Ronner Roadhouse, donde llevó a Betty Barnard la noche fatal, también le reconoció. Y por fin, y esto es lo peor para usted, olvidó una precaución elemental. Dejó una huella dactilar en la máquina de escribir de Cust, la máquina que, si usted fuese inocente, jamás habría tocado.

Clarke permaneció inmóvil unos segundos, y al fin dijo:

—*Rouge, impair, manque!* ¡Usted gana, señor Poirot! ¡Pero valía la pena exponerse!

Con un movimiento rapidísimo empuñó una pequeña automática y se la llevó a la cabeza.

Lancé un grito e involuntariamente me encogí, esperando la detonación.

Pero no se oyó un disparo. El percutor cayó en el vacío. La pistola estaba descargada.

Clarke miró asombrado el arma y lanzó una exclamación ahogada.

—No, señor Clarke —dijo Poirot—. Debía haber notado que hoy tengo un criado nuevo, un amigo mío, experto en el arte de robar. Le quitó la pistola y la descargó, devolviéndola, sin que usted se diera cuenta de ello.

—¡Maldito extranjero! —dijo Clarke, rojo de rabia.

—Lo comprendo, señor Clarke. Mas usted no ha de tener una muerte fácil. Le dijo al señor Cust que se había librado milagrosamente de morir ahogado. ¿Sabe lo que eso significa? Pues que nació para otra clase de muerte.

—¡Mal…!

Las palabras fallaron a Franklin Clarke. Palideció intensamente y apretó los puños.

Dos agentes de Scotland Yard salieron de la habitación inmediata. Uno de ellos era Crome. Avanzó, pronunciando las palabras obligadas en aquel caso:

—Le advierto que cuanto diga podrá ser utilizado como prueba.

—Ya ha dicho bastante ——murmuró Poirot. Y dirigiéndose a Clarke, añadió—: Usted se siente lleno de una superioridad insular, pero yo no considero el suyo un crimen inglés. No es insular, no es deportivo.

CAPÍTULO XXXV

EPILOGO

Siento tener que decir que cuando la puerta se cerró detrás de Franklin Clarke, me eché a reír.

—Es porque le has dicho que su crimen no ha sido deportivo —dije.

—Y así es. Era abominable no tanto el asesinato de su hermano, sino la crueldad con que condenaba a un desgraciado a una muerte en vida. Coger una zorra, encerrarla en una jaula y no soltarla jamás. ¡Esto no es deporte! Megan Barnard lanzó un hondo suspiro.

—No puedo creerlo… No puedo. ¿Es verdad?

—Sí, *mademoiselle*. La pesadilla ha terminado. Poirot se volvió hacia Fraser.

—*Mademoiselle* Megan tenía un miedo terrible de que fuera usted el autor del segundo asesinato.

—Hubo un tiempo en que yo mismo lo creí —murmuró Donald.

—¿A causa de un sueño? —Poirot se acercó más al joven y bajó confidencialmente la voz—. Su sueño era de muy fácil explicación. Usted notaba que la imagen de una de las hermanas se desvanecía en su memoria y era reemplazada por la otra hermana. *Mademoiselle* Megan ocupa en el corazón de usted el puesto de Betty, pero como usted no quiere ser tan pronto infiel a la muerta, trata, en sueños de matar a la que le arrebata el alma. ¡Ésa es la explicación de aquel sueño!

Los ojos de Donald se iluminaron.

—Creo que tiene usted razón.

Todos rodearon a Poirot, haciéndole preguntas y pidiendo la

aclaración de algún detalle.

—¿Y aquellas preguntas que hiciste, Poirot? ¿Qué fin tenían?

—Algunas eran simples bromas. Sólo deseaba saber una cosa, si Franklin estaba en Londres cuando se echó al correo la primera carta. También deseaba observar su rostro cuando interrogué a *mademoiselle* Thora. Estaba desprevenido, y en su rostro se reflejó el odio que sentía.

—No tuvo usted en cuenta mis sentimientos —dijo Thora Grey.

—No esperaba que me contestara la verdad, *mademoiselle* —replicó secamente Poirot—. Y ahora se viene al suelo su segunda esperanza, Franklin Clarke no heredará la fortuna de su hermano.

—¿Es necesario que permanezca aquí y sea insultada? —inquirió la joven con la cabeza erguida.

—De ninguna manera —replicó cortésmente Poirot, abriendo la puerta.

—La huella dactilar fue decisiva, Poirot —dije, pensativo—. Cuando la mencionaste, Clarke quedó vencido.

—Sí, las huellas dactilares son muy útiles.

Y añadió pensativamente:

—Lo inserté para complacerte, *mon ami*.

—¡Pero Poirot! —exclamé—. ¿No era verdad?

—En absoluto, *mon ami*.

* * *

Debo mencionar una visita que días después me hizo el señor Alexander Bonaparte Cust. Después de estrujar la mano de Poirot y de intentar, inocentemente, inútilmente, darle las gracias, dijo:

—¿Sabe que un periódico me ha ofrecido cien libras, ¡cien libras!, por un breve relato de mi vida? No… no sé qué hacer.

—Yo no aceptaría cien libras —dijo Poirot—. Muéstrese firme. Pida quinientas libras.

—¿Cree usted que puedo…?

—Debe tener en cuenta que es usted un hombre famoso —sonrió Poirot—. Prácticamente, es el hombre más famoso de Inglaterra.

—Creo que tiene usted razón, ¿sabe? ¡Famoso! En todos los periódicos. Seguiré sus consejos, señor Poirot. El dinero será muy

agradable. Me permitiré unas vacaciones… Y además, quiero hacer un regalito de boda a Lily Marbury… Una muchacha muy linda y muy buena, muy buena, señor Poirot.

Mi amigo le palmeó cariñosamente la espalda.

—Tiene usted razón. Diviértase. Una indicación… ¿Por qué no va a visitar a un oculista? Esos dolores de cabeza se deben probablemente a que necesita indispensablemente unos cristales nuevos.

—¿Cree que siempre se han debido a eso?

—Sí.

—Es usted un gran hombre, señor Poirot.

Como de costumbre, Poirot no desdeñó el halago. Ni siquiera logró aparecer modesto.

Cuando el señor Alexander Bonaparte Cust se hubo retirado, con los aires de un emperador, mi viejo amigo me sonrió.

—Bien, Hastings, hemos ido una vez más de caza. ¿Verdad? *Vive le sport!*

FIN

AGATHA CHRISTIE, escritora inglesa nacida en Torquay (Inglaterra) el 15 de septiembre de 1890, es considerada como una de las más grandes autoras de crimen y misterio de la literatura universal. Su prolífica obra todavía arrastra a una legión de seguidores, siendo una de las autoras más traducidas del mundo y cuyas novelas y relatos todavía son objeto de reediciones, representaciones y adaptaciones al cine.

Christie fue la creadora de grandes personajes dedicados al mundo del misterio, como la entrañable *Miss* Marple o el detective belga Hércules Poirot. Hasta hoy, se calcula que se han vendido más de cuatro mil millones de copias de sus libros traducidos a más de 100 idiomas en todo el mundo. Además, su obra de teatro *La ratonera* ha permanecido en cartel más de 50 años con más de 23.000 representaciones.

Nacida en una familia de clase media, Agatha Christie fue enfermera durante la Primera Guerra Mundial. Su primera novela se publicó en 1920 y mantuvo una gran actividad mandando relatos a periódicos y revistas.

Tras un primer divorcio, Christie se casó con el arqueólogo Max Mallowan, con quien realizó varias excavaciones en Oriente Medio que luego le servirían para ambientar alguna de sus más famosas

historias, al igual que su trabajo en la farmacia de un hospital, que le ayudó para perfeccionar su conocimiento de los venenos.

De entre sus novelas habría que destacar títulos como *Diez negritos*, *Asesinato en el Orient Express*, *Tres ratones ciegos*, *Muerte en el Nilo*, *El asesinato de Roger Ackroyd* o *Matar es fácil*, entre otros muchos. Las adaptaciones al cine de su obra se cuentan por decenas.

Además de estas obras, Agatha Christie también se dedicó a la novela romántica bajo el seudónimo de Mary Westmacott.

Christie recibió numerosos premios y distinciones a lo largo de su carrera, como el título de Dama del Imperio Británico o el primer Grand Master Award concedido por la Asociación de Escritores de Misterio.

Agatha Christie murió en Wallingford (Inglaterra) el 12 de enero de 1976.

Notas

[1] Departamento de Investigación Criminal. < <

[2] Se refiere a la canción: *It's a long way Tipperary*. <<